



DE LA ÉPOCA
QUE PRECEDIÓ
AL DESCUBRIMIENTO DE LA AMERICA,
Y POR LO TANTO, AL DE LA ISLA DE CUBA,
PRIMERA TIERRA DE IMPORTANCIA QUE SE DESCUBRIÓ (1).

Período social de España al concluir el siglo XIV y mediados del XV.—Su regeneración por el gran reinado de los Reyes Católicos.—Cómo sus disposiciones y reformas tornaron hacia la grandeza y la gloria de la Patria, los propios elementos que causaban su ruina.—Su protección á los grandes caracteres de su época.—Cómo entre esta pléyade de hombres ilustres apareció Colón.—Injusticia de los historiadores cuando nos inculpan no haber recibido éste una protección igual.—Colón sale á descubrir y con la América encuentra la isla de Cuba.—Sus ideas, y las de su segundo, Pinzón, sobre esta isla.—Embajada que envía á reconocerla por su interior, y decepción de ésta al no encontrar las riquezas que esperaban descubrir.—Los indios, por su parte, los toman por seres bajados del cielo.—Los embajadores encuentran el uso del tabaco.—Imaginativa de Colón ante los nuevos objetos que veía ó encontraba.—Su primer itinerario marítimo.—Algunas de sus descripciones.—Afán del Almirante por la riqueza.—Varía de rumbo y encuentra la isla de Santo Domingo.—Desde ésta, retrocede á España y anuncia al mundo viejo otro nuevo.



UANDO se contempla en las páginas de nuestra nacional historia aquel triste y nunca bien aborrecido reinado de Enrique IV, para ponerlo en parangón con el jamás bien enaltecido de los señores Reyes Católicos, sus sucesores; cuando se advierte la

(1) *Este trabajo forma uno de los capítulos de la segunda parte de la obra titulada: NATURALEZA Y CIVILIZACIÓN DE LA GRANDIOSA ISLA DE CUBA, que su autor, el Excmo. Sr. D Miguel Rodriguez Ferrer, está concluyendo para darla á la estampa. Su parte primera (Naturaleza) se publicó en 1876, informada por las Academias, y mereció el favorable juicio de la prensa, habiéndose agotado la edición.*

debilidad y el mal ejemplo del primero, como el influjo saludable del segundo, principalmente el que comunicaba aquella augusta Isabel I, cuya personalidad forma, igualmente, bien pronunciado contraste con la de la gran Isabel de Inglaterra en la línea de una moral absoluta, y á la que, sin duda por sarcasmo, se le llamó *la Reina virgen*; cuando se leen en las crónicas de aquel tiempo las manifestaciones de una sociedad, más que conmovida, casi disuelta, en la que los principios y la moral no eran nada, y la fuerza y la injusticia lo eran todo (1); cuando se pasa la vista por aquellas páginas en que los prelados eran más dados á la guerra y al aumento de su riqueza, que á la purificación de las almas y á la mejor dirección de sus propias y ajenas conciencias; época, en la que los grandes siempre abanderizados, fomentaban de continuo aquel espíritu de insurrección y rebeldía, levantando turbas armadas que dejaban tras sí la desolación y el incendio; aquella época, en la que hasta el santuario de la familia era franqueado por el hierro, tinto en la sangre de sus vengadores (2); aquel período funesto, en que el arrojó

(1) Hé aquí lo que sobre este estado antisocial se encuentra en una nota de mi libro *Los Vascongados*, parte 1.^a, pág. 8, hablando del valle de Aramayona enclavado hoy en la provincia de Alava: «*Andando el tiempo, vino á profanarlo un tirano, D. Juan Alonso de Mújica, contra el cual hubo de enviarse un inquisidor por los Reyes Católicos, cuyo inquisidor tuvo que recibir 25 denuncias de otros tantos forzamientos de mujeres, viudas, casadas y solteras. D. Juan las mandaba á pedir á sus padres y maridos, y si no accedían, á la mañana siguiente aparecían ahorcados de las almenas del castillo.*» Así consta en documentos del archivo de la provincia de Vizcaya. ¡Triste período, que bien lo refleja el poeta Juan de Mena en su *Laberinto* cuando dice:

«Son á buen tiempo los fechos venidos.
Tiranos usurpan ciudades é villas,^o
Al Rey que le queda solo Tordesillas,
Y estarán los reinos muy bien repartidos.
Los todos leales le son perseguidos,
La justicia razón ninguna alcanza;
Hoy los derechos están en la lanza
Y toda la culpa sobre los vencidos.»

(2) Hé aquí lo que se lee en el *Memorial itinerario*, manuscrito del doctor Galíndez de Carvajal conservado en la biblioteca de la Universidad de Sa-

más inaudito y hasta el desprecio por la vida eran empleados para romper todas las leyes de la sociedad y la justicia (1); cuando todo esto se considera, y se contempla, á la par, cómo la Providencia por medio de la unión de Isabel y Fernando ligó á dos pueblos y llegó á restaurar uno grande y poderoso, valiéndose de los mismos elementos, de los propios rasgos de carácter que más habían contribuído hasta allí á sus luchas civiles y á su social perturbación; preciso es confesar, que el mundo no está regido al acaso, y que para la aplicación mejor de sus bienes y sus males hay un distribuidor supremo, el que en ciertos períodos, cuando ya parece que todo va á perecer, envía de improviso una fuerza extraordinaria que sostiene á ciertas sociedades, haciendo en-

lamanca: «Este año estuvieron Sus Altezas parte de él en Toledo, y por abril partieron el Rey nuestro señor para el cerco de Cantalapedra, que ya estaba cercada, y la Reina para Trujillo, é habida la fortaleza que la tenía Pedro de Baena, por el Marqués de Villena, fué á Cáceres é de Cáceres á Sevilla. Este año el Obispo de León que se llamaba el Dr. D. R.º de Vergara, natural de la ciudad de Logroño, hizo matar al tesorero de la iglesia que se llamaba P. Vacca, que era caballero muy emparentado en la ciudad, é los parientes del dicho tesorero cercaron al Obispo en su casa y él salió huyendo é llegó á las del Conde de Luna, donde le mataron estando en las faldas de la Condesa; y este año mataron los de Fuente Obejuna á Hernán Gómez de Guzmán, que era Comendador de Calatrava, é le mataron á pedradas en su casa; y este año en el mes de mayo mataron en Salices de los Gallegos á García Sequera, señor de aquella villa »

(1) Sólo leyendo á los cronistas Lucio Marineo, Fernán Pérez de Guzmán, el P. Sáenz y otros, puede concebirse el estado antisocial de España á mediados del siglo XV. Si en la anterior nota hablo de los hechos que se multiplicaban en las provincias del Norte de la Península, no eran menos los desafueros, y en no menor cantidad corría la sangre del uno al otro mar, por las comarcas de Andalucía y Murcia, como hace notar un elegante escritor que dice: «*Et desacuerdo perturbaba á las familias, la guerra assolaba á los pueblos, el bandolerismo imperaba en todas partes y la inseguridad de la vida y haciendas había llegado hasta un extremo, que sólo puede concebirse en hordas salvajes, entre sí enemigas. Los hombres más esclarecidos, las más ilustres familias y hasta los tipos más esforzados y caballerescos, todos sufrían el contagio y todos ejercitaban sus cualidades en los senderos del mal, compitiendo á una ingenios y caracteres, con emulación odiosa y terrible, para sobrepujarse recíprocamente en crueldades, venganzas, asolamientos, estupro, violencias, depredaciones y crímenes de toda especie.*»—Moret.

trar en cauce á las pasiones desbordadas, concertando el bien con la justicia, y venciendo en porfiada lucha á los enemigos de su paz y su reposo. Y hé aquí las variadas etapas por que ha corrido nuestra civilización.

Tanto en la metrópoli como en Cuba (según en este libro se demostrará), en las épocas de su mayor prueba, cuando parecía que ambos pueblos se iban á sepultar en un abismo, siempre ha aparecido un poder misterioso, poder grande y central, que como el de los señores Reyes Católicos en España, sin ahogar, cual lo hizo después la casa austriaca, las prendas vigorosas de intrepidez y fantasía del carácter español, les ha dado mejor dirección hacia una inspiración elevada, el ideal de la unidad nacional, que era el bien, la grandeza y la gloria de una patria restaurada. ¿Y cuáles fueron sus consecuencias? Que la ferocidad se templó, y que la energía no bastardeada ya en personales y destructoras contiendas, ni en los desbarros de una concepción viciada (1), se aplicase á otras empresas de más vastos horizontes, empresas que fueron engendradoras á la vez de las más altas hazañas, variando en mejores tipos los rasgos de nuestra raza siempre guerreadora harta por nuestra especial topografía, como ya lo advirtiera César, siempre valerosa ante los extraños, aunque no menos díscola para con los propios, como escribía Justino (2).

(1). Entre otras muchas extravagancias (aunque sublimadas por cierto espíritu transcendental, á favor del débil, que se encontraba en el fondo de estas personales empresas), se puede recordar el famoso *paso* de Suero de Quiñones, comprobado por todos los historiadores y que tuvo lugar cerca del templo de Santiago en tiempo de D. Juan II y en presencia de su corte. Tuvo aquél por objeto relevar al caballero de la obligación que le había impuesto su dama de llevar públicamente un collar de hierro todos los jueves. Los campeones pelearon sin escudo ni rodela y solo con armas de puntas de acero de Milán. Se rompieron ciento sesenta y seis lanzas, y á los treinta días de estas justas, hubo de declararse bien acabada su empresa.

También William H. Prescott, hablando del caballero español por este tiempo, así se expresa: «*Hasta el siglo XV le hallamos en las cortes de Inglaterra y de Borgoña haciendo batalla en honor de su señora y excitando la admiración de todos por su extraordinario valor personal.*» (Historia de los Reyes Católicos.)

(2) Hé aquí lo que dice este historiador: «*El cuerpo del español es tan*

No de otro modo lo consigna también el escritor ya nombrado. «Aquellos mismos hombres, dice, grandes y plebeyos, los unos conocidos por sus ilustres nombres, los otros por sus apellidos ó motes, y todos por sus fechorías, se les ve subir, distinguirse, crecer hasta tocar á las nubes; capaces de escalar el firmamento, como nuevos titanes, si tal empresa se les hubiese demandado, y vivificando al mismo tiempo en su marcha, así como antes destruían en sus movimientos las industrias y las artes, la literatura y la poesía, los grandes descubrimientos y las organizaciones sociales» (1).

Fueron, en efecto, tan grandes y de tal transcendencia las reformas llevadas á cabo en este reinado, que no parece sino que estaba dispuesto para servir de galardón al valor y la constancia del pueblo que por su fe y su independencia había venido guerreando por siete siglos continuos, hasta reconquistar su antiguo suelo, la unidad de la patria, su regeneración interior (2), la libre dignidad de sus hijos (3), y el esplendor de su grandeza, como consecuencia de sus repetidos triunfos. Porque por éstos se conquistó el último baluarte de la morisma en España, cual fué Granada; viniendo de allí á poco la conquista de Nápoles, la de Navarra, y por último, el descubrimiento de los descubrimientos: la conquista de otro mundo. ¡Qué actores, por lo tanto, no se destacan en esta escena!

En la política, ya hubo uno tan profundo como Cisneros. En las armas, dos de tanta talla como el Gran Capitán y un

duro y sufrido para el hambre y la fatiga, como su corazón está siempre dispuesto á la muerte. Todos son rigurosamente sobrios, prefiriendo antes la guerra que el reposo, y si el enemigo les falta fuera, ellos lo buscan dentro.»

(1) Moret y Prendergast: Prólogo al bandolerismo.

(2) «Se introdujeron (dice Prescott) mudanzas de tal naturaleza para la administración interior de la Monarquía, que han dejado un sello permanente indeleble de la Nación.»

(3) «La autoridad de la Corona (dice el propio Prescott) no hacía sombra, como en los últimos períodos, á las clases inferiores del pueblo. Disfrutaba éste del inestimable privilegio de la representación política, ejerciéndolo con varonil independencia. La Nación podía vanagloriarse de tener una libertad constitucional, que no gozaba entonces pueblo alguno de la cristiandad.»

Antonio de Leyva. En filosofía y letras, nombres como el de Siliceo y Juan Gélida, cuyas lecciones se oían con admiración en la Universidad de París; siendo no menos notables las doctrinas del maestro Fernán Pérez de la Oliva, de Pedro Juan de Oliver y Pedro Ciruelo, con los doctos eclesiásticos á quienes seguía entonces el respeto y veneración de la Italia y la Alemania, como los recibían igualmente en el gran palenque de aquellos días, el célebre Concilio de Trento. Y de esta reunión de doctos y de guerreros salieron á su imitación los que se habían de derramar después por un mundo desconocido, cuyo hallazgo estaba reservado á un navegante, atraído, prohijado y atendido por estos mismos Reyes Católicos, de recordación inmortal: tal fué Colón.

Principio, pues, por este primer eslabón de la conquista americana, esa cadena sin fin de los que habían de ir á ilustrar á aquellas nuevas sociedades, repartiendo de los primeros su acción y sus luces sobre las tierras incultas de la gran isla de Cuba. Y aunque no seré yo quien escatime á un hombre tan extraordinario como Colón la remembranza de su intuición y de sus hechos; como quiera que se invoca por ciertos extranjeros la constancia de sus pretensiones, por cinco años en la corte, para hacer de ello un cargo á nuestra Patria; juzgo de mi deber consignar aquí que Colón en todo este tiempo no estuvo sólo pendiente de sus pretensiones y sí, más que distraído, con unos *ojos andaluces* (1), á los que rendía su pasión y su culto. Y al hablar de estos *ojos andaluces* me refiero á sus amores en Córdoba con la histórica D.^a Catalina, de la que fué fruto su hijo D. Fernando, eclesiástico muy entendido en las letras, y que dejó su biblioteca á la catedral de Sevilla. Tal vez sin el atractivo de esta señora no se habría esperado tanto y hubiera tomado la resolución de marcharse antes de la toma de Granada, como lo hizo ya concluída, en cuyo caso no le habría valido tanto la intervención de fray Juan Pérez, y podría,

(1) El Sr. Martínez de la Rosa abrazó este concepto en uno de sus trabajos literarios, cuando tuvo ingreso en el Instituto de Francia.

tal vez, concluirse, que si se descubrió el Nuevo Mundo, á unos *ojos andaluces* fué debido. Pero, prescindiendo de este incidente, me concretaré más particularmente á desvanecer aquí la inculpación que se nos hace de no haberse protegido á Colón, según el valor de la empresa, que ante la consideración de aquellos Sres. Reyes Católicos presentara.

Antes que en 1487 se celebraran las primeras conferencias, ya Colón había pasado dos años (1484 á 1486) en los estados del Duque de Medinaceli, en Andalucía, obsequiado y atendido, cuyo Duque estaba ya pronto á franquearle cuanto á sus proyectos convenía, cuando, á última hora, por temor de disgustar á la Reina declinó sus grandes oficios, como se deduce de la carta que el Duque escribió al Cardenal de España sobre esto en 1483.

Los planes de Colón jamás fueron desdeñados en España, pues se celebraron dos juntas de los hombres más notables para informar sobre sus proyectos, compuesta la primera de cosmógrafos, que presidió fray Fernando de Talavera, la que si no estuvo de conformidad con los juicios de Colón, la propia autoridad de los individuos de esta junta, ya muestra la importancia en que los proyectos de Colón se tenían. La segunda tuvo lugar en Salamanca al principiar el año de 1487, y desde que tales conferencias se celebraron en el convento de dominicos, ya desde esta fecha fué atendido y favorecido por los Reyes (1), mientras daban fin al sitio de Granada que tanto les ocupaba. Se moteja también esto mismo, porque el ánimo de Colón pudo llegar á flaquear cuando notaba que se anteponía la adquisición de un pequeño territorio á la conquista de todo un mundo, que él por intuición veía. Pero nadie como él podía tener esta certeza, y era muy justo que los Reyes quisieran concluir antes con una lucha de siete siglos.

(1) Desde esta junta principió su protección oficial, y ya desde este año de 1487, por cédula de 5 de mayo y otras de 3 de julio, 24 de agosto y 15 de octubre, se le mandó dar 14.000 maravedises, con otras cantidades y auxilios que continuaron por los años siguientes, hasta ordenar la cédula de 12 de mayo de 1489 que, cuando transitase por cualquier villa se le aposentase bien y gratis, pagando sólo los mantenimientos á precios corrientes.

Es inexacto igualmente, que sólo por intervención de los Pinzones pudo salir la expedición de Colón para su descubrimiento. Los Pinzones le facilitaron mucho, pero sin ellos se hubiera verificado la expedición, porque á más de los recursos efectivos que por los Reyes se le proporcionaron, ya se había ordenado por estos mismos Monarcas á los vecinos de Palos, según el derecho de aquel tiempo, y por cédula de abril de 1492, que en el perentorio término de diez días habían de facilitar á Colón dos carabelas armadas á sus espensas, por estar ya condenadas á servir doce meses, por ciertos motivos de servicio público; y hasta se habían cometido á Juan de Peñalosa toda especie de facultades para apoderarse de otros buques, á fin de no retardar la expedición en aquella costa, medidas coercitivas que evitaron los Pinzones con su intervención en la empresa. Y con todos estos antecedentes, fácil es deducir, cuán fútiles son las razones de los escritores que suponen la poca protección que se dió en España al pensamiento de Colón, mientras no se realizó la toma de Granada. Y si entonces nuevas dificultades se ofrecieron á su marcha, entonces y sólo entonces fué cuando supo detenerlo y recomendarlo con éxito á la gran Reina el guardián de La Rábida, fray Juan Pérez (1). Mas consumado su descubrimiento, la isla de Cuba fué de las primeras tierras que Colón saludó, y como su conquista y colonización se realizaron muchos años después, mostraré antes á mis lectores cuáles fueron entretanto sus destinos, mientras pasó á ocuparla y colonizarla el ilustre castellano D. Diego Velázquez de Cuéllar, eslabón primero de la cadena progresiva de su actual civilización.

Por una consideración digna de ser notada, si Colón perdió de vista las playas del puertecito de Palos para su transcendental descubrimiento, en el memorable 3 de agosto de 1492, media hora antes que montara el sol sobre el hori-

(1) Es preciso distinguir á este guardián fray Juan Pérez, de fray Antonio de Marchena, entendido cosmógrafo, pues hay un gran error y muy común, al componer de estas dos individualidades una sola, con el nombre de fray Juan Antonio Pérez de Marchena.

zonte andaluz, no fué tampoco sino á los primeros arreboles de la aurora del 28 de octubre del propio año, cuando después de haber descubierto el grupo de las Lucayas (1), avistó por primera vez las costas de la gran isla de Cuba, entre la calma propicia del mar y de un viento fresco y suave que rizaba sus ondas, el mismo que á las doce de la noche anterior del 27 había comenzado á soplar, como él dice en su diario, *amorosísimamente*.

De este modo, la gran Antilla fué la primera tierra de importancia que descubrió Colón en el Nuevo Mundo (2); y tanto le impresionó la extensión y belleza de sus costas, la grandeza de sus montañas y lo largo de su territorio, que en este, como en su segundo viaje, la tuvo cual parte de un continente, por más que, como ya consigno en otro lugar, una singladura más en su segundo viaje lo |habría sacado de semejante error, al reconocer las playas de su parte occidental. Cincuenta y seis años contaba Colón, cuando hizo este descubrimiento.

Respecto á las sensaciones de arrobó y de entusiasmo de que participó su alma al contemplar por primera vez esta tierra tan grande y tan tendida por entre las aguas de aquel mar deleitoso; los nombres que puso á sus principales cabos, ensenadas y puertos, con el verdadero punto de la isla en que hizo su recalada; las referencias que muchos de sus lugares le ofrecían para tomarla por la *Cipango* de Marco Polo; todo esto lo encontrarán mis lectores ya referido en el capítulo X de la primera parte de esta obra, en donde me propuse describir el aspecto físico interior y exterior de su belleza, recordando entre las sensaciones de Colón las mías propias, cuando he cruzado estas mismas costas teniendo

(1) *Lucayas*, según Las Casas, quería decir *moradores de cayos*, porque *cayo*, en lengua india, era tanto como isla.—*Historia de las Indias*, CXL, página 292.

(2) Véase en la primera nota del capítulo X, tomo primero de esta obra, cuán infundadamente se ha generalizado el error de que la Isla Española fué descubierta antes que la de Cuba, por haber participado de él el historiador Mariana y haberlo difundido el Atlas de Lesage.

presente su historia, entre el goce indefinible que por allí ofrece el clima por estas matinales horas. Aquí, me voy sólo á concretar á otros principales hechos de Colón y sus compañeros, sobre las playas de esta cubana tierra.

Colón llegó á ella el 28 de octubre de 1492, y ancló, según nos lo dice en su diario, en un hermoso río de transparentes aguas y de sombría ribera por los grandes árboles que lo cobijaban (1), y desembarcó y tomó posesión de ella por Sus Altezas con pregón y bandera real extendida, poniéndole por nombre *Juana*, en honor al Príncipe D. Juan, y á aquel río *San Salvador*, nombres que reflejan las dos ideas culminantes que lo dominaban en aquella situación: su creencia y su gratitud. Debía, en efecto, esta última á los Sres. Reyes Católicos de quienes era hijo aquel Príncipe. Invocaba el cristiano nombre del *Salvador*, como hombre profundamente religioso, y porque juzgaba que esta divinidad sola hubiera podido librarlo hasta allí de sus muchos peligros; probando igualmente como descubridor y súbdito, cuál era su respeto hacia la voluntad del cielo, y cuál la suya para con el servicio real, sentimientos tan encarnados ambos en la opinión de aquella época en general, y más principalmente en los nacionales que él conducía.

Los naturales entretanto presenciaban atónitos su arribo, y extrañaban sobre manera el aspecto físico de los invasores, y sobre todo, sus pobladas barbas. No menos asombro les causaba la magnitud de las *carabelas* (2), al compararlas con

(1) Aquí dice el Almirante, *que nunca cosa tan hermosa vió; todo el río cercado, árboles verdes y graciosísimos, diversos de los nuestros, cubiertos de flores y otros frutos, aves muchas y pajaritos que cantaban con gran dulzura, la hierba grande como en el Andalucía por abril y mayo; vido verdolagas y muchos bledos de los mismos de Castilla, palmas de otra especie que las nuestras* (*), *de cuyas hojas cubren en aquellas islas las casas.*—*Historia de las Indias*, CXLIV, pág. 319.—Esto dice Las Casas, pero todos saben que, como en otras partes, copió literalmente el diario de Colón.

(2) Estas embarcaciones así llamadas, bautizadas con los sobrenombres de *Santa María*, *La Pinta* y *La Niña*, se habían construído con los 18.000 pesos

(*) Sin duda se refería á los rastreros de Andalucía, llamados *palmitos*. (*Cahmoerops humilis*. L.)

sus buques, que eran los troncos huecos de sus *canoas*, y aunque en grupos, huían con espanto cuando el Almirante y los suyos se acercaban á la playa, denotando en todo un pueblo tímido, sin la acometividad del salvaje. Así es, que pasada que fué esta primera impresión, y halagados con dádivas por los expedicionarios, concluyó su espanto, y poco á poco fueron acercándose más confiados, principiando entre unos y otros aquel cambio de diges que había de constituir con el tiempo, bajo el nombre de *rescate*, toda una gran contratación, representada hoy por el comercio de un mundo á otro mundo. Pero por estos primeros días se veían escenas como las de algún indio, que, llevando un pedazo de oro, lo ofrecía al español, el que á su vez le daba algún cascabel y salía huyendo el indio, creyendo haber eugañado al hombre blanco, cuando el verdaderamente engañado era él. Hé aquí ahora la pintura que nos hacen los historiadores de la particular fisonomía que presentaban los indígenas de Cuba, según los escritos del propio Colón, su hijo D. Fernando, el P. Las Casas y el capitán Oviedo, únicos que de ciencia y vista propias pudieron extenderlos.

tregados por la Reina, á la que añadió una suma considerable Martín Alonso Pinzón y su hermano Francisco Martín, y otra más pequeña que facilitó Colón, con otros gastos que franquearon los Reyes para el equipo y armamento de estos buques. Porque no fueron, como se escribe comunmente, buques impropios por su pequeñez, llevándose de la etimología del vocablo *carabela*, árabe ó italiano. Fueron mandados construir por el propio Colón, el que dice en su diario: «Y partí yo de la ciudad de Granada á doce días del mes de mayo del mismo año de 1492 en sábado: vine á la villa de Palos, que es puerto de mar, á donde armé yo tres navíos muy aptos para semejante fecho, y partí del dicho muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de mar.» Estas carabelas tenían algunas sin llevar puente, uno á popa y otro á proa, dispuestos para el ataque y la defensa, y la *Santa María* tuvo puente con dos velas cuadradas y dos latinas, dando unos 90 pies de quilla y un ancho de 26 pies sobre el puente, que según el Sr. Layana (*) podría ser igual á un bergantín de guerra de 12 á 20 cañones. No fueron tan grandes las carabelas empleadas por el Infante D. Enrique en los descubrimientos de la costa de África.

(*) En sus artículos de *La Revista de España*.

Su aspecto y raza, dicen, no discrepaban de la de los lucayos, y tenían como éstos, entre su desnudez completa, gran abundancia de un pelo negro y áspero, que cubría casi su ancha espalda, dejando despejada su frente por la especie de corona de plumas de diferentes colores, con que ceñían su sienes. Sus ojos eran grandes y negros, la nariz ancha, su frente regularmente aplastada, su continente bueno, su color cobrizo, tirando á rojo; la agilidad de sus movimientos extremada. Pintábanse el cuerpo con *bija* (1), y sus mujeres se cubrían desde la cintura con una tela burda de algodón. «*Son gentes muy sin mal* (dice el propio Colón en su diario), *ni de guerra; desnudos todos, hombres y mujeres, como su madre los parió; verdad es que las mujeres traen una cosa de algodón, solamente tan grande, que les cubre su natura y no más, y son ellas de muy buen acatamiento, ni muy negras, salvo menos que canarias*» (2).

Tanta sencillez y pobreza tanta, trastornaban el pensamiento y las esperanzas del Almirante. Siempre poseído de que pisaba los países de la India, no se desengañaba por estas contradicciones de unos habitantes que andaban completamente desnudos, aun á riesgo del pudor mínimo que los pueblos más atrasados poseen, circunstancia que dió después lugar á que el P. Las Casas escribiera con este motivo en su *Historia de las Indias*: «*Que parecía no haberse perdido ó haberse restituído el estado de la inocencia en que un poquito de tiempo, que se dice no haber pasado seis horas, vivió nuestro paare Adán*» (3). Pero, por otra parte, Colón admiraba las galas de aquella naturaleza tropical y venía á preocuparle de nuevo la fabulosa riqueza que con su imaginación veía. No habíase empapado de otra menos ilusoria el capitán Pinzón, que man-

(1) (*Bixa Orellana*.) Árbol silvestre común en Cuba, el que da una flor bella y fragante, y después un fruto de semillas rojas, que tñen tenazmente y que suple allí al azafrán. Se extrae también de este fruto un aceite para curar las quemaduras.

(2) Las Casas, tomo I, cap. XLVI, pág. 333.

(3) *Historia de las Indias*, cap. XL, pág. 294. ¿En dónde encontraría el bueno del P. Las Casas el autorizado dato para regular en seis horas la inocencia de nuestro padre Adán? Difícil es suponer que éste conociera ya ni la proyección de la sombra en los relojes de sol.

daba una de las carabelas, en el estudio que había hecho por el Mapa de Toscanelli sobre las costas del Asia, que el mismo Colón le había facilitado; y con este motivo, Pinzón vino á indicarle que los indios de su nave hablaban de un cabo que señalaban de allí á cuatro días, en donde estaba *Cuvanacan*, paraje abundante en oro. Y, efectivamente: en la lengua de aquellos indios, *nacan* quería decir tanto como centro, y lo referían á las montañas más pronunciadas y más orientales de Cuba, en donde hoy aparece la capital de su departamento, llamada Santiago, región grandemente mineralógica y en donde se multiplicaron cuando la conquista las primeras catas de estas tan desecadas minas, y las arenas de oro que allí se recogieron. Mas Pinzón, ante el consonante sólo de *can*, ya coligió que los indios se referían al *Cublay Kan*, ó sea al soberano tártaro historiado por Marco Polo, y no fué menester más para que Colón, con su imaginación é impresionabilidad, no apartase de sí su primer pensar, de que Cuba fuese la isla de *Cipango*, y ya convino con su interlocutor en que se encontraban en el continente del Asia ó de la India, como él decía; y por lo tanto, en los extensos dominios del gran *Kan*, en cuya capital, *Catay*, era donde debiera residir, y á donde era no menos conveniente enviar una embajada con cartas de recomendación de los Reyes de Castilla, previniéndole á dicho Soberano su llegada. Y pensarlo y hacerlo, fué todo uno.

Dispúsose la embajada, y no menos pronto el ingenio y la fantasía de Colón fueron sacando otras deducciones del mapa presentado, como los cálculos de este viaje y la necesidad de que estos embajadores supieran las lenguas que más punto de contacto tuvieran con los dialectos índicos, y que ninguno como el hebreo, el caldeo y árabe, podían tener más afinidad con aquéllos. Comisionó, pues, como tales enviados al español Rodríguez de Jerez, y al judío convertido Luis de Torres, que poseían estas tres lenguas, acompañados de los indios intérpretes que le seguían desde la isla *Guanahani*, y los proveyó además de muestras de droguería para que las comparasen con las que encontraran, así como de cuentas y baratijas con que comerciasen, previniéndoles que comunicasen al Soberano cerca del cual pasaban á ser reconocidos,

que él no tardaría mucho en llegar para entregarle las cartas de sus Reyes y sus regalos, como prenda de las buenas relaciones que desde aquel momento quedarían aseguradas entre las dos potencias. Mas si la embajada iba en regla, faltaban la India, el Soberano, y las riquezas, tras de las cuales tanto trabajaba la imaginación de Colón siempre enardecido por sus lecturas favoritas, y por la ilusión de creerse en los opulentos Estados de las Indias orientales cuando sólo se encontraba en la pobre y solitaria entonces, isla de Cuba.

La embajada, entretanto, se puso en marcha por la parte del Camagüei, hoy Puerto Príncipe, y es no menos notable contemplar el rumbo incierto de esta comisión, andando á pie leguas y leguas, sin guía ni camino alguno que á su objeto los condujera, ni más norte que la propensión de tales hombres para semejantes aventuras, por aquella época.

Ya han transcurrido cerca de cuatro siglos, y cuando el que esto escribe ha recorrido en el presente estas mismas comarcas, sin encontrar todavía más que una sucesión de bosques, apenas cruzados por las trochas que forman el ir y venir del ganado que en ellas se cría, ó por caminos que han ido abriendo el machete del esclavo ó las voladoras ruedas de los carruajes del país, confieso que sólo entonces he podido formar cabal concepto del influjo que aun tenían sobre aquellos hombres las leyendas y las tradiciones de arduas empresas, cuando encontraban por solución de sus encantamientos, los imaginarios palacios y castillos de la Edad Media, y no la verdadera realidad de aquel mundo y de sus cosas. Pero de cualquier modo, lo cierto fué que penetraron por el interior de la isla, no viendo cambio alguno en el paisaje, y mucho menos en las chozas ó *bohíos* que dejaban á sus espaldas y que ahora esperaban ver trocadas por ciudades esplendorosas, y monumentos y torres de brillante porcelana. Tampoco descubrían grandes cultivos ni otros animales que los que ya conocieran, y es sumamente curioso cuál comparaban los árboles, plantas y frutos que de nuevo notaban, con los que estaban tan familiarizados á ver en la vieja España (1).

(1) Hé aquí la detallada y pintoresca relación que hace el P. Las Casas

Mas como quiera que anduvieran en esta expedición fatigosa más de doce leguas sin poder encontrar otras mayores grandezas que las de un lugarejo de cincuenta chozas que de allí á poco divisaran, hicieron el propósito de dirigirse á la mayor de aquellas, á la que llegaron acompañados de los habitantes que de todos estos *bohíos* salieran á su encuentro. Aquí los invitaron á sentarse en sillas de una pieza, que remataban con alguna figura mal esculturada, y aquí fué donde recibieron el homenaje de aquellas pobres gentes, que se deshacían por ofrecerles sus mejores alimentos de frutas y raíces, después de besarles las manos y los piés y de tocar repetidamente su cutis, cuya blancura admiraban hombres y mujeres. Estas, como las que ya hasta allí habían visto, no traían otro adorno que los naturales de sus desnudas formas, exceptuando algunas, que cruzaban por sus partes un ceñidor

de esta excursión, tomada del diario de Colón, y en la que más se encuentran estas comparaciones: «Vieron (dice) mucha diversidad de árboles, hierbas y flores odoríferas, aves muchas de diversas especies, desemejables á las de España, pero hallaron perdices naturales de las de España, salvo que son mucho más chicas y cuasi no tienen otra cosa de comer sino las pechugas. Vieron también ánsares, muchos y naturales ruiseñores que muy dulcemente cantaban; y es bien de considerar que haya tierra en que por el mes de noviembre los ruiseñores cantan. Es aquí de saber que en todas estas islas no hay perdices ni grullas, sino en sólo aquella isla de Cuba; los ánsares comunes son á todas estas tierras. Bestias de cuatro pies, diz que no vieron sino de los perros que no ladran, puesto que hay unos animalicos poco menos grandes que los perrillos, blanquetes, que tienen cuatro pies, tan buenos y mejores de comer que conejos y liebres, los cuales los indios llamaban GUAMINIQUINAJES. De la fertilidad de la tierra contaban maravillas, y que toda la hallaban llena de labranzas de aquellos ajos y también debía de ser de la yuca que hacían el pan que llamaban CAZABI, salvo que no la conocían. De los frísoles ó atramuses que dijimos, ó habas, y del grano que llaman los indios maíz, que ellos llamaban panizo, hallaban mucha cantidad. Algodón infinito, sembrado, cogido y hilado y también tejido ó obrado; dijeron que habían visto en una sola casa más de quinientas arrobas, y que se podría haber cada año cuatro mil quintales.»

Tal fué, en compendio, el relato que hicieron estos exploradores de la historia natural de Cuba, tal como podían clasificar por entonces sus animales y sus plantas; pero relato preciosísimo por el carácter indígena y de fidelidad que este cuadro presenta, abarcando por esta mirada interior de las tierras de Camagüey lo que era extensivo á la isla entera.

blanco de algodón indígena (1). Mas concluída esta parte ceremoniosa, en vano se sentaron los obsequiantes alrededor de los obsequiados para oír cómo habían llegado allí semejantes hombres, á quienes nombraban *turey*, bajados del cielo. Aunque el israelita Torres les contestaba en arengas trilingües, su triple vocabulario no les dejaba caer una sola palabra que pudieran entenderla; y en tal apuro, el orador lucayo, ó sea el indio intérprete que llevaban, soltó las suyas muy encomiásticas de los Soberanos de Castilla y de los que allí los representaban, concluyendo por enseñarles las muestras de especias y demás objetos encargados por Colón para su reconocimiento, de los que dijeron no los había por allí, sino muy lejos, señalando al Sur-Este. Y desvanecidos de este modo los ensueños que allí hubieron de llevar, sugeridos por Colón y las lecturas de Marco Polo, estos embajadores resolvieron retroceder á los buques, sin llevar otras muestras de ventura que su propio desengaño respecto á los grandes centros de población y de comercio que se prometieran encontrar en el país que habían reconocido.

Pero si todo esto pasaba por el interior de los embajadores, no era menor el estupor que su presencia producía en los indios congregados, sobre todo por su blancura, distintivo que tenían sin duda por más propio del cielo que de la tierra, y no podían menos de figurárselos cual ya lo dejo dicho, como seres bajados del primero á la segunda. Los indios llamaban al cielo *turey*, y claro es que los más querían irse con los *turonenses*, pues la tentación era grande, por más que todavía no fuese mucha la confianza. Á porfía, pues, querían los más seguir á la embajada: pero los embajadores no permitieron tal número, y sólo le concedieron esta gracia á un indio principal con su hijo y un criado: que como estaban en este

(1) Mucho preocupaba al P. Las Casas esta completa desnudez, y en otro lugar de su Historia, refiriéndose á ella, dice «*que estos indios más parecían estar en aquella época feliz en que nuestros primeros padres no habían engendrado aún el pecado original.*» Pero Washington Irving le replica «*que hubiera podido añadir que también parecían libres de la pena decretada contra los hijos de Adán, cuyo pan había de comer cada cual con el sudor de su frente...*»

mundo y no en el que creían aquellos indígenas, nunca deja de haber aquí abajo su excepción y privilegio.

Colón, en tanto, esperaba á estos embajadores con la impaciencia de quien se prometía verlos llegar con satisfactorias nuevas y cargados de muestras correspondientes á la región indiana, como canela, ruibarbo y nuez moscada, objetos todos que á los mismos había entregado para su comparación. Y como él, por su parte, no cesaba de enseñar á los naturales otros de oro y de perlas, así como á los marineros, indicándoles los lugares donde más se encontraban estos objetos en la región índica, ya estos últimos, con la natural propensión de halagar á su superior y jefe, le daban cuenta de que sentían percibir el olor de la almáciga al quemar las maderas del monte, cuando derretían la brea para calafetear los buques; y todo esto le sobreexcitaba más para creerse en el país de los aromas y de los perfumes (1). Esta ilusión, hija de sus lecturas, estaba en él tan arraigada, que en vano llegaron los comisionados y hubieron de relatarle lo que les había acaecido y lo poco nuevo que podían noticiarle, si se exceptuaba el que, cuando ya volvían, observaron á una porción de indígenas que llevaban en las manos unos tizones encendidos y ciertas hierbas secas y enrolladas, á manera de canuto, *las que encendiéndolas por una punta, chupábanlas por otra y aspiraban su humo abriendo después la boca para arrojarlo.* ¡Tal fué el origen del tabaco, nombre que daban los indígenas á la forma y no á la planta! Miserable producción entonces, nadie hubiera podido conceptuar por aquellos días los millones que hoy representa su ceniza, ni cómo estas simples hojas habían de llegar á ser con el tiempo el vicio de los más, la ostentación de los ricos, el entretenimiento de los Reyes, y el consuelo de los pobres.

Colón, sin embargo, no dió importancia alguna á seme-

(1) El ánimo del Almirante se alimentaba tanto de estos deseos, que á la simple observación que le hicieran los marineros sobre este olor de la almáciga, ya se lisongeaba de que en cada año podrían juntarse allí hasta mil quintales de esta goma con más abundancia que en *Scio* y demás partes de aquel archipiélago, según lo refiere Las Casas.

jante descubrimiento, por no encontrar en él valor ni riqueza alguna, y continuó en su afán de buscar un centro comercial, cuyos más preciados productos pudiera llevar en triunfo cuando volviera á España. Y decidido á encontrarlos, muy pronto volvió á tomar la vuelta de la costa, sin bajar ni hacer más exploración, hasta que ancló en un puerto hondo y seguro al que llamó del *Príncipe*, entreteniéndose después en recorrer con sus botes el grupo de islas llamadas también por él *Jardines del Rey* (1), y á su golfo *Mar de Nuestra Señora*.

Todo este paisaje estaba por entonces entregado á una soledad tan selvática, que su profundo silencio contrariaba la suposición local en que creía hallarse el Almirante, por el ningún rumor y movimiento que se advertía, de esos que preceden á las grandes poblaciones, y que él creía debía ya haber visto como centros productores de la oriental India. Mas como advirtiese que revoloteaban sobre los botes una inmensa nube de pájaros, ya esto lo tomaba su fantasía por los muchos que se acostumbra á ver en las costas del Asia, y esta nueva consideración le sostenía en el error del verdadero país en que se encontraba. Pero como aquí se advierte, este empeño del Almirante por encontrar los centros de la contratación y de la riqueza, era por otra parte opuesto al carácter moral y religioso de que siempre daba las más evidentes pruebas, cual le sucedió en estos mismos parajes, en donde mandó elevar una cruz á poco de haber recibido á sus exploradores. Colón tampoco se separó ahora de estos sitios sin mandar levantar otra cruz gruesa y elevada sobre la propia costa, como toma de posesión de estas tierras y del triunfo de la doctrina que este signo representaba. Y es ciertamente de contemplar cómo este hombre singular, á la par que estaba poseído de cierta unción evangélica y de propaganda, no disminuía en su ánimo un fervor igual por el mundano interés, y así fué que le bastó volver á oír entre acompa-

(1). Véase en la primera parte de esta obra *NATURALEZA* y en el capítulo 20, pág. 413 hasta la 518, lo que allí me extiende sobre estos grupos de islas, sus peligros y sus amenas perspectivas.

ñantes la palabra *Babeque* y notar que los indios señalaban con la mano, al pronunciarla, el punto más horizontal en que se encontraban, para que se apresurase á ordenar poner las proas de las carabelas en su busca, como el lugar en donde habían de encontrar el oro de Ofir, las perlas y el marfil de las regiones índicas. ¡Impulsos y deseos que fué el primero en abrigar, por las costas cubanas, y que heredaron ciertamente cuantos después de él siguieron arribando, no sólo á Cuba, sino á las costas del Nuevo Mundo que descubriera, porque tal es el incentivo poderoso de todo hombre civilizado procedente de cualquier nación de la tierra! Pues si Colón, con ser tan religioso y de nación italiana, mostróse tan afanoso por el lucro y la riqueza, ¿qué de extrañares que en nuestros tiempos ya tan materializados, sigan las emigraciones de Europa á América con un igual instinto?... No seguiré señalando este ansia que tenía Colón por el oro y la fortuna, al costear parte de la isla de Cuba. No he tratado, por cierto, de ajar ni una sola hoja de su corona de héroe, cuya elevadísima altura soy el primero en reconocer; pero tampoco he querido dejar de llamar la atención sobre estas sombras de su personalidad, y de no haber poseído en esta parte la perfección evangélica de los santos, desprendimiento y gracia superior concedida á pocos y que en nuestros días con anacrónica extrañeza ha tratado de concederle una generación descreída (1). Mas volvamos ya á seguir su derrotero.

El 19 de noviembre mandó el Almirante darse otra vez á la vela estando, según su diario, á siete leguas de Puerto Príncipe, y viendo tierra al Oriente, por lo que supuso sería

(1) Con transcendental conveniencia acaba de desechar la Iglesia Católica la candidatura de Colón para ser elevado á los altares, por el entusiasmo de algún prelado francés. En efecto, la sociedad de hoy conoce mucho la historia para que no hubiera dejado de ver con extrañeza esta apoteosis celestial, como merecedor es de la de la tierra. La misma prensa italiana ha reproducido la decisión de las congregaciones de la Santa Sede para fallar el incoado proceso para la beatificación de Cristóbal Colón, y hé aquí las razones fundamentales de este fallo, según aquélla lo ha publicado: «Ningún hecho extraordinario ha

su suspirada *Babeque*, que se mostraba como á sesenta leguas de distancia. Antes ordenó que se introdujesen en sus buques doce naturales del país, que formaron después parte de su cortejo, en el recibimiento que en Barcelona le prepararon los Reyes, y por cuya causa fueron cubanos y del Camagüey, los primeros indios que se vieron en España como indígenas del mundo nuevo descubierto.

Al siguiente día 20, el Almirante ya estuvo sobre *Guana-hani*, *Isabela* y otras islas, á las que no quiso llegar por temor de que se le fuesen los intérpretes indios que de la primera isla sacara, y considerando que el viento arreciaba y se alteraba la mar, determinó volver á Cuba, doblando el 24 otra vez un gran cabo, y anclando en otro puerto por cuyo río entró poniendole por nombre, *Santa Catalina*. Desde aquí siguió por algunos días costeano hasta fondear en otro puerto que llamó *Santo* (hoy Baracoa), cautivado por la riqueza de la vegetación y armonía del paisaje; y su descripción es tan entusiasta que no puedo omitir sus principales rasgos: «*Por mucho que me esforzase (dice en su carta dirigida á los señores Reyes Católicos) á dar entera relación de él á VV. AA., no podría mi lengua decir toda la verdad ni mi pluma escribirla; y cierto que yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura, que es superior á todo encarecimiento.*» Y bajo esta impresión continuada, llegó al término final más oriental de Cuba, que él suponía ser el estrecho del Asia ó de la India, poniéndole por nombre *Alfa y Omega*. Mas como navegaba por un mundo desconocido, quedóse aquí perplejo sobre el rumbo que había de seguir, temeroso de abandonar quizá las más abundantes y hermosas regiones que buscaba, por otras que no fueran más que medianas, y entre esta fluctua-

venido á demostrar de una manera palpable las heroicas virtudes cristianas de Cristóbal Colón. Aparte de su grande obra, el descubrimiento de América, su vida privada y pública da lugar á críticas. En las crónicas de aquel tiempo nada se encuentra á propósito que pueda señalarle como digno del insigne honor de colocarle en los altares. La fama que ha dejado al morir no es de aquellas de un católico eminentemente notable, y por último, jamás se le ha invocado como santo.»

ción divisó ya el día 5 de diciembre cierta tierra al Sudeste, cuyas altas montañas sobre el círculo horizontal le hubieron de anunciar una isla muy extensa, y hacia ella se dirigió, encontrando la de *Haití*, que después fué la Española ó de Santo Domingo.

Al llegar aquí, si yo siguiera con la relación de las exploraciones del Almirante y de sus disposiciones sobre esta última isla destinada á ser el primer núcleo de la población española en el nuevo mundo, traspasaría el campo que me he propuesto cultivar en este libro, dedicado exclusivamente á Cuba, y á esta isla tendré que retroceder, por más que entre esta fecha y la que señalaré á los segundos derroteros del Almirante por las cubanas costas, medie todo el tiempo que tardó Colón en volver á España para dar cuenta de su descubrimiento, hasta que por segunda vez tornó de España á Santo Domingo y después á la de Cuba, todo lo que constituirá la relación y el objeto del siguiente capítulo.

Mientras tanto, todo un continente perdido, se había encontrado. Buscado por Colón en estos mares no surcados hasta él, la isla de Cuba había sido la primera de las mayores tierras aparecidas; y Colón la consideró tal y tan grande, que murió en la persuasión de que era parte de su hallado continente, y no la más larga y dilatada de sus hermosas islas. ¡Feliz error, porque tras él apareció un nuevo mundo, ante el viejo sorprendido!





ESTUDIOS SOBRE LONGFELLOW (1)

(VIDA Y OBRAS.)

XXV.

BRILLANTÍSIMO fué el éxito que obtuvo *Evangelina*, y parecía que definitivamente había hallado su ruta la inspiración de Longfellow, fijándose para siempre en el suelo americano. Sin embargo, le solicitaban reminiscencias románticas y sueños de la Alemania, bajo cuya influencia publicó en 1851 *La leyenda dorada*, drama fantástico, ó mejor dicho, narración, en la que ya nos hemos ocupado.

Mas, á pesar de la magia de los recuerdos y del prestigio que ciertos colores llamativos puedan ejercer en los artistas y en los hombres de imaginación, llega para ellos, así como para el vulgo de los mortales, la edad en que su espíritu sufre más ó menos el yugo de la realidad, tomando parte en los intereses, en el movimiento y en las luchas que la acompañan. Frecuentemente les abandona el genio en esta transición, reemplazando la inspiración por el gusto de los negocios, ó por el brillo de las dignidades, ó por el infame lucro. Muchos pudiéramos citar; mas el prudente lector suplirá nuestro silencio, pues suponemos que le vendrán á la memoria muchos nombres, que no queremos dejar caer de nuestra

(1) Véase la pág. 303 de este tomo.

pluma. No así Longfellow: verificase en él la evolución sin ahogar, ni manchar su musa, observándose solamente que, desde entonces, se presentan más de relieve en sus obras el color y el carácter del *yankee*, reemplazando á las tintas tan queridas del Rin y del Tajo, las severas del Massachusetts, y especialmente el instinto de nueva nacionalidad independiente de la Europa que, como joven vigorosa, le hace confiar en su porvenir, henchido de promesas, y en su fuerza pronta á cumplir las más gigantescas empresas.

Por aquel entonces empezaba á manifestarse en los Estados Unidos cierto antagonismo para con el antiguo continente; sus periódicos y revistas literarias trataban á Europa con aquella arrogancia y soberbio desdén, que son propios de las nuevas generaciones para con sus antepasados; un partido poderoso y confiado, los *Knownotings*, predicaba el americanismo, cual si fuera nueva religión, de la que, como de la del judaísmo, estaban excluidas las naciones profanas, partido que de su suelo natal intentaba extraer su fuerza de reproducción. Entonces se hallaban en todo su esplendor los mediums, los espíritus, como si despidiéndose de la Europa escéptica lo sobrenatural, demandase la hospitalidad de los grandes lagos y de los bosques vírgenes. Para completar este conjunto no faltaba más que una teogonía que emulase á las india, egipcia y griega, dotando á la América de dioses autóctonos, obra á que no podía dar cima sino un poeta familiarizado con los ingratos trabajos arqueológicos. Cierto que la poesía, que «es lo más íntimo que hay en las cosas,» no surge, ni por un decreto, ni por un capricho de la voluntad, pero en ella quieren encarnarse siempre las ambiciones, glorias y veleidades nacionales, porque es siempre el paramento más brillante de nuestros sueños. Intérprete de nuestras alegrías y de nuestros dolores, ¡cuánto no se eleva su misión cuando se inspira en el patriotismo! Poetizar los orígenes prehistóricos de la joven América, era darles la aureola de ilustre genealogía, colocándola entre las razas más nobles de la humanidad, empresa digna de estimular y tentar el genio de Longfellow, quien la acometió, dando á luz (1855) su poema de *Hiawatha*.

«Si me preguntáis, dice al principiar, de dónde proceden estas historias, de dónde estas leyendas, estas tradiciones exhalan el olor de los bosques, el rocío y humedad de las praderas, el humo caprichoso de los *wigwams*, el mugido de los grandes ríos y sus frecuentes repeticiones repercutiéndose como el trueno de las montañas, os responderé: de los bosques y de las praderas, de los grandes lagos del Norte, de las regiones del Dakotas, de los Ojibwais, de las montañas, de las lagunas donde busca su alimento entre las cañas y los juncos: yo los repito como los he oído de los labios de Nawadaha, el músico, el dulce cantor. Si me preguntáis dónde ha hallado Nawadaha estos cantos tan extraños, estas leyendas y estas tradiciones, os responderé: en los nidos de los pájaros, en el fondo de los bosques, en las húmedas cabañas del castor, en la huella de la pezuña de los bisontes, en el nido de la águila; todos los animales salvajes se los han cantado, etc.»

Como se ve por estos comienzos, no intenta cantar Longfellow la América moderna, ni los asuntos clásicos de Franklin y de Jefferson, sino la América salvaje, antediluviana, en su virginal pureza, encarnando al héroe de esta naturaleza primordial en el dios indígena Hiawatha. Los bardos del Norte, avezados á espectáculos de carnicería y de sangre, hacen de sus dioses genios malévolos y sanguinarios, como Odín, Erminsul y otras divinidades germánicas, repugnantes y horrorosas personificaciones del asesinato y del robo; pero la musa de Longfellow sencilla y amorosa no puede menos de cantar lo bueno ante lo bello de la naturaleza americana, y crea, por el contrario, un dios benévolo y compasivo, que enamorado del hombre, toma carne mortal para aliviar las humanas miserias.

«¡Oh, vosotros, dice el poeta, vosotros cuyos corazones son francos y sencillos, que tenéis fe en Dios y en la naturaleza, que creéis que en todas las edades, todo corazón humano es compasivo; que aun entre los salvajes creéis que existen inspiraciones, esfuerzos por alcanzar un bien que no comprenden; que creéis que manos débiles, aisladas, alzándose á Dios en la oscuridad, hallan su mano en la noche y

se encuentran fortificados! Escuchad esta sencilla historia, el canto de Hiawatha.»

Puede, pues, engreirse América de tener su Museo y su Hesiodo en Longfellow: él la ha dotado de una teogonía que puede figurar al lado de las egipcia, griega y escandinava, con la diferencia que ya hemos apuntado, á saber: que los dioses de Hiawatha no personifican pasiones brutales, la audacia, la violencia y la matanza, sino el trabajo vivificante, la bienhechora industria y el amor á los débiles y desgraciados.

Inponente es la escena que sirve de vestíbulo al poema: el gran espíritu Manito convoca los pueblos y enciende la pipa de la paz (1), como señal, á todas las naciones. A este llamamiento responden los Delawares, los Mohawks, los Pies-Negros, los Omahas, Mandanos, Dakotas, Hurones, Abenakis, etc., y se dirigen á las montañas de la Pradera, al Gran cuadrado de la piedra de la Pipa Roja. Traen sus armas, sus atavíos de guerra, y se miran coléricos, como desafiándose. En su corazón arden los odios tradicionales, las hereditarias quejas, la implacable sed de la venganza. El gran Manito, omnipotente creador de las naciones, los contempla con profunda compasión, pareciéndole sus disputas, disputas de niños; les dice con paternal bondad: «Hijos míos, infelices hijos míos; oid las palabras de la sabiduría, del Gran Espíritu, del Señor de la vida que os ha creado. Os he dado tierras para cazar, ríos para pescar: os he dado el oso y el bisonte, el castor y el corzo: he llenado los estanques de zorros salvajes, los ríos de peces; ¿por qué no estáis contentos con mis dones? ¿Por qué os cazáis unos á otros? Fatigado estoy de vuestras discordias, de vuestras guerras sangrientas, de las súplicas que me hacéis para vengaros. Todos vuestros peligros están en vuestras disensiones: vuestra fuerza se halla en la unión, y os mando que viváis en paz como hermanos.»

(1) Los salvajes de América usan de dos pipas largas: la de la paz, que está adornada de blancas plumas, y la de la guerra, de rojas.

Entonces el gran Manito anuncia que va á enviar á la tierra un profeta, un libertador, que les instruya y guíe. Las naciones, oyendo sus consejos, se multiplicarán como las estrellas del cielo, como las arenas del mar, y vivirán prósperas y felices; pero si son rebeldes á sus amonestaciones, caerán sobre ellas la ruina y la desolación. Por el pronto obedecen las gentes, entierran sus armas y sus trajes de guerra y dándose el ósculo de paz, se separan esperando al elegido que ha de descender del cielo.

El lector adivina desde luego el plan de la obra, que es la exposición del dogma sublime de la redención, que se va á realizar de un modo sencillo y espontáneo entre los americanos autóctonos. Inquiridor infatigable de documentos antiguos, ha podido Longfellow descubrir en medio de las tribus indias la existencia de esta tradición, común á todos los pueblos. Las crónicas legendarias de los indios hacen mención de un personaje, nacido milagrosamente á las márgenes del lago superior, para purificar sus bosques, sus ríos, y enseñarles las artes de la paz. Mr. Schoolcraft, distinguido paleógrafo americano, ha dedicado largas vigilias y ha escrito un libro en el que, estudiando estas poblaciones, hace observar la coincidencia de todas las tradiciones con la narración mosáica, llegando hasta presentar los diversos nombres dados á este enviado del cielo por las diferentes tribus americanas.

El *Logos* de Platón, el *Doctor* universal de Sócrates, el *Santo* de Confucio, el *Monarca universal* de las Sibilas, el *Rey* tan temible de los romanos, el *Dominador* esperado en todo el Oriente, el *Cordero de Dios que borra los pecados del mundo*, llámase, entre los salvajes, Michabou, Chiabo, Manabozo, Marenya, Hiawatha. ¡Descubrimiento singular digno de la meditación del sabio y del filósofo! Por do quiera hallamos, aunque debilitado y desfigurado, un eco de las promesas del Génesis, apareciéndose el cristianismo como una necesidad imperiosa y primordial de la humanidad, y que viene á saciar el hambre de los corazones que esperan la palabra divina.

Hiawatha es hijo de Mudjekewis, apellidado el Viento del

Oeste, célebre entre los guerreros por haber dado muerte al Oso Grande de las montañas, y de la hermosa Wenona, hija de Nokomis. Wenona, abandonada por su esposo, muere prematuramente, y el niño es educado por su abuela, que le enseña la historia de los planetas, el lenguaje de los pájaros, las astucias de los castores: un anciano guerrero, Jagoo, amigo de Nokomis, regala al niño un arco de fresno y le envía á cazar. Hiawatha regresa de la caza orgulloso por haber muerto por su mano á un gamo. Toda la aldea asiste á celebrar en fraternal banquete esta primera victoria. Todos aplauden y aclaman á Hiawatha, dándole el nombre de Corazón fuerte. Ya en la edad viril, Hiawatha es el modelo de los cazadores. Dispara diez flechas con tanta fuerza y rapidez, que la segunda hiende los aires antes que la primera haya caído en tierra; escala las más abruptas rocas con abarcas encantadas. No hay bestia feroz, no hay pájaro en los aires que pueda resistir su flecha. Al llegar á la edad juvenil se inquieta por su nacimiento, y pregunta con frecuencia por su padre á la anciana Nokomis. Un día decídese á ir á verle en su reino del Viento del Oeste, y penetra en los bosques, andando una milla en cada paso. Atraviesa el Esconaba, el Mississipí, el país de los Crows, el de los Cuervos, el de los Gatos, el de los Pies Negros; pasa las montañas Rojizas, y, por fin, se halla en presencia de su padre. Al ver á aquel adolescente, tan hermoso y tan altivo, Mudjekewis siente conmovido su corazón: «cree ver la belleza de Wenona salir de la tumba irguiéndose ante él.» Acoge afectuosamente á Hiawatha, le retiene á su lado y le refiere sus proezas. El joven le escucha por mucho tiempo silencioso. «Su corazón es un carbón ardiente» cuando se acuerda que aquel hombre ha engañado á su madre. De súbito exclama: «¡Oh, Mudjekewis, tú eres el que has matado á Wenona, el que ha marchitado el lirio de la pradera y el que lo has pisoteado con tus pies! Tú lo declaras, tú lo confiesas.» Mudjekewis baja la frente. En seguida trábese combate entre el padre y el hijo. Viento del Oeste, vencido, huye hacia las lagunas. Hiawatha le persigue hasta allí. «¡Detente—le grita por fin el viejo;—detente, hijo mío! Tú no puedes matarme; yo soy

inmortal. Yo soy dichoso con haber puesto á prueba tu esfuerzo. Vete ahora á recibir el premio de tu valor; regresa á tu pueblo; purga la tierra de todas sus plagas; que los bosques y los ríos queden por tí libres de sus monstruos, de sus magos, de sus venenosas serpientes. Extermínalos, como yo he exterminado al Oso Grande.» Hiawatha obedece y parte, alegre el corazón, por haber vengado los manes de su madre.

Ya entre los suyos, les enseña primeramente el arte de fabricar canoas. «Dame tu vestido, le dice al abedul, y el abedul le cede su corteza; dame tu ramaje, le dice al cedro; tus ramas son fuertes y flexibles, y el cedro le responde: Yo te las doy.» Al poco tiempo se construye la barca; toda la vida del bosque, sus misterios, su magia han emigrado á sus graciosas sinuosidades. Flota la barca en el río como la hoja de otoño ó el lirio acuático. Un amigo de Hiawatha, Kwasin, se sumerge en el río, separa el ramaje y los troncos de los árboles que lo obstruyen, y revélase á los indios el arte de la navegación. Hiawatha les enseña igualmente el arte de pescar el sollo «rey de los peces.» Ataca y extermina al mágico Megis-Sowon, custodiado por venenosas serpientes, quien desde su caverna envía vapores pestilenciales, la fiebre palúdica sembrando la muerte entre las tribus. Piensa después en tomar esposa y va á buscarla al pueblo hostil de los Dakotas, á fin de que se olviden las añejas enemistades y de cicatrizar las inveteradas heridas. Elige á Minnehaha (el Agua risueña). Se apodera de su corazón y de la estimación de su padre deponiendo á sus pies un gamo, al que en la caza ha dado muerte. La pide y es recibida con agrado su petición: celébranse las bodas en la cabaña de Arrow-Maker (el constructor de flechas), padre de Minnehaha; luego, estrechadas las manos, aléjase la joven pareja á través de los bosques y de las praderas, mientras que la madre de Minnehaha les sigue con la vista, y el padre murmura filosóficamente: «De este modo nos abandonan las hijas que amamos y que nos aman, cuando han aprendido á ayudarnos en la vida. Viene un joven con flotantes plumas y ensortijados cabellos, un extranjero que se pasea fumando á través de la aldea, si dirige

á la joven más hermosa del país, y ésta le sigue inmediatamente abandonándolo todo por un desconocido.»

Los amigos de Hiawatha, la ardilla y los pájaros, conducen á los dos enamorados. «Eres bien dichoso, dice el pájaro azul á Hiawatha, al poseer tal esposa: y tú, cuán feliz eres, dice el gorrión á Minnehaha, al tener semejante esposo.» El sol les dice á través de las ramas: «Hijos míos, el amor es la claridad del día, el odio es la oscuridad. La vida está matizada de luces y sombras. Reina por el amor, oh Hiawatha.» La luna les habla igualmente en la noche: «Hijos míos, les dice, el día es inquieto, la noche es tranquila. El hombre es imperioso, la mujer débil. Yo poseo la mitad del tiempo, aunque tenga que obedecer. Reina por la paciencia, oh Minnehaha.»

La originalidad de este delicado idilio es el diálogo perpetuo de la naturaleza con el salvaje. Los árboles, los arroyos, los astros se animan sucesivamente y cada animal tiene un lenguaje particular.

Al llegar los jóvenes esposos, son celebradas sus bodas con magnificencia por la anciana Nokomis. El bello Pau-ku-Kewis alegra la fiesta con sus místicas danzas; el cantor Chibiabos divierte á los convidados con la armonía de sus cantos: finalmente, Jagoo, el gran jactancioso, reanima su atención y les divierte toda la noche con sus cuentos fantásticos. Naturaleza privilegiada, Jagoo posee el secreto de someter la credulidad de su auditorio á nuevas pruebas y de hallarla siempre dócil y complaciente para sus invenciones. Jamás ha oído hablar de una aventura sin que á él mismo le hubiera pasado otra mayor: nadie ha atravesado más precipicios que él, ni se ha sumergido tan profundamente en las ondas, ni pescado tantos peces, ni dado muerte á tantos gamos, ni cogido tantos castores, ni visto tantos milagros como Jagoo el gran narrador.

Después de esta unión empieza una era de felicidad para la tribu de los ojibways. Entiérrase la maza de guerra y se olvidan los cantos belicosos; los cazadores marchan á los bosques, sin temor de ser atacados por guerreros enemigos. Las mujeres se dedican sin inquietud alguna á sus pacíficas

labores. En torno de la feliz aldea, los maizales extienden su verdeante plumaje. Hiawatha enseña á sus hermanos el arte de proteger esta preciosa planta contra los insectos rapaces, contra el tizón, los dragones volantes y los cuervos; les enseña á representar por medio de grabados místicos, al grande, al mal Espíritu, la vida, la muerte, los hombres, las bestias, los peces, la luna, el sol, y por fin, les revela el uso de sustancias simples y los sagrados misterios del arte de curar.

Tantos méritos y el carácter divino de su misión no le libran de pruebas terrestres; bien pronto es cruelmente herido en sus afecciones. Su mejor amigo, Chibiabos, perece por su imprudencia, sepultado bajo los hielos. Hiawatha le llora amargamente por espacio de siete semanas, y los pinos, asociándose á su dolor, balancean tristemente su ramaje sobre su cabeza; el pájaro azul y el pájaro rojo repiten sus lamentos; para olvidarle, evocan los mágicos la sombra de Chibiabos, la cual no puede atravesar el dintel de su *wigwam*. El desgraciado cantor pasa, sobre un tronco flotante, el melancólico río del Silencio; llega al lago de Plata, que atraviesa en canoa de piedra, y penetra en el país de los espíritus y de los bienaventurados. Otro amigo de Hiawatha, Kwating, el hombre fuerte, es traidoramente asesinado en su sueño. Un tercero, Pau-ku-Kewis, perezoso libertino, siembra la corrupción y el amor al juego en la aldea, insulta á Hiawatha durante la ausencia de éste y huye cobardemente ante su cólera. Pero en vano trepa á las más escarpadas alturas; en vano se oculta en las lagunas y busca un abrigo tras de los diques de los castores; es alcanzado y muerto por el brazo vengador del héroe.

Finalmente, una noche de invierno entran dos mujeres en el *wigwam* de Hiawatha y se sientan silenciosas cabe su hogar. Negros son sus vestidos, siniestras sus figuras. No obstante, Hiawatha y su esposa les dan hospitalidad. A media noche el héroe es despertado por sollozos y lamentos: ve á las dos huéspedes sentadas junto á su cabecera y llorando en la oscuridad. «¿Quiénes sois?—exclama,—¿por qué lloráis? ¿Tenéis alguna cosa en qué reprendernos?—Generoso Hia-

watha—responden ellas,—somos almas de difuntos: venimos del reino de las sombras á advertirte que una calamidad terrible va á caer sobre tí y los tuyos.» Y desaparecen: poco después llega el invierno, cada día más rudo: el hambre y la enfermedad vienen á afligir á la población. Las dos plagas no perdonan la morada de Hiawatha. La dulce Minnehaha languidece y muere de fiebre y de inanición junto á la anciana Nokomis, mientras que en vano recorre su esposo los bosques, arco en mano, implorando la asistencia del gran Manito. Al entrar en su *wigwam* encuentra á su muy amada, rígida y fría, sobre su lecho. Siéntase y llora en silencio cerca de aquellos pies, que ya no correrán ligeros á su encuentro ó para seguirle. Cubre su faz con sus manos, y permanece sentado siete días y siete noches, como desvanecido, mudo, inmóvil, sin conciencia del día ni de la oscuridad. Después da sepultura á Minnehaha, envuelta en su traje de armiño, bajo los murmurantes abetos: la nieve cubre su tumba como un tapiz, y se encienden cuatro fogatas para que acompañen á su alma á las islas de los bienaventurados. A sus llamadas, Hiawatha sale de su letargo, y se dirige á la puerta de su *wigwam*, para dar el último adiós á su adorada esposa.

En tanto el imperio del invierno toca á su fin. El sol se levanta en el cielo como brillante guerrero y hace desaparecer las nieves: empieza á murmurar el arroyuelo y la tierra á despedir perfumes: las hojas y las ramas se entrelazan: con la luz y el calor renace la esperanza en todos los *wigwams*. Siente Hiawatha menos amargo su dolor y dirige al mundo menos dolorosas miradas. En este momento llega el jactancioso Jagoo, el gran viajero, refiriendo más extraordinarias noticias, más inauditas, más increíbles que todas las precedentes. Ha visto un lago más extenso que el Gitchegummy (los grandes lagos del Oeste), lago cuyas aguas eran tan amargas, que nadie podía beber. Los guerreros y las mujeres se miran diciendo: «Eso no puede ser.»—«Sobre ese lago—añadió Jagoo—he visto una gran canoa, coronada de grandes chozas de madera, una canoa que volaba sobre las olas con alas más altas que las copas de los abetos. De sus entrañas ha brotado el trueno.—¡Qué fábulas—decían los

guerreros y las mujeres—nos cuenta este viejo chocho! ¿Piensa que le vamos á dar crédito?—De esta canoa—prosi- gue Jagoo—han salido centenares de guerreros con rostros pintados de blanco: sus barbas estaban cubiertas de cabellos.» Al oír esto, los guerreros y las mujeres se echan á reír: tan sólo Hiawatha no se ríe. «Lo que refiere Jagoo es cierto —les dice.—Yo mismo lo he visto en una visión. He visto la gran canoa coronada de chozas; he visto su tripulación de rostros pálidos y de barbas cabelludas, venidos de las regiones de Levante, del país de Wabum. Guitche-Manito, el poderoso, los envía aquí: bajo su planta florece una flor desconocida entre nosotros (1). Voy—añade—á revelaros toda mi visión, que contiene los secretos de nuestro porvenir. He visto nuestro País, hasta las lagunas del Oeste, invadido por nube de naciones desconocidas, agitándose sin descanso, hablando diversas lenguas, y teniendo sin embargo un mismo corazón, y obedeciendo á señales místicas. Sus hachas resonaban en el bosque; el humo de sus ciudades se elevaba sobre todos los valles. En todos sus lagos y ríos se deslizaban sus grandes canoas armadas del trueno.

»Pero después ha pasado ante mi vista, como vaga nube, una visión más triste y más sombría. He visto dispersa á nuestra Nación. Nuestras tribus, olvidadas de mis consejos, se han debilitado en fratricidas luchas. He visto las reliquias de nuestro pueblo rechazadas hacia el Oeste, huir consternadas; las he visto barridas como las brumas en la tempestad ó como las hojas amarillas del otoño.»

Poco después se verifica el relato de Jagoo el hablantín. Hombres blancos, oriundos del lejano país de Wabum, llegan traídos por una canoa de corteza. Uno de ellos está vestido de negro ropaje; es el profeta de la oración, el representante de un Dios desconocido. El noble Hiawatha conoce su misión, y cuando el hombre de la negra veste desembarca con la cruz en la mano, dirígese á él para recibirle en la ribera, le conduce á su *wigwam*, le presenta la pipa de la paz

(1) Probablemente la civilización.

y le hace descansar bajo su techo. Durante el sueño de su huésped, se despide de la anciana Nokomis y se embarca para las soledades del Noroeste: sus hermanos, los Obijwais, ya no le volverán á ver. En vano los guerreros, las mujeres y los niños salen de sus moradas y le suplican que se quede con ellos. Su resolución es inquebrantable. «Ya nada tengo que hacer entre vosotros—les dice;—vuestro amo es, de hoy en más, el huésped que ahora duerme bajo mi techo. Escuchad sus palabras de sabiduría; creed en las verdades que él os ha de enseñar. El Señor de la vida lo ha enviado. Hiawatha, el elegido de la vida, no era más que un precursor. Se ha cumplido su misión, y cede el puesto á la palabra viviente, á los sacerdotes del Cristo.»

En este final conmovedor descúbrese la musa que inspiraba á *Evangelina*, musa amiga y consoladora de los afligidos y desheredados. Otros podrán hacer grandes poemas celebrando en épico verso y con reminiscencias clásicas el triunfo de la civilización sobre la barbarie, sin que á su helado corazón importen un bledo las quejas y lágrimas de tantos infelices salvajes, perseguidos y acosados como fieras alimañas en el fondo de sus bosques. ¿Qué, la fuerza no oprime al derecho, y una raza superior no debe ejercer la realeza, para apoderarse del suelo de sus antepasados y plantar en él sus fábricas y tender sus rails conductores de la corrupción y del vicio? Pero no, no; el poeta amado de los dioses siente lo bello, resplandor de lo verdadero y de lo bueno, y no canta al egoísmo ciego, ni al odio, ni al verdugo, ni á la fuerza, aunque esté acompañada del genio y de la gloria, sino á la santa caridad, hija del cielo, hermana del dolor, virtud sublime que vierte en el doliente corazón el bálsamo del consuelo; canta la resignación, fortaleza del desgraciado, haciendo con sus acordes que, orgullosa, levante la ungida frente como hijo de Dios, y grita ¡Execración! á los brutales triunfos de la fuerza, y marca con el indeleble estigma de Caín á los héroes y á los pueblos homicidas: como el misionero de Cristo tiende generosa mano á todos los desgraciados y se separa sin orgullo y sin ostentación de los triunfadores, buscando como el Dante ¡paz! Un gemido, una lágrima ver-

tida en el silencio y en la soledad le inspiran más que el estrepitoso progreso utilitario, más que las deslumbrantes conquistas de la «idea moderna» y las insolencias arrogantes del éxito.

¡Cuánta melancolía transpira la última escena del *Hiawatha*! ¡Cuán profunda huella de tristeza deja en el ánimo la profecía y los adioses del héroe! Se necesita tener corazón de bronce para no compadecer á aquella raza desgraciada, á quien inhumana política va á privar del suelo donde duermen sus padres, y entregar al exterminio. Tal vez el generoso estro de Longfellow quiso, al presentar tan lúgubres perspectivas, ablandar á sus compatriotas, y recordarles las leyes de la humanidad; pero ¡ay! su eco no ha sido escuchado, porque, después de la publicación del *Hiawatha*, han visto las tribus indias empeorarse su situación. Cada año son más duros, más implacables sus perseguidores, y, á pesar de los gritos de reprobación que exhalan humanos pechos, continúanse fríamente las ejecuciones y las matanzas en masa. Y, sin embargo, «el profeta de la oración» que, con la cruz en la mano, fija su planta en el suelo americano y duerme bajo el hospitalario techo de Hiawatha, simbolizaba una civilización diferente. ¡No le acompañaban el odio, ni la destrucción, sino el amor y la fraternidad! Hoy, la Iglesia católica continúa su misión pacífica y civilizadora, en el fondo de los bosques y de las montañas del Oeste, abrigo de estas desgraciadas tribus; les instruye, les comunica la «buena nueva,» en tanto que los decantados apóstoles de la «idea moderna» ven que es más sencillo y más expeditivo exterminarlos. ¡Honor eterno al catolicismo: eterna confusión á sus denigradores!

Considerado literariamente, *Hiawatha* no llega á lo patético de *Evangelina*, pero se halla esmaltado de bellezas de orden superior, y puede figurar sin desdoro entre las producciones más sobresalientes de nuestro siglo. No es, propiamente hablando, un poema, sino más bien una sucesión de cuadros de mucha sencillez y frescura, que exhalan el aroma de las pampas y de los vírgenes bosques americanos. Cuando apareció este poema, causó profunda emoción en el mundo literario y excitó entre los sabios viva disputa, acerca de si el mito, que

es el fundamento de esta producción, es verdaderamente tradición india, ó si Longfellow, familiarizado con la literatura del Norte, había tomado el asunto de un antiguo poema finlandés; pero ya hemos dicho á qué debemos atenernos en esta cuestión, y aunque fuera cierta la última hipótesis, nadie podría desconocer la mucha originalidad que encierra, y la exactitud con que dibuja la naturaleza de un héroe Piel Roja, la vida rústica y de la tribu, y el hermoso suelo americano. La infancia, educación, la estancia de Hiawatha con su padre Mudjekewis, su matrimonio, sus trabajos y sus pruebas, los funerales de la hermosa Minnehaha, la marcha del héroe hacia las latitudes del Oeste son escenas muy expresivas, de delicadísimo toque, de no prestado colorido, bordado con exquisitas pinceladas. Sus salvajes no son filósofos, como los ha pintado algún poeta, que disertan con elegante facundia, acerca de los vicios y corrupción de los europeos, arrojándonos al rostro, con un tantico de insana ironía, la sencillez y hasta grosería del estado salvaje, no, sino hombres incultos, cual debieran existir en los tiempos primitivos, en toda su rustiquez y siguiendo sus instintos naturales; de modo que á Longfellow puede, sin adulación y sin violencia aplicarse lo que del vate meonio se ha dicho: «Natura dictaba y Homero escribía.»

Terminaremos la rápida ojeada que á este poema hemos dirigido, haciendo nuestras las palabras de un crítico eminente. «El *Canto de Hiawatha*, dice Mr. Montegut (1) es la obra más perfecta que hasta ahora ha producido Longfellow. Un soplo de la naturaleza ha pasado por estas páginas: suscita, por decirlo así, y hace temblar sus imágenes como el viento suscita y hace temblar las hojas en los bosques. La melodía de los versos, rápida y monótona, se parece singularmente á las voces de la naturaleza, que jamás se cansa de repetir los mismos sonidos... El sentimiento de la naturaleza que reina en este poema es á la vez muy refinado y muy familiar. El poeta sabe prestar, como un moderno, voces á

(1) Larousse. — Grand Dictionnaire Universel. — Art. *Le Chant d'Hiawatha*.

todos los objetos materiales, y sin embargo, á pesar de esta sensibilidad poética, jamás se extravía en minuciosas descripciones... Su poema, hecho con arte exquisito, participa también de dos caracteres: es *homérico* por la precisión, sencillez y familiaridad de las imágenes: es moderno por la vivacidad de las impresiones y por el soplo completamente lírico que recorre todas las páginas. De esta mezcla nace un sentimiento enteramente especial, un poco artificial y arcaico, pero singularmente exquisito y raro, bastante parecido al que hacen experimentar otras tentativas análogas de grandes poetas modernos, pretendiendo reproducir la vida y el espíritu de los tiempos pasados, ciertas baladas de Goëthe, por ejemplo, ó ciertos poemas de Enrique Heine.»

XXVI.

Inmensa gloria coronó la musa de Longfellow con la publicación de *Hiawatha*: veíase aclamada por todos los Estados Unidos como la primera, pero no había satisfecho todas las exigencias quisquillosas de los yankees. El orgullo puritano no podía ver con buenos ojos que un anglo-sajón, un hijo del Massachusetts, decorase con los esplendores de la poesía á Acadianos, á odiados jesuitas y á miserables salvajes, como si á la soberbia Unión americana le faltaran Aquiles dignos de inspirar á un Homero. ¿No acusaba esta preferencia del poeta poco patriotismo? ¿No debía Longfellow presentar á Europa, en versos armoniosos, la vocación providencial de la raza anglo-sajona, raza privilegiada y bíblica? ¿No podía su talento dar asa á los latinos y papistas para que formularsen argumentos contra la doctrina nacional? Tales eran las quejas de los puritanos de Boston, sanhedrin exclusivo y sombrío: para complacerles compuso Longfellow en 1858 su poema: *Miles Standish Courtship*, los Amores de Miles Standish, cuyos personajes son fervorosos puritanos desembarcados del *May-Flower*, navío que bajo la dominación de Jacobo I condujo á las costas de América á algu-

nos disidentes llamados brownistas, núcleo después de la colonia puritana.

El héroe Miles Standish es un anciano capitán, que había guerreado mucho tiempo en Flandes contra los españoles; en las playas americanas tiene á sus órdenes á doce hombres bien armados y equipados, quienes conducidos por él, rechazan todas las incursiones de los salvajes: es el Macabeo de la colonia. Este bravo al fin es hombre y siéntese herido por las flechas del amor, hallándose perdidamente enamorado de Priscila, joven huérfana, hermosa, paciente y valerosa; un ángel, en una palabra, sobre la tierra. Para recompensar sus virtudes, Miles Standish quiere hacerla su esposa, ocupando en el desierto hogar del capitán el puesto vacío por la muerte de la primera esposa de éste. Pero, timidez ú orgullo excesivo, este paladín de la Biblia no puede resolverse á declarar su atrevido pensamiento á la joven y encarga á su amigo Alden, el más joven de los pasajeros del *May Flower*, que la vaya á pedir en su nombre: «Yo soy, le dice, un hombre de guerra, pero no un componedor de frases hermosas: tú, que eres un *scholar* perfecto, tú podrás exponer en hermoso lenguaje mi amoroso sentimiento, del modo más propio para hacerme dueño del corazón de esta hermosa.»

El blondo Alden escucha en silencio, sorprendido, consternado, porque en secreto también ama á Priscila. Pero el deber y la amistad se sobreponen al amor. Preséntase á Priscila y expone con calor la causa del glorioso veterano de Flandes. Pero ¡oh vanidad del sacrificio y de nuestras heroicas resoluciones! Habla con tanto celo, es tan sublime y tan hermoso en su heroísmo, que Priscila le responde:— «Juan Alden, ¿por qué no habláis por vos mismo?» El negociante sale aturdido y va á referir el resultado de su entrevista al anciano capitán. Standish le esperaba tranquilamente leyendo los *Comentarios de César*, y sonriéndose ante la sorpresa y la alegría que iba á sentir la joven huérfana, viéndose requerida de amores por tan ilustre personaje. Al oír el relato que le hace Alden, palidece, salta de su asiento y su cólera estalla como una bomba.— «Tú me has hecho traición,

exclama; John Alden, tú me has engañado y suplantado, á mí, á Miles Standish, que te abrigaba bajo mi techo; que te amaba como un hermano. ¿Tú también Brutus? De hoy en más ya nada puede existir entre los dos, más que el odio, la guerra eternos.» Aunque inocente, Alden devora el insulto en silencio. Aléjase y vaga por las orillas del mar y quiere volverse á Inglaterra con el *May-Flower*; pero en el momento de embarcarse ve á alguna distancia á Priscila, que le dirige miradas llenas de tristeza, de reconvención y de súplica. Al verla, pierde el deseo que tenía de marcharse y dice:—«Me quedaré *para protegerla.*»

Y en verdad que las hermosas puritanas tienen mucha necesidad de protectores, porque los indios han roto la tregua y Miles Standish se ha marchado con sus doce valientes á combatirlos. Esta expedición aumenta su gloria: toda la colonia celebra el valor y las hazañas del héroe. Solamente Priscila se entristece con sus victorias. Miles vencedor y salvador del pueblo, le es más odioso aún que el Miles veterano de Flandes, jactancioso, bravucón, en Plimouth. Tiembla á la idea de que su popularidad aumente sus pretensiones, y le autorice á pedir la mano de la huérfana, como cívica recompensa á su valor debida. Por esta razón se esfuerza en estimular á Alden, en vencer sus escrúpulos, en encadenarle irrevocablemente antes de que regrese Standish. Un corazón tan ingenuo y tan sencillo como Alden, es muy débil y se halla muy desarmado ante esta estrategia femenil. En vano se defiende el pobre mozo: ha jurado no hablarle nunca de amor, y se abroquela en el papel de amigo desinteresado. Una tarde de otoño, Priscila hila al torno delante de su puerta. Alden hállase sentado delante de ella; admira la destreza de sus dedos, y la felicita con mucho entusiasmo.—«Vos no sois Priscila, le dice, sino Berta, la hermosa hilandera.» Y después de corta pausa:—«En verdad que sois la hermosa Berta, reina de Helvecia. Algún día, cuando las jóvenes dejen el torno, las matronas, reprendiéndolas, les hablarán de aquellos buenos tiempos pasados, de los tiempos de Priscila la hilandera.»—«Pues bien, responde la joven con magnífico aplomo y la más irresistible sonrisa; si soy el modelo de las

mujeres, sed vos el modelo de los maridos. Tomad mi ma-
deja en la mano, mientras que yo divido: y ¿quién sabe?...
Cuando el tiempo y las costumbres hayan cambiado, los pa-
dres hablarán á sus hijos de aquellos buenos tiempos pasa-
dos, de los tiempos de John Alden.» El tímido amante
obedece; de cuando en cuando los dedos de la hermosa tocan
los suyos, enviando como descargas eléctricas á todos los
nervios de su cuerpo. En medio de esta embelesadora ocu-
pación, llega una noticia á sus oídos: Miles Standish ha
muerto en una emboscada. Una flecha envenenada ha dado
fin á su carrera. Alden se turba y experimenta un sentimien-
to, mezclado de dolor y de libertad, como si la flecha del
salvaje hubiese roto los lazos que retenían cautivo su cora-
zón. Levántase conmovido, y sin darse cuenta de lo que
hace, toma la mano de la hermosa Priscila, y exclama:—
«¡Que ningún hombre separe á los que el Señor ha unido!»

Días después, toda júbilo es Plimouth, celebrando la boda
de los dos enamorados. Súbitamente, al terminarse las nup-
ciales fiestas, vese aparecer, bajo casco de acero, sombría y
melancólica figura. Palidece la desposada. ¿Es un fantasma?
¿una ilusión espectral? ¿un aparecido, salido de la tumba
para turbar á los jóvenes esposos en su alegría? No: es el ca-
pitán Miles Standish, en carne y hueso, que toma la mano
de John Alden, y le dice:—«Perdóname; por mucho tiempo he
sido duro é injusto contigo. Por mucho tiempo he guardado
mi rencor. Ahora le he vencido. La sangre que corre por mis
venas es la de Hugues Standish, mi abuelo; pronto á sentir
las ofensas, pero pronto también á reparar sus errores.»—Nun-
ca fué Miles Standish más amigo de John Alden que hoy.
«Todo quede olvidado,» responde el dulce puritano. Y Stan-
dish, acercándose á Priscila, la saluda con la marcialidad de
un valiente y la cortesía de un caballero.—«Hubiera debido,
le dice, recordar el adagio: «Si quieres ser bien servido,
aprende á servirte á ti mismo,» ó este otro: «No se cogen
por Navidad cerezas en Kent.»

Aunque insertamos á continuación de las composiciones
épicas los *Amores de Miles Standish*, atemperándonos á la cro-
nología, sin embargo, por la muestra que hemos dado, nada

tiene de épico semejante producción, que encierra la eterna y cómica historia del viejo engañado y suplantado, ante una hermosa, por un rival de ignoradas y más valiosas prendas: Hallamos completos y pintados al natural los tres caracteres que constituyen la trama ordinaria de nuestras comedias. Miles Standish es el tipo del veterano glorioso, parecido al del capitán Alegría de nuestra zarzuela *El valle de Andorra*, que «no sabe resistir al ¡quién vive! del amor,» avezado á conquistar el corazón de las hermosas, con sólo retorcer su bigote. Priscila es una coqueta dotada de mucha discreción, y John Alden es el austero é inflexible puritano, que cifra toda su gloria en sacrificarse por los demás y que se destroza el corazón, aceptando por fuerza el papel de amigo. Estos tipos son muy reales, pero burgueses y sin brillo alguno. A pesar de este modo de glorificar á sus antepasados, los puritanos del Massachusetts acogieron con ardiente entusiasmo á *Miles Standish*, haciéndose rápidamente este poema muy popular en los Estados Unidos. De seguro no hubiera obtenido tal fortuna un canto puritano, como la que obtuvo este bosquejo de costumbres de los primeros colonos ingleses.

XXVII.

Lleno de gloria y de aplausos, consagró Longfellow los años siguientes á las ocupaciones del profesorado, entreverándolas con estudios profundos acerca de las literaturas comparadas de Europa. Sin embargo, no se despidió de las musas, que tanto le habían favorecido. Entonces, meditando sobre la grosería y fanatismo de los primeros puritanos, dió á luz, con noble valor, dos dramas históricos, *John Endicott* y *Giles Corey*, en los que ya rápidamente nos hemos ocupado.

En sus últimos días, buscando la paz se retiró, después de haber dimitido su cátedra de profesor, á su elegante hotel de Cambridge, cerca de Boston, hallando en las simpatías de sus conciudadanos y en el respeto que se le tributaba, lenitivo á sus dolores domésticos. Fiel á la poesía, solamente abandonó el Parnaso por el Gólgota, pidiendo á la musa cris-

tiana inspiraciones robustas y más elevados cantos. Sus últimas producciones, *Los Macabeos* y *La Divina Tragedia*, revelan el sentimiento religioso de los primeros fieles del cristianismo, concretando y determinando sus creencias. En la primera hace una exacta pintura, con la riquísima paleta que le es propia, de la época más brillante del pueblo judío, cuando éste luchaba, con el valor de los héroes de Homero, por las dos cosas más grandes que el hombre tiene, por su Dios y por su patria, contra el invasor extranjero. Descripciones sumamente pintorescas de la Palestina, toques vigorosos en que se revela la inspiración pensada del sabio, unida al calor del romántico, conocimiento y exacto dibujo de los caracteres, pensamientos profundos bellamente expuestos, es lo que constituye la trama y relieve de este poema (1). En la *Divina*

(1) Longfellow, tan conocedor de nuestra literatura, tal vez se inspiró en el rabino español, Miguel de Silveyra, quien publicó el *Macabeo*, poema heroico, del cual hemos visto la edición en 8.º pergamino, hecha en Madrid por Francisco Martínez en 1731, dedicada á D. Pedro Pérez de Guzmán, Conde de Niebla, primogénito de los Duques de Medina-Sidonia. Por el prólogo de esta obra sabemos que trabajó en ella 22 años y la leyó á los eruditos de España é Italia, pues la primera edición salió á luz en Nápoles. Este curioso libro representa lo que podemos llamar síntesis ó conjunción poética de las escuelas conceptuosa y prosáica: su estilo enflautado y lóbrego, lo hace casi ininteligible á los más perspicaces literatos. La máquina ó maravilloso, como los caracteres y demás condiciones del poema, es propia de un libro de caballerías, sin un atisbo siquiera de sabor bíblico, si se exceptúa el rótulo y los nombres de los personajes. En tantos centenares de octavas como contiene, no hallamos más que estos dos versos dignos de un poeta:

Verted en su sepulcro, á manos llenas,
deshojados claveles y azucenas;

versos que nos traen á la memoria los de Virgilio referentes al joven Marcelo, siendo en realidad todo el poema, un arlequín basado en reminiscencias clásicas. Este mismo argumento, de que tan poco mineral sacó Miguel de Silveyra (á pesar de sus estudios de medicina, matemática, jurisprudencia y filosofía en Coimbra y Salamanca), fué considerado dignísimo de la trompa épica por Torcuato Tasso, que antes de escribir su *Jerusalén libertada*, pensó hacer de los Macabeos su epopeya.

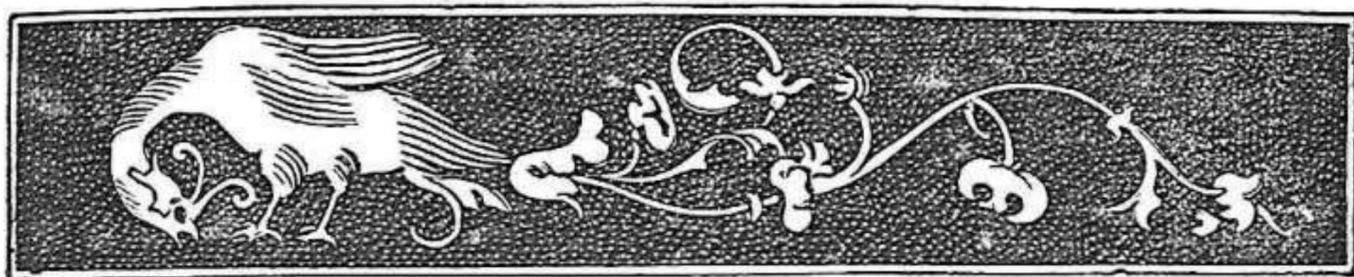
Quien desee más noticias acerca del poeta y del poema, puede ver un artículo publicado con el título del *Macabeo*, poema heroico, en el *Mundo Político* de 1880, debido á la erudita y correcta pluma de nuestro amigo D. Miguel Gutiérrez, y también puede consultar la *Biblioteca de Rabinos españoles*, de Castro.

Tragedia, tal vez viniéndole á las mientes la *Mesiada* de Klopstock, presenta en escenas sucesivas, y con pinceladas dignas de su alma cristiana, el nacimiento y la doctrina, los milagros y la sublime pasión del Redentor del mundo. Todavía se descubren en su paleta *i segni de l'antica fiamma*, pero reprimidas, pues cansado su ánimo de fastuosas futilidades, sólo hallaba alimento en lo infinito, con que le brindaba la religión: renuncio, pues, á la idolatría del arte, por acogerse á la cruz, *spes única* del hombre y del genio, último término del *Excelsior!* al que, en el hervor de su vigorosa musa, sujetaba los insaciables y extraviados deseos del hombre.

VÍCTOR SUAREZ CAPALLEJA.

Se concluirá.)





LA CUESTIÓN DE EGIPTO
Y DEL CANAL DE SÚEZ
Ó CUESTIÓN DE ORIENTE.

(CONCLUSIÓN.)

VI

EGIPTO Y ESPAÑA.



o cabe dudar ni por un momento que España tiene interés grandísimo en la navegación del canal de Suez, dado que es todavía la segunda ó tercera de las potencias coloniales de Europa.

Hoy se comunica por el istmo de Suez con sus importantes islas Filipinas, y mañana, cortado el de Panamá, ó el de Nicaragua, por el nuevo canal interoceánico, se comunicarán en vía comercial marítima directa sus ricas antillas americanas, con sus feraces islas Filipinas, si, como es de desear y se debe pedir, la buena administración de sus Gobiernos mantiene y beneficia los intereses verdaderos de la Patria, y con ellos la seguridad y prosperidad de esas colonias, hoy llamadas provincias españolas. Y ambas posesiones ultramarinas podrán además y deberán extender su comercio con las demás naciones, á favor de los dos canales.

Pero hay otro punto que considerar, no ya tocante á los grandes océanos Atlántico y Pacífico, sino concerniente al mismo mar Mediterráneo, en que hoy se libran, y seguirán riñéndose, tan recias batallas navales y diplomáticas, secuela y preludio á la vez de otras no menos rudas en los tres continentes, que ese mar une; hay, decimos, otro punto, en que el interés de España, ni es menos transcendental, ni menos patente que el antes indicado.

España, por ley natural, era el guardián del tan histórico mar Mediterráneo. La Providencia, que hizo los mundos y surcó sobre nuestro globo el lecho de los Océanos, puso la Península ibérica á la entrada de ese mar, dando frente con sus costas occidentales y sus islas Canarias al Atlántico, con las meridionales al Estrecho y al gran continente africano, y con las de Levante y sus islas Baleares á las demás islas y penínsulas feraces y famosas, bañadas por sus aguas y las aguas del Adria y las aguas jónicas, hasta el Líbano y Alejandría. Una de las dos columnas de Hércules, que la historia y la fábula han hecho célebres, plantóla Dios en suelo español, y la previsora y nada escrupulosa ambición británica la arrebató y convirtióla á su provecho, cuidando de trocarla en el formidable y ofensivo Peñón de Gibraltar. Enfrente de nuestras costas poseemos todavía á Ceuta y los demás presidios ó guarniciones españolas, y tuvimos un tiempo á Orán y Túnez.

Con tales condiciones, bien notoria es la predestinación de España para potencia marítima en general, y más aún para potencia en el Mediterráneo. Y bien lo abona la historia brillante de los marinos cántabros, catalanes, béticos y lusitanos; dado que de Cantabria salió Elcano, de Cataluña Roger de Lauria, de Bética los Pinzones y de Lusitania Magallanes. Y la batalla de Lepanto, en que España tuvo el puesto preeminente, así de honor y peligro, como de responsabilidad y gloria, nos da la propia y genuina tradición, que nos corresponde en el Mediterráneo. Pero venidos después azarosos días, y muy á menos nuestro poder é influencia; mermada nuestra riqueza, imperfecta nuestra administración, y explotada en mal hora nuestra alianza para combates co-

mo el funesto de Trafalgar, nuestra arruinada marina no ha vuelto á levantarse aún, cual lo reclama el interés nacional más vivo y legítimo de esta península de Iberia, que vió un día repartidos en solemne arbitraje por mano augusta y sagrada entre portugueses y españoles, los vastísimos dominios descubiertos y civilizados por la ciencia y el valor de unos y otros en la redondez del globo.

Y á este propósito conviene recordar, que si España por la influencia de su clima ofrece en sus costas de Mediodía y Levante, y en otros puntos aspecto tal de frutos y flores, que al visitarla fenicios, griegos y latinos, atribuyéronle el nombre poético de *Jardín de las Hespérides*, enamorados de las *manzanas de oro* que brillaban en sus pródidos naranjales (1), tiene en cambio otras condiciones desventajosas, que no son para olvidadas, pero que suelen desconocerse ú olvidarse. No lejos de nosotros está el Atlas, región montañosa por excelencia, que por parecer que apoya y sostiene al cielo á causa de su grande altura, dióle también ocasión á la Mitología, para inventar la conocida y simbólica fábula del sufridor Atlante, que con sus espaldas sostenía al cielo. Con la región del Atlas hállase enlazada la red espesa de cordilleras que cubre el suelo de la también montañosa España, red sólo separada de aquellos montes gigantescos por el angosto Estre-

(1) Creen algunos que el naranjo y sus variedades fué traído á España por los árabes, y que por ello no le dieron nombre los romanos al fruto de este árbol; pero tal creencia es, á nuestro juicio, equivocada. Virgilio, Plinio y Columella dan el nombre de *Malum* á la manzana, y por extensión á todas las frutas redondas, distinguiéndolas por sus accidentes exteriores. Así es que llamaron *malum aureum* (manzana dorada) á la naranja; *malum citreum*, *medicum* ó *cidromelum*, á la cidra, limón, lima y toronja; *malum granatum* ó *punicum*, á la granada; *malum persicum*, al melocotón; *malum armeniacum*, al albaricoque; *malum duracinum*, al durazno; *malum cotoneum* ó *cydoneum*, al membrillo. Lo que sí trajeron los árabes á España fué la palmera. Abd-er-Rahman, primer Califa de Córdoba, trajo de Damasco á sus jardines una palmera, como para consolar de su nostalgia á su ardiente imaginación oriental. Y además de sus hazañas immortalizan su memoria la singular mezquita cordobesa, hoy convertida en templo catedral, y el canto ternísimo y melancólico, dirigido *A la palmera verde*, que también nos ha legado, y que conservamos en verso francés y castellano.

cho de Calpe ó de Gibraltar, hendedura notoria abierta por la naturaleza en el istmo, que existió en otras geológicas edades.

Merced á esa nuestra constitución territorial, tenemos grandes y dilatadas asperezas, berrocales abundosos, ríos torrenciales, dificultad de canalizaciones, limitadas vegas y aisladas llanuras regables, en virtud de lo cual falta poder productivo y extensión suficiente para tanta riqueza agrícola, como la de que á momentos blasonamos. Inteligentes y perseverantes aplicaciones de la estadística podrán poner en su punto la verdad de estas observaciones.

De ellas resulta que mientras un instinto certero y una administración prudente mantuvieron en España los copiosos elementos de su riqueza forestal, extendida por todo el territorio, había en éste, como si dijéramos, la propia y adecuada correspondencia de la extensa línea hidrográfica de puertos y costas que circunvalan la Península, con las múltiples líneas orográficas, que cruzan por todas partes su quebrado suelo. Todo lo cual quiere decir que nuestra posición geográfica, nuestras costas y nuestros bosques, llamábanos de consuno al fomento de una industria principalísima, la industria naval; así como al de otras importantes nos impulsaban los ricos criaderos de minería, que ya en lo antiguo nos dieron fama entre cartagineses y romanos. Y si bien es cierto que en breve tiempo y merced á errores, lamentablemente generalizados, hemos arruinado la vegetación forestal de un modo pasmoso, trayendo sobre el país bruscos y funestos cambios meteorológicos, higiénicos y agrícolas, no lo es menos que con dar esmerada atención á la guarda y repoblación de los montes, con propagar la variedad de cultivo, y sobre todo el de las vides, olivos y demás arbolados y plantas útiles, á favor de granjas-modelos y otros medios, se lograría, con el esfuerzo de algunas generaciones, remediar el mal de la extirpación y descuaje en montes y laderas, que no conllevan otra producción que la forestal, y de la abusiva y ciega manía de extender las roturaciones más allá de los límites, que la ciencia y la experiencia de consuno les señalan.

Y puesta España en el cauce de un ordenado trabajo na-

cional, intenso, extenso, inteligente y activo, no podría menos de pensar seriamente (dado que la vida de los pueblos no se cuenta por días) en llenar su condición predominante de nación marítima, aunque el fruto principal le vieran otras generaciones venideras.

Si es verdad que los pueblos tienen leyes de vida y condiciones de existencia, en las que se cifra su desenvolvimiento, claro es que en atender á ellas y aplicarlas solícitamente estriba la ciencia de los Gobiernos y el vigor de los Estados. Y si es también cierto que en fomentar su navegación colonial é internacional, y en tener escuadras para protegerlas consiste el ser marítima una potencia, no es menos patente que debe España emprender su restauración forestal y dar impulso á su naval industria, al par que extienda y multiplique la variedad de sus cultivos, y para ellos y para las vías flüviales, canalice y encauce las corrientes naturales y las de aguas turbias, que impróvida ó nocivamente surcan su caliente suelo. No puede, pues, serle á nuestra Patria indiferente la cuestión de Egipto, ni otra alguna de las que influyan de un modo general en la seguridad y libertad del Mediterráneo y de la nueva comunicación con el mar Rojo y el Grande Océano equinoccial, abierta en el Istmo.

España no tiene porción de reparto á que aspirar en la desmembración inminente del Imperio turco; tiene, sí, que defender, como las demás naciones, y más que algunas, su vía marítima directa al mar de las Indias; tiene que mantener su aspiración patriótica á la integridad de su territorio; tiene que estar á la mira de sus islas Baleares y Canarias y de sus posesiones de Africa; y si, por ventura, se fuere señalando en los horizontes de la política exterior el proyecto serio y persistente de adjudicar á las potencias europeas de enfrente los territorios litorales del Norte del continente africano (cual se va notando respecto de Argel, de Túnez y de Trípoli), ha de cuidar con especial esmero de sus vecindades marroquíes allende el Estrecho y de las Canarias en las costas occidentales de ese mismo continente. Hé aquí á lo que pueden reducirse los puntos cardinales de la política española, tocante á la nueva *Cuestión de Egipto*.

Importa repetirlo: España, la gran Nación colonizadora de otro tiempo, la segunda ó tercera Nación colonial todavía, Península mediterránea y oceánica de dilatadísimas costas, con islas tan importantes como las Baleares en el fondo de ese Mediterráneo mismo, y las Canarias en el camino de América, con posesiones como Ceuta y su campo en las costas septentrionales del África, y con su grande Archipiélago filipino en el mar de las Indias, tiene interés primordial en el Canal de Suez, y por tal concepto derecho inconcuso á intervenir en la cuestión de carácter universal, que suscita la ocupación del Egipto. El Gobierno español ha tratado, según se asegura, de hacer valer ese derecho; dícese también que le abona la opinión de las naciones. Y en tales circunstancias, ¿qué proceder le cumple á quien se interese por el bien de su Patria? Parece llana la respuesta: «Mantener la dignidad de España, no debilitando las demandas de su Gobierno, y ayudar cuanto pueda al enaltecimiento del sentido público y al vigor de la opinión nacional, noble y sensatamente alentada.»

VII.

TURQUÍA Y EGIPTO.

El grande Imperio de Turquía llegó á extender de tal modo sus dominios, que, en verdad, sin grande esfuerzo se concibe la soberbia altivez, con que miraron sus Soberanos, los *grandes turcos* ó *grandes Sultanes*, cuanto encerraba en sus límites el mundo de la Edad media. Merced á la fuerza de irrupción que les diera el espíritu fanático, materialista y propagandista, por obra y gracia de aquel falso y astuto profeta, Mahoma, nacido en la Meca en el año de 571, y muerto en Medina en el de 633, y de su novelesco y artificioso Korán, habían los hijos de la ardiente Arabia llenado de pavor y estruendo al mundo, llegando á dilatarse el mahometismo desde la India hasta el Estrecho de Gibraltar. Aquella religión de guerra había de producir un gran centro de acción belicosa, un vasto

Imperio guerrero; y tal fué el Imperio turco, que desde el Asia vino á extenderse por África y Europa, y tomó por asiento de sus Soberanos, primero á Andrinópolis, y después á Constantinopla. La situación incomparable de esta ciudad, puesta entre mares y continentes, como para dominar al mundo antiguo, acrecentó la ambición soberbia de los hijos de Mahoma, apellidados también agarenos é ismaelitas, como rama subalterna por Agar é Ismael de los innumerables descendientes de Abraham. Con sus Baiacetos, sus Mahomets, sus Amurates, sus Solimanes, los hijos de la *media luna* (blason y nombre tomados del supuesto milagro de Mahoma, que según la oriental leyenda, partió ese astro en dos mitades), conquistaron el Ponto, la Grecia, la Macedonia, la Valaquia, la Esclavonia y avanzaron hacia Polonia, Hungría y Viena, por cuyas partes detúvolos, y los rechazó tan sólo, según ya vimos, el esfuerzo y pericia de Juan Sobieski, en las grandes batallas de Choczin y de Viena, años de 1673 y 1683; así como antes por mar hizoles frente la pujante República de Venecia, hasta que, formada la liga de españoles, venecianos y pontificios, sufrieron la gran derrota de Lepanto, en el año de 1571, por el brío y destreza del héroe español D. Juan de Austria, que, con alto honor y éxito memorable, llevó el mando de las fuerzas coligadas.

De otro lado esparciéronse los árabes mahometanos por el Egipto y por toda el África septentrional, hasta llegar al Atlas; y, cruzado el Estrecho en el año de 714, como sabemos, dominaron la España, cuya reconquista nos costó ocho siglos.

Aparte el independiente Imperio de Marruecos, la conquistada Argelia y las amenazadas regencias de Túnez y Trípoli, el Imperio turco reina todavía, aunque con soberanía casi nominal en una parte de África; en la región del Nilo. Y este es el punto principal del contacto de Turquía con la grave cuestión de Egipto, además de su interés vital en la navegación del Mediterráneo y del canal de Suez, como gran potencia europea y potencia marítima mediterránea.

Las cosas de Egipto pusiéronsele mal á Turquía años hace. La histórica importancia de esta región, cuna de las civilizaciones occidentales antes del cristianismo, la riqueza

nativa de una parte de su clásico suelo y lo remoto de la capital Constantinopla, hicieron que los virreyes ó bajáes ó keddives fueran asumiendo facultades cada vez mayores, viniendo á ser como unos Príncipes tributarios y nada más. Posteriormente, el roce continuo de cristianos europeos con Alejandría y aun con el Cairo, fueron introduciendo allí costumbres occidentales, hasta el punto de adelantarse con mucho el Egipto á Turquía, en mejoras de administración y gobierno. Vino después la apertura del hace siglos soñado *canal de Súez* en territorio egipcio, y los virreyes, que por su ilustración no quisieron oponerse á tamaña conquista del hombre sobre la naturaleza en beneficio de todas las naciones, no pudieron tampoco por sí mismos costear y llevar á cabo la colosal empresa. Dejéronle, pues, obrar á Francia, ó mejor dicho, al genio emprendedor de Fernando Lesseps, que con accionistas de aquella nación, del mismo Egipto, de Cataluña en España y de otros puntos, fundó la gran compañía de construcción y navegación del canal. Inglaterra, en tanto, difamaba el pensamiento, desacreditaba la empresa y entorpecía moralmente el gran proyecto. Su interés del Cabo veíase amenazado, y respiraba, cual de ordinario, por su interés. Pero cumpliése el proyecto, llevóse á cima la obra, y entonces con astucia suma, según ya dijimos, ingirióse calladamente en los consejos del virrey, ofrecióle un desahogo para su Erario en medio de sus rentísticos apuros, que no eran pocos, y de la noche á la mañana, ella, la enemiga del canal, apareció dueña de las acciones que poseía el Gobierno egipcio, las cuales se acercaban á la mitad de todas, sin que éste lo resistiera, ni Turquía ni Francia lo supieran prever ni evitar.

Ya ingeridos en la vida del Egipto los Gobierno de dos pueblos tan importantes como Inglaterra y Francia, con todo el empuje de la actividad europea sobre la indolencia oriental, administrando intereses tan vitales como los de sus propias naciones, marítimas por excelencia, y los de la navegación universal, y llevando allí tal suma de negocios como los que han nacido de la residencia sobre el istmo de aquel mundo de gentes, intereses é industrias, que lleva consigo la mag-

na empresa, pusiéronle intervenciones á la Hacienda egipcia y aun á la Administración y al Gobierno. Y ha sobrevenido, como era natural, un desgaste continuo de fuerzas propias indígenas, al par del crecimiento incesante de las ingertas fuerzas directivas europeas. Lo cual da de sí dos inmediatos y evidentes resultados: la merma del poder propio y local de los egipcios, y la merma del principio de soberanía de la Puerta Otomana: que no es dado le conserve, abandonando en los principales casos su natural y necesario ejercicio de dirección y tutela.

Tiene, pues, Turquía en la cuestión de Egipto, antes que otra cosa, una relación negativa, si vale la locución inadecuada, esto es, relación de impotencia. Sintiéndola sin duda, (porque la impotencia suele sentirse, aun más que calcularse), el Gobierno del Gran Sultán acudió, y acude, delante de esa intrincada cuestión, á la acostumbrada serie de pasivos ardides y astucias dilatorias, á que propenden su política y diplomacia tradicionales. Pero los hilos rígidos y duros de los tratos y negociaciones, días há comenzados éntre la *de nombre* soberana Turquía y la *de hecho* invasora y potente Inglaterra, forman como un temible lazo escurridizo, que va apretando á medida que se estira. Y ese lazo á nuestro ver está echado al cuello de la flamante soberanía otomana sobre Egipto. Por donde el Gobierno turco, sintiendo en donde le duele, no se atreve á grandes movimientos ni sacudidas, que puedan anticipar el desastre de este lado, cuando de otros tiene á la vez que temer tanto, como recientes y repetidas lecciones le enseñan.

Tratóse, pues, de la insurrección (militar al principio), de Arabi-bey contra el Kedive ó Bajá Teufik, amigo de los ingleses, y envió la Sublime Puerta á Egipto á su delegado Derwisch-bajá, para calmar en su nombre las agitaciones; cuando hé aquí que en julio de este año 1882 estalla á los mismos ojos de tal emisario, y sin saberse aún por arte ó sugestión de quién, la matanza de europeos en Alejandría, que atrajo prestamente hacia esta plaza los ya preparados cañones ingleses. Y mientras alejábase el delegado, dejando encendida la guerra en el País que fué á pacificar, la Gran

Bretaña tomaba la plaza, y preparábase á tomar también, el canal primero en toda su extensión, y el Cairo después. Los hilos del convenio militar anglo-turco siguieron urdiéndose entretanto por el Embajador Lord Dufferin y los Ministros del Sultán; pero precavidos los ingleses, y más con el ejemplo de Derwisch, poníanle coto á la Puerta en el número de las tropas que había de enviar, en el mando y dirección de ellas, y en el lugar del desembarco; señalando por fin para éste á Port-Said, punto dominado por las escuadras británicas, enseñoreadas ya del Mediterráneo y del canal. Y ni aun así ha llegado á enviarlas. Ese convenio entretuvo á Turquía, mientras las armas de Inglaterra avanzaban.

Por lo dicho se verá que los términos del interés de Turquía en la cuestión actual de Egipto son en cierto modo, como hemos dicho, más bien términos negativos que positivos; es decir, que consisten, no en tomar ni adquirir nada nuevo, sino en que no le quiten lo que más ó menos nominalmente sobre las márgenes del Nilo tenía, ora sea dominio, ora alta soberanía, ora tributo, ó como se quiera. ¿Podrá ya lograrlo, dado el rudo avance de los sucesos, de parte de las dos energías que en Egipto lucharon, la del poder invasor, impulsado por el orgullo británico y por los altos intereses, que fuerte y hábilmente representaron Seimour y Wolseley, y la del sentimiento de patria independendencia, que gallardamente personificó al principio Arabi-bey; dada también la postración creciente de la misma Turquía, y dados en fin los claros síntomas de connivente apartamiento y calculada espera, que en las demás potencias se advierten? Lo juzgamos tan difícil, que á nuestros ojos raya en lo imposible. La soberanía otomana sobre el Egipto está muerta á nuestro ver, y falta sólo idear alguna pompa fúnebre para enterrarla.

VIII.

EUROPA Y AMÉRICA ANTE EL EGIPTO.

Al tomar la pluma para proseguir este examen se han cumplido las fáciles predicciones, contradichas por algunos, sobre la marcha inflexible que seguirían las armas inglesas. Su bandera ondeó en Alejandría, en Port-Said, en Ismailia, en Suez, en el Cairo. Los *hechos de guerra* confirmaron los nada ambiguos ni arduos juicios que expusimos, y los *hechos de la diplomacia* creemos que han de abonarlos también en su mayor parte; que el juego, más ó menos legal, de esa diplomacia, hácese ya sobrado al descubierto, para que no penetre en sus giros la vista de los simples mortales. Cúmplenos ahora, antes de dar punto á nuestras observaciones sobre la cuestión intrincada y grave del Egipto y del Oriente, anudar como en un haz los intereses, diversos á la vez y correlativos, que en ella se cifran por parte de las varias Naciones, y ver la influencia que dicha cuestión ejerce dentro y fuera de las fronteras de Europa. A este examen llévanos la universal correspondencia, que hoy alcanzan los hechos importantes de la vida de la humanidad, merced á la comunicación rápida y constante y á la continua refluencia y oleaje de los grandes movimientos de las sociedades, que otro tiempo, á causa de la carencia de medios de transmisión, permanecían circunscritos y como encerrados fatalmente por siglos en determinadas regiones.

Que no sólo Europa se inquieta y preocupa con esa cuestión, tan fecunda en resultados importantes, lo prueba el ser Egipto mismo parte principal de Africa; el haber andado á la zaga de él en su agitación reciente, de un lado Trípoli y la Nubia, en el Africa también; y de otro, la Arabia, la Siria y los demás Estados asiáticos de la Puerta Otomana; y pruébalo, en fin, y sobre todo, la aparición en el Mediterráneo, delante del canal de Suez, del pabellón norteamericano sobre un buque de guerra.

Ofrécense, pues, á nuestra consideración ahora dos puntos importantes, tocante al conjunto y resumen de la cuestión de Oriente, tan bruscamente despertada en el Egipto.

1.º ¿Qué nos dice la presencia de los Estados Unidos norteamericanos en las aguas de Alejandría y de Suez?

2.º ¿Qué se propone Europa en general por lo que atañe á la cuestión de Oriente?

En verdad que la presencia del pabellón norteamericano es asunto de meditación seria, si se quiere juzgar acertadamente de lo que en Egipto pasa. Los Estados Unidos de América, pueblo joven y vigoroso, de lengua, raza, actividad y persistencia anglo-sajonas; de espíritu lozano y emprendedor, movido á grandes obras sobre vírgenes terrenos de un grande continente, con dilatadas costas y entre inmensos mares, han aspirado á tener norma aparte para su política. Y esta norma sabido es que la buscan siempre en la que llámase allí proverbialmente *doctrina de Monroe*, á saber: *América para los americanos*. Ni la frase puede ser más concisa, ni su sentido más ámplio. Esas cuatro contadas palabras, casi sacramentales hasta ahora para el duro y altivo yankee, quieren decirle á Europa y al mundo entero: «No descubrimos este continente, pero vinieron ascendientes nuestros á poblar una parte de él; y crecieron y se multiplicaron. Franklin y Wáshington fundaron luego nuestra independencia; y aunque hijos todos, los del Sur y los del Septentrión, de esa Europa que envió aquí nuestros mayores, rechazamos á ley de colonias, una vez roto el vínculo de las respectivas metrópolis; rechazamos, sí, toda ingerencia del mundo antiguo sobre este mundo nuevo.» Claro es que con semejante doctrina prepárase la emancipación de aquello que aún falta emancipar. Con ella y por ella se han opuesto algunos obstáculos al proyecto del grandioso canal interoceánico de Panamá (iniciado, como el de Egipto, por Lesseps), alegando que lleva en su origen la nota de empresa europea; y por ella también se ha pensado en oponerle otro proyecto

americano, el de Nicaragua. Todo lo cual quiere decir que hay en América para su uso especial una como versión americana de la doctrina napoleónico-maquiavélica de la *no intervención*, ó más bien que ha habido no ha mucho en Italia y Francia, para su especial provecho, una versión europea de la astuta, y más que astuta osada, doctrina de Monroe.

Ahora bien, la aparición de la bandera norteamericana sobre un buque de guerra delante de Alejandría y de Port-Said es la negación flagrante de esa doctrina y la aceptación patente de la solidaridad universal, cuando suene la hora de resolver en la práctica aquellas cuestiones, en que se encierre un interés palpitante de la humanidad entera, cual lo es sin duda el del comercio universal, que alienta y desenvuelve con recíproco influjo la vida de las Naciones en la tierra. Si sobre las aguas que rompen el istmo africano, en que hoy se concentra la acción de Europa, de Asia y de África, llegó á subsistir la bandera de los Estados Unidos, claro es que Norte-América no podrá ya decirle á la Europa ni al Asia ni al África, lo que hasta aquí les dijera: «América para los americanos.» Y en Panamá, como en Nicaragua, y donde quiera que surja un interés universal, tendrá que admitir el concurso de los pabellones y los intereses africanos, asiáticos y europeos. Lo cual indica ciertamente, que á la manera que el lema *no intervención* fué borrado con agua del Rhín y del Danubio, también con agua del Nilo y con la de ambos canales intermarítimos va á borrarse el otro lema, *América para los americanos*. Y esto es lo que nos dirá sin duda la presencia de los Estados Unidos delante de Suez y de Alejandría.

Veamos ahora qué se propone Europa en la cuestión de Oriente.

Buscar el sentido general de Europa en el análisis particular de los Estados, de que se compone esta parte del mundo, no es cosa llana. Que si acudimos á Francia, veremos surgir á nuestros ojos la ambición de gloria militar, el

predominio en los consejos europeos, la participación de la influencia naval y su comercio intermarítimo é intercontinental, ora colonial, ora extranjero; todo mezclado ayer con la tradición de sus arduas é históricas contiendas, y mezclado hoy con el espectáculo de su vida interior decadente y de su exterior aislamiento. Si acudimos á Inglaterra, se nos presentará de relieve la ambición orgullosa y el interés vivísimo de llevar empuñado por climas y zonas, continentes y mares, el *caduceo* del comercio universal. Si acudimos á la joven Rusia, notaremos al punto el impulso instintivo de expansión territorial, la mirada codiciosa puesta en la ínclita y bella Constantinopla, y la atracción instintiva que sobre ella ejerce el fecundo hervor de vida del activo Mediterráneo. Si miramos al Austria, nos dirán sus circunstancias y sus hechos, que quiere el Montenegro, la Bosnia y la Hertzegovina, y querría también los principados Danubianos, que le veda Rusia. Si nos fijamos en Prusia, pronto vislumbraremos el pensamiento de *completar* la recomposición alemana bajo su cetro, y llegar por Holanda y Dinamarca á la necesaria categoría de potencia marítima. Si contemplamos á Italia, nos dirán sus mismos recelos é inquietudes, al par que las instigaciones de sus ardientes partidarios, que quisiera para sí todo el Adriático y cuanto al Austria le queda de tierra ó población italiana, sin renunciar por de contado á poseer su base de colonia africana en Trípoli. De España y Holanda no sacaremos otra aspiración por hoy, que el conservar sus colonias y el comercio con ellas, y en el sentimiento popular de la primera una desazón incurable, un como pesar inextinguible, de que planta extranjera huelle en el Peñón el suelo de la patria; así como en el sentido tradicional de gobierno un instinto, vigoroso y claro en Fernando V y en Cisneros, tibio y vago después, que propende á civilizar las vertientes del Atlas, y á ensanchar las disputadas zonas de nuestros presidios africanos. Si convertimos la mirada á Turquía y al Egipto, no veremos sino las sacudidas y palpitations de víctimas dolientes, dentro de su organismo, que se ven acometidas y dilaceradas por fuera, como si dijéramos, á mayor abundamiento. De tal suerte no ha de

sernos fácil sacar de entre estas notas la nota fundamental en que se apoye un acorde armónico; antes bien, percibiremos en más ó menos recientes hechos (y en los mismos de hoy día), interpolados con desiguales pausas, compases atroces de discordancia desgarradoras. Una sola nota muy grave y confusa percíbese allá en lo hondo, nota que suena con timbre religioso, y á momentos semeja el eco ó murmullo de la cristiandad antigua, que desde el lecho de los sepulcros de Palestina, España, Polonia y Viena, y de los mares de Túnez, Orán y Lepanto, rechaza todavía, así de la conciencia y del hogar como de las sociedades y del suelo de Europa, la ley absurda y licenciosa del aborrecido Korán. Y otra nota aguda, cual tañido estridente de bélicas trompetas, se escucha por intervalos y apaga cualquier otro son; no de otra suerte que si llegaran á su codiciada presa los anhelantes herederos que ya citamos, los cuales, al verse y lanzarse sobre ella en ruda porfía, dieran el grito feroz de alarma en el momento supremo.

El sentido, pues, y el propósito de Europa, el sentido de acción, el de actualidad, forma como una discordancia de sentidos parciales; su política es la *política del reparto*. Nota de unidad no se percibe sino en la histórica oposición á la *media luna*, enemiga jurada, irreconciliable, de la *cristiandad*, y en la unánime convicción de que el Imperio turco ú otomano es sociedad que se disuelve, y á manera de enfermo incurable y desahuciado, en cuya herencia todos los Estados poderosos se acercan á poner la mano, más ó menos codiciosamente.

IX.

LA NEUTRALIZACIÓN EN LOS MARES, Ó PROBLEMA DE LA NAVEGACIÓN UNIVERSAL.

Hácia un punto de especial importancia requiere nuestra atención ahora la cuestión de Egipto, por cuanto en ella se comprende la vida y régimen del canal de Suez; hácia la

libertad de navegación en las aguas de los mares y la condición peculiar de los canales y estrechos.

El profundo Derecho romano, en que vino á refundirse, y como á cristalizarse, todo el saber jurídico de la antigüedad, echó por hondo los cimientos de la propiedad, buscando en la naturaleza las cosas que podían, y las que no podían, ser apropiadas. Y dijo: las aguas de los mares son comunes para el uso de los hombres, como es común el aire de la atmósfera. Y, sin embargo, recrecido y sobreexcitado el poderío de Roma con las arduas guerras púnicas, que tuvieron tanto de marítimas como de continentales, y en que luchó á muerte con la viril y próspera Cartago, llegó, vencida esta rival potente, á llamar con orgullo *mare nostrum* al mar Mediterráneo. Y fuélo en verdad, cuando, poseida por Roma toda la Italia, y dominadas por sus armas las Galias, España, el África septentrional, el Egipto, el Asia Menor, el Ponto Euxino, Tracia, Macedonia, Grecia, Dalmacia, Iliria, quedábase en medio de este vasto Imperio, nunca visto en las edades, circunscrito el mar Mediterráneo como un verdadero lago latino. El *mare nostrum* no era, pues, ya entonces locución impropia ciertamente, en labios de la gente romana; dado que, si bien se nota, el *dominio* de los puertos ó costas á que pueden guiar su derrotero las embarcaciones, es el que *de hecho* da por lo general el *predominio* sobre las aguas, que han de surcarse, para llegar á aquellas costas y puertos.

Así es que la cuestión del *mare nostrum* renació con otros nombres á principios del siglo XVII; porque la moderna Roma, la Gran Bretaña, quiso arrogarse derechos exclusivos sobre el mar del Norte, comprendido entre Inglaterra, Escocia, Noruega, Dinamarca y Holanda, á tal punto, que ni les concedió á otros participación en las pesquerías de Groenlandia, ni libre salida á los holandeses para aquellos puntos desde sus puertos de Europa. Tal fué la causa de que el célebre hombre de Estado y polígrafo holandés Hugues Van-Groot, nacido en Delft en 1583 y muerto en 1645, á quien conocemos con el nombre latinizado de Hugo Grotius, hombre de trabajo incansable, cuyo expresivo lema era *hora ruit*, no sólo fuese á Londres en 1615, para representar á Holan-

da en el asunto de las disputadas pesquerías, sino que antes escribiese un tratado en cuyo título va embebido su objeto, á saber: *Mare liberum, seu de jure quod Batavis competit ad indica commercia*, impreso en Leyden en el año de 1609, diez y seis años antes de su obra clásica de aplicación general *De jure belli et pacis*, impresa y dedicada á Luis XIII, de Francia, en el de 1625.

Contra el *Mare liberum* de Grotius, escrito en favor de Holanda, escribió y publicó John Selden su *Mare clausum* veinticinco años después, en el de 1636, á favor de Inglaterra; y tanto hubo de complacerles á los ingleses aquella esforzada defensa, si no de sus derechos, á lo menos de sus intereses, que Carlos I hizo poner un ejemplar de la obra en el archivo de la corte, otro en el del Echiquier, y otro en el del Almirantazgo, al lado de las obras de Sarpi, de Puffendorf, de Wolff y de Heineccius. Y en el resultado de los hechos debió de andar poco bien parada Holanda; porque haciéndose cargo más tarde un escritor, Aznín, de aquella gran controversia, resume así su opinión sobre la misma: «La posteridad ha debido juzgar, que Grotius sostuvo mal una excelente causa, y que Selden defendió bien una causa malísima.»

Y después del dictado de *mare nostrum*, atribuído en la antigüedad al mar Mediterráneo por los latinos; después del de *mare clausum*, aplicado en el siglo XVII al mar del Norte por los britanos; aparece en el siglo XIX otra cuestión, la del canal de Suez, que atañe á la libre navegación de los mares, como parte principalísima de la cuestión de Egipto, que á su vez no es sino parte de la cuestión general de Oriente. Y de esa cuestión del canal de Suez, en que se ha de discernir si es *nostrum*, si es *clausum* ó si es *liberum*, y de cuál modo se ha de afianzar el que lo sea, debemos tratar ahora concisa y brevemente.

Una patente diferencia existe entre la cuestión romano-púnica de la antigüedad y la britano-bátava del siglo XVII por un lado, y la cuestión por otro turco-europea del canal de Suez en nuestros días. Aquellas fueron luchas sobre dos mares, creados por Dios en los ámbitos de la naturaleza; y ésta es lucha sobre un canal artificial, abierto por la mano

del hombre en el territorio de un Estado ó Nación determinada, llámese Egipto ó llámese Turquía. El istmo de Suez era territorio turco-egipcio, y sobre él no había lanzado el derecho de gentes (ni le ha lanzado todavía) el veto de apropiación, si bien á ello se camina.

Aparece pues ante todo, la cuestión del canal de Suez bajo el siguiente aspecto: Fernando Lesseps idea y ejecuta la vasta empresa de la perforación del canal á través del istmo africano, problema temeroso que desde el siglo pasado reputábase insoluble, y al cual dedicó especial atención en sus cartas sobre física el P. Almeida, desahuciando el proyecto á causa del supuesto desnivel entre las aguas de los grandes Océanos y las del Mediterráneo. Merced á este desnivel, producido por el retroceso de las ondas líquidas en la diaria rotación de la tierra, se temía una inundación pasmosa en las costas de este mar pequeño, al rellenarse con los raudales incalculables, que sobre él arrojaran por el istmo perforado el inmenso mar de las Indias y el inconmensurable mar Pacífico, que ocupa casi la mitad del globo. Lesseps, combatido por Inglaterra, según ya dijimos, y no patrocinado resueltamente por Estado alguno, abrió el canal. La ciencia, como recreándose en aquella obra atrevida, que será memorable en los siglos, al par de las de Corinto y Panamá, fué ayudando á darle cima con inventos utilísimos de aplicaciones mecánicas, las cuales surgían como por encanto al calor mismo de los gigantescos trabajos y de sus éxitos sucesivos. Lesseps, francés, y el canal, egipcio, tuvieron crédito bastante en Egipto mismo y en Europa y sobre todo en Francia y en nuestra industriosa Cataluña (en donde el heroico empresario era conocido) para acumular el caudal en acciones, que era menester para el anhelado prodigio. Y este fué consumado.

Si al aparecer ahora la ardua cuestión de Egipto, Francia, menos recelosa de Alemania, ó menos enturbiada su vida con las discordias de sus hijos, hubiese acudido á sostener la obra del activo genio francés, y á suscitar á su lado los intereses y los derechos territoriales del Egipto (y aun los de Turquía en último caso), la cuestión marítima del canal de Suez hubiera presentado otro punto de apoyo y de partida,

distinto del que presenta ahora. El territorio del istmo era del Egipto: la empresa, una concesión de éste en su propio suelo. Mediante, pues, las reglas establecidas por el Estado egipcio y por la Compañía concesionaria de la obra, se hubiera verificado la navegación universal, que, importándoles á todos, á las naciones por lo inmenso de los abreviados transportes y á la Compañía y al Egipto por lo pingüe de los rendimientos, se hubiera seguido considerando, antes como negocio mercantil, que como asunto diplomático, hasta que especiales acontecimientos hicieran cambiar los términos de ese doble carácter de la cuestión.

Pero Francia, al surgir la guerra de Egipto, ó vió poco del lado de Africa, ó temió mucho del lado de Europa, sobre todo de Alemania, y mantúvose queda; en tanto que el leopardo inglés asió de un salto Alejandría, y de otro salto el canal, Tell-El-Kebir y el Cairo. Sentada por tan recio empuje de armas la supremacía de Inglaterra sola sobre el Egipto y el canal, supremacía que no ha de abandonar tan fácilmente, y menos contando con el asentimiento de Alemania, el punto de apoyo y de partida de la cuestión marítima de Suez, quiérase ó no se quiera, es el protectorado británico; y la navegación universal, tocante al istmo africano, viene á ser ya, antes asunto diplomático y de gentes, que negocio mercantil y de empresa. Porque si á la vida lucrativa y pacífica de la Compañía y á los emolumentos fiscales del Estado egipcio no había quien se opusiera, en cambio hay muchos que se opongan á la absorción del canal intermarítimo por una potencia predominante y valiosa, que de hecho ha conquistado el país del Nilo, y sólo por astucia perspicaz y por razón de Estado no quiere llamarse ni aparecer conquistadora.

Cambiados, pues, los términos de la cuestión por graves hechos y de irrevocable manera á nuestro ver, falta inquirir cómo, según ellos, podrá llegarse á solución definitiva, tocante á las codiciadas aguas del canal precioso.

Conviene ante todo establecer, que en la *impura realidad* (como diría algún novel filósofo) de la vida de las naciones, los intereses *de hecho* son los que dan margen á las cuestio-

nes de derecho. Así fué entre Cartago y Roma; así, entre Holanda é Inglaterra; así, por fin, hoy día entre Egipto y las naciones de Europa. A las guerras púnicas habían precedido las interesadas aspiraciones que, desde la costa africana y la europea, mantenían los dos Senados rivales sobre la central Sicilia y el rico perímetro del Mediterráneo, desde Gades al Líbano, y desde Túnez á Iliria. A la gran controversia del bátavo Grotius y del britano Selden, habían procedido las importantes y disputadas pesquerías de la última región septentrional de América, la Groenlandia (que viene á enlazarse por el derrotero de Islandia con el mar europeo del Norte) las cuales deseaba utilizar Holanda, y monopolizar Inglaterra. Y á la cuestión de Suez, que hoy se abre á los tratados, ha precedido la perforación del canal por una empresa industrial franco-egipcia, el inmenso comercio europeo, hecho hasta ayer por el Cabo africano de las Tormentas y hoy por el istmo, y las codiciosas miras de varios Estados sobre los despojos territoriales del vasto y ya caduco Imperio de Turquía.

Pero de todos modos, la cuestión de derecho internacional (que tanto vale como derecho de gentes, si en éste se abraza el natural y el positivo) surge ya imperiosa en pos del *prólogo de batallas*, que ha consternado al Egipto. Cada una de las naciones, que en anteriores capítulos hemos mentado, apercíbese á sostener sus intereses y pretensiones. Suspendida á nuestro ver, que no terminada, la acción de las armas, el paréntesis de paz favorece las negociaciones; y es de creer que éstas se limiten por hoy á tratar de las aguas del canal y del carácter jurídico-internacional, que ha de atribuírseles y afianzárseles por las Potencias en el futuro protocolo de su acuerdo colectivo.

La acción diplomática del Gobierno inglés ya señala rumbos, los mismos rumbos que eran de esperar. La patria de Jeremías Benthám mantiene la primacía del sentido práctico; y si dos siglos hace sostuvo por medio de Selden el *mare clausum*, tocante al mar del Norte y los derroteros de Islandia, de cierto que hoy, por medio de Lord Granville y sus sucesores, sostendrá el *mare liberum* en Suez. Para su grande Imperio de la India y su grandísimo comercio naval, es esta in-

dudable condición de vida. Y como tanto al Egipto cuanto á las demás Potencias marítimas y comerciales, interésales por demás eso mismo, ora por la mercancía que pasa, ora por el tributo que esta rinde, no ha de haber dificultades á nuestro juicio, para adoptar como base preliminar de la conferencia europea, el principio de la libre navegación en tiempo de paz y de guerra; dado que las interrupciones de ésta para el intenso y rápido comercio moderno, son funestas y acaso mortales. Pero ¿cómo se afianza la libre navegación por un canal que atraviesa un istmo? Fuerza es para lograrla que, además del canal mismo, se declare también *neútral* ó *neutralizada* á la diestra y á la siniestra una zona del territorio, la que baste á salvar completamente el alcance de los cañones y cualquiera otro género de ataque contra los bastimentos flotantes ó los asentados sobre las márgenes, para servicio y seguridad de aquéllos y de sus tripulaciones. Esa doble zona, una vez señalada, habrá que custodiarla y guarnecerla, y á nuestro juicio se declarará sobre ella, no solamente el derecho sabido de los territorios *neútrales*, sino el de los absolutamente *neutralizados*. Es decir, que se impondrá en el protocolo *la paz perpetua* sobre las aguas del canal, aunque rujan en torno las iras de la guerra.

Mas aquí vienen las *impurezas* del hecho humano, de que hablamos antes. Escrito y todo, cuando lo esté, ese futuro protocolo, si acontece que otro Arabi-bey suscita un nuevo conflicto y otro Wolseley acude á sofocarle, mucho temeros que el canal, á serle necesario, vuelva á convertirse en base ventajosísima de guerreras operaciones. Y para que en tales extremos Inglaterra le tenga en su pro, y no otra potencia, para eso ha puesto y conservará ésta su guarnición y sus cañones en Alejandría y en algún otro punto, amén de su político y económico protectorado.

Pero en fin, creemos que se pactará y en la vida ordinaria se cumplirá lo pactado; y este pacto creemos también que será, y deberá ser, la *neutralización* absoluta del canal africano. El concierto de las naciones dará norma de vida en este punto, y la policía del canal habrá de quedar encomendada á la potencia territorial, el Egipto, bajo la salva-

guardia de un tribunal de apelación formado por las otras naciones, entre las cuales, aunque quiera Turquía figurar como soberana, sospechamos que ha de quedar reducida, sino de nombre, de hecho, á la condición de parte contratante: así como, si al Egipto se le encarga la inmediata custodia del canal y su zona adyacente, vendrá á ser esto como si se le encargase á su protectora Inglaterra. Por donde se ve cuán astuta y previsoramente ha ceñido ésta por todos lados la cuestión palpitante de su navegación de la India, que le importaba tanto asegurar sin vacilaciones.

Ha de haber, por último, una emanación necesaria de esta cuestión del canal de Suez, merced á la solidaridad moderna de los intereses de las naciones, y es la no lejana aplicación de sus mismas reglas (y acaso de los mismos actos de previsión por una ú otra potencia) á los demás canales artificiales y aun naturales. El canal de Panamá entre el grande Oceano Pacífico y el mar de las Antillas, que le ahorrará 3.300 leguas á la navegación desde Londres ó Liverpool hasta San Francisco de California, y hará incalculablemente preciosas y apreciadas nuestras posesiones de Cuba y Puerto Rico, tendrá que atenerse al derecho y policía que en Suez se establezca, dado que su objeto será casi el mismo. Otro tanto sucederá con el canal de Corinto, que uniendo las aguas del Archipiélago y del golfo de Egina ó de Atenas con las del golfo de Lepanto y el mar Jónico, va á dividir al cabo en el siglo XIX contra la antigua sentencia del oráculo helénico el territorio unido de las dos famosas hermanas, Grecia y Lacedemonia (apellidadas luego Livadia y Morea), abreviando sobre manera la comunicación del Occidente con el Oriente del Mediterráneo. Y en fin, creemos también que la misma norma y régimen se ha de intentar imponerle al mar de Mármara, inmenso puerto natural de Constantinopla, la gran metrópoli del Oriente, y á sus dos angostas salidas, el Estrecho de los Dardanelos hácia el archipiélago griego y el del Bósforo hácia el Ponto Euxino. Porque á Rusia y Austria, que tienen, como si dijéramos, su mar de Mármara en ese Ponto, les importa franquear de una vez su salida al Mediterráneo, y más allá hácia Gibraltar ó hácia el mar Rojo.

Y como en los crecientes cambios del comercio acontece hoy que á Inglaterra, Italia y Francia les interesa también el libre acceso al mar Negro y al mar de Azoff, vecino de Astrakán y el Tcháucasso, y aun puede también importarse luego á España y Holanda, es de creer que, más pronto ó más tarde, el ejemplo de Suez se aplique al Bósforo, aunque le pese á la doliente Turquía.

Tantos son y de tanta monta los intereses, que encierra en sí, ó suscita de inmediato, la cuestión especial del paso por las aguas de Port-Said y Suez, una de las que abraza la magna cuestión de Oriente.

Mucho más de lo que hemos dicho pudiera decirse sobre el famoso Canal; pero baste lo apuntado para el objeto de este capítulo y de la breve monografía presente.

X.

LA CUESTIÓN DE ORIENTE CONSIDERADA EN EL MOVIMIENTO GENERAL DE LAS NACIONES.

Tócanos ya decir por remate, lo que á nuestro ver significa esta cuestión compleja en el movimiento general del mundo. Y en verdad, que al llegar á tal punto, hallámosle difícil y arriesgado sobre todos los demás, por importantes que ellos sean.

Los antecedentes históricos de las guerras de Oriente son harto notorios; dado, que según ya lo hemos dicho, la falsa y fanática religión de Mahoma, fundóse y se propagó desde el primer instante á impulso de argumentos tan poderosos como lo son el alfange y la gumía. Desde el siglo VII en que naciera, hasta el XVI y XVII, avanzó desde la Arabia hacia el Occidente, conquistando la tierra y pugnando por conservar lo conquistado. Pero desde tal época el mahometismo retrocede, rechazado otra vez hacia el Oriente. Es una falsa civilización, que hizo su camino hacia adelante y ahora está haciéndole hacia atrás, agotado el caudal de

su caduca influencia. En tal resumen pudiera encerrarse el sentido de las guerras sucesivas del Oriente y Occidente del Mediterráneo, por lo que hace á la pugna entre los pueblos de la cristiandad y los de la media luna. Y hé ahí uno de los conceptos generales, que visiblemente se notan en la cuestión de Oriente. Por otro lado es de recordar asimismo la expansión de vida, á que propenden las naciones todas, para lograr parte en los fecundos cambios del comercio y la diplomacia universales. Por tal principio lucharon alternativamente en ese propio mar, griegos y fenicios, cartagineses y romanos, venecianos y turcos, anglosajones y francos. Y como hoy se trata de una región, que tiene la llave de las antiguas y de las novísimas comunicaciones de mar y tierra, sucede que con más ardor y empeño se acude por todos los pueblos á participar de los beneficios que por ellas se reportan. De suerte que cífrase en esto una segunda nota y señal distintiva de la *cuestión de Oriente*; y en ambas juntas podrá tal vez encerrarse el verdadero *significado* de esta cuestión compleja en el *movimiento político del mundo*. La falsa civilización del Korán, hay que repetirlo, llenó su ciclo de sangrienta propaganda y de cultura meramente material; y va de retirada. Y la universal concurrencia de la humanidad á los fecundos cambios y positivos beneficios del comercio y de las industrias, aliento principal de la vida moderna, gravita con preferencia sobre los puntos del globo, que la naturaleza ó la ciencia han hecho más privilegiados é importantes para el desarrollo del bien positivo, que por todos se apetece, como son el *Bósforo*, el *Danubio*, el *Nilo* y el *canal africano*. Hé ahí los dos elementos generales, que le dan hoy carácter é impulso á la cuestión de Oriente.

La lucha de razas, la lucha de religiones y la lucha de ambiciones é intereses, llenan la vida del mundo. Tal es, por desgracia, el testimonio de la historia; tal es el hecho humano. Ahora el buscar el bien notorio del comercio por el mal evidente de la guerra, ¿es proceder honrado? Las hecatombes militares, los exterminios civiles, las ciudades arruinadas, los incendios y saqueos de pueblos, el arrasamiento de cam-

pos, la suspensión de la vida, la paz y el trabajo, las angustias de las privaciones, las agonías del peligro, todo ello ¿quedará recompensado, ó por ventura vencido, con las ventajas que se buscan? Y si bienes se alcanzaren al cabo mayores que los desastres ¿vendrán las ganancias anheladas sobre aquellos que sufrieron las pérdidas dolorosas? ¿Hay norma de derecho y de justicia en los puntos que la guerra y la diplomacia resuelven, al aparecer los grandes problemas de las luchas humanas sobre la tierra? Si sonó en ella una doctrina que predica la conquista del bien por el vigor del espíritu, esto es, por el amor, la abnegación, la paz y la concordia, ¿cuándo la comprenderán y aceptarán al cabo los hombres en todo el orbe?... Hé ahí graves problemas, que ciertamente merecerían ser dilucidados; pero que piden lugar más anchuroso y libre del que estas páginas ofrecen. En ellas nos propusimos tan sólo discernir y señalar los varios elementos é intereses, que influyen y se agitan en lo que hoy pasajera-mente se apellida *Cuestión de Egipto*; y llamóse ayer y se llamará mañana *Cuestión de Oriente*. Y cumplido este propósito con mente sobria y serena, según desde el comenzar era nuestro intento, habremos terminado nuestra tarea.

Para ello hemos señalado ya las causas de índole general, primordiales y generatrices de la magna cuestión. Á ellas pueden agregarse, aun á riesgo de enunciar conceptos repetidos, las muy poderosas también, aunque de índole particular, que surgen del ser interno ó de las aspiraciones y circunstancias de tiempo y lugar de los Estados, que por esa cuestión, como ya hemos visto, se sienten conmovidos á la hora presente. Propio es á nuestro ver, de este epílogo, su brevísimo y final recuento.

Turquía (ya quedó explicado), enferma y débil, siéntese desfallacer, y poseedora todavía del espíritu y organización militar, que como Estado musulámico preponderante tuvo desde un principio, lucha en las ocasiones; pero, decadente en la vida civil y política, por lo deletéreo de su propia religión y moral, lucha perdiendo.

El Egipto, porción lejana y resbaladiza de la antigua soberanía otomana, ni guarda ya vigor civil ni político, ni tuvo

ni tiene desde hace mucho tiempo el vigor militar de Turquía. Acaba de luchar ahora, para recoger desastres, cayendo postrado en rapidísima campaña delante del genio enérgico de Seymour y Wolseley, hábiles y valerosos ejecutores de los designios de la Gran Bretaña, á quienes ésta, entre aplausos de sus compatriotas ha recompensado ya con el nobiliario título de barones y el ingreso en la Cámara política de los lores. Inglaterra, potente y rica, no sólo en medios de acción, sino en hombres de gobierno (que es riqueza muy apetecible y principal para las naciones) sin vacilar ni un punto, ha obrado, á la manera que procura obrar siempre, es decir, manteniendo la empresa de su escudo, «honra y provecho» y el cetro y corona, que tanto le importa, de *reina* de los mares y *princesa* del Mediterráneo.

Francia, disipada hoy y aturdida con tantos excesos de su ambición irreflexiva y vehemente al exterior y de su perenne orgía política en el interior, ni acertó á plantear siquiera esta vez el problema de su dignidad, ni el de su conveniencia; y, tímida é insegura de sí misma y de los demás, dejó el vacío, que tan briosamente ha llenado Inglaterra, con no escaso fruto para ésta y contentamiento para las demás naciones, entre las cuales la francesa, por yerros cada vez mayores y más ciegos de sus gobiernos, y pese á la admirable é inteligente actividad de su pueblo, ha perdido casi por completo influencia y simpatías.

Rusia, con su norte fijo de engrandecimiento territorial por el lado de sus vecindades, siéntese también minada esta vez por terrible corrosión de sectas secretas y juramentadas contra el orden social; y notando al par la actitud expectante y reservada de Alemania y Austria, anda con tiento, preparando sus caminos para los futuros congresos diplomáticos y los campos de batalla futuros.

Alemania, no exenta de complicaciones sociales, pero fuerte hoy día en su organización militar y política, más tal vez que otra alguna de las naciones continentales, hállase á espaldas y un tanto lejos de la cuestión viviente de que tratamos; pero, desde el punto en que se halla, influye, acaso más que nadie, en ella, por las seguridades que infunde á unas

potencias, por el contrapeso que pone á otras, y por los compases de espera ó de entrada, que astuta y reflexiva aspira á señalarle á la cuestión oriental, tan ardua y compleja de suyo, y tan difícil también por el estado inquieto de la vida europea.

Austria, vecina del codiciado Oriente, perdido el cetro de Alemania, que le arrebató Prusia, quisiera hallar pingües compensaciones, que la amistad de Alemania misma, para final acomodamiento de ambas, le ofrece y facilita; y está en guardia, de acuerdo con su antigua rival, mirando atenta, más aún que los movimientos de Inglaterra, los de sus límites Rusia y Turquía.

Italia, que engrandecida en su territorio por medios tan violentos y dolosos de ayer mismo, anhela engrandecerse aún en los mares, teme arriesgar su no afianzado poderío, y mira y aguarda (codiciosa de alianzas en el Norte, de las que ya sacó no escaso provecho) la coyuntura, que pueda ofrecérsele para obrar á mansalva *unida á los más poderosos*, regla predilecta en la política moderna de la patria de Maquiavelo.

España, y aun Holanda, aspiran con harto derecho, atento el de sus colonias, á no quedar olvidadas en la representación de los intereses del canal famoso.

Y hasta la Unión americana, atraída por el interés universal de éste, ha enviado su pabellón al istmo, aunque sin mezclarse todavía en los azarosos lances de nuestra cuestión regional de Oriente.

Hé ahí en suma los elementos generales y los particulares, que sobre esa cuestión gravitan en el movimiento general del mundo, elementos múltiples, poderosos y complicados, sin duda alguna. De ellos han de brotar en varios tiempos y en lugares varios (como acaba de verse en el Egipto), lozanos retoños, que evocarán agrios disturbios, tenaces guerras y arduos congresos internacionales. ¿Qué arreglo final traerán éstos y aquéllas? Tal es el secreto del porvenir; pero no tan impenetrable, que no creamos haber dicho algo, y que otros puedan decir más, para aclararle un tanto y señalar el puesto que cada nación ocupa en torno del gran campo de la polí-

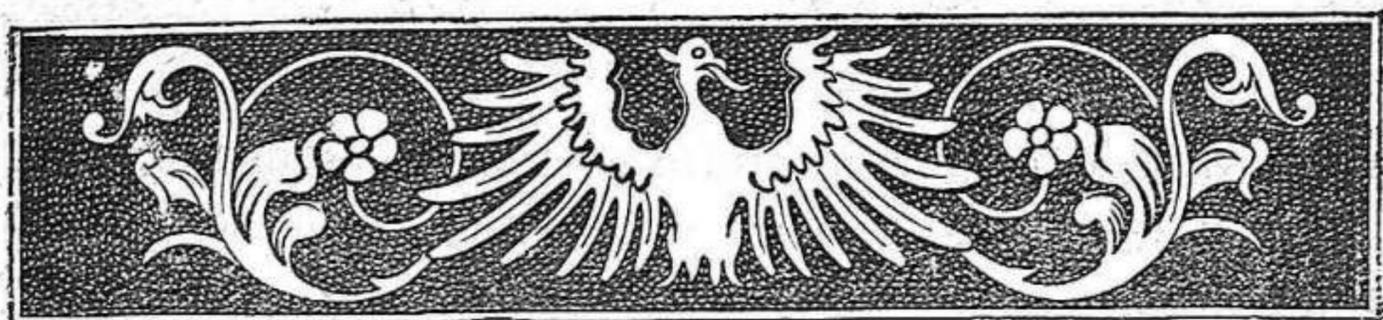
tica internacional, en cuyo centro muévense y murmuran las olas del Mediterráneo. Todavía en el mundo político y en el mundo militar (su hasta aquí inseparable compañero), la astucia y las armas *plantean* los problemas y *resuelven* las cuestiones. Ahora, ¿vendrá sobre las naciones un régimen jurídico que reemplace al régimen de la guerra, *última ratio regum* (según el arte y la doctrina diplomática), y *fatalismo* funcional y orgánico de la *humanidad* (según la ciencia racionalista, por boca de su más ilustre apóstol, Hegel, promulgada)?... No lo sabemos; pero sí sabemos ciertamente, que si tal régimen jurídico ha de venir, vendrá por la doctrina y la moral cristianas; y *si no, no*. Que doctrina de paz y justicia como la que se promulgó y sancionó en el Gólgota, no hay que esperar que se promulgue jamás por los hombres; y allí, de donde se aparte su virtud divina, en verdad que no ha de brotar otra virtud á reemplazarla.

Y sea esta la postrer palabra del imparcial examen, consagrado por el que esto escribe (según el rápido pasar de los últimos sucesos), á la grave y añeja *Cuestión de Oriente*, hoy llamada *Cuestión de Egipto*.

CARLOS MARÍA PERIER.

Madrid 26 de septiembre de 1882.





MOALLAKAS ⁽¹⁾

(CONTINUACIÓN.)



o has derramado tú lágrimas otras veces más que para lanzar de tus ojos, los rayos más firmes contra este corazón que ha venido á ser tu víctima?

Una niña virginal estaba encerrada en su mansión, en la que su imaginación misma no intentaba franquear el vestíbulo: y he podido gustar á placer la ventura de verla.

Para llegar hasta ella, he pasado por entre sus guardianes, que ardían del deseo de inmolar me en secreto.

Luego que las pléyades aparecían en el cielo, brillantes con una cintura matizada de preciosas pedrerías.

Introdújeme cerca de ella, despojada de sus vestidos de día, cubierta solamente con una túnica ligera, ella me esperaba tras la antepuerta de su tienda.

¡En el nombre de Dios! me dijo oponiéndome una débil reserva. ¿No sabrás dominar tus sentimientos? La razón, ¿no pondrá jamás un freno á tu loco ardor?

Bien pronto la impulsé conmigo. Marchamos; dejó ella su bordada túnica tisuar sobre el polvo para borrar la huella de nuestros pasos.

(1) Véase la pág. 355 de este tomo.

Cuando estuvimos fuera del campo de la tribu y rodeaba un vallado una cadena de colinas, tuvimos un asilo seguro.

Entonces atraje dulcemente hacia mí la cabeza de mi amada, que suspendióse amorosamente sobre mi seno. Ella tenía el talle finísimo, la pierna perfectamente acabada.

Su esbelto y blanco cuerpo libre de toda deformidad; su garganta tiene el pulimento de un espejo.

Era como la perla virgen, cuyo nacar tiene una blancura ligeramente matizada de crema, y que ha sido alimentada en el fondo de los mares por una agua venturosa.

Si ella se vuelve, descubre el perfil de una mejilla embriagadora; si mira de frente, sus ojos tienen la misma expresión que los del antílope de Wdjra, velando sobre su joven cervatillo.

Su cuello, como el de la gacela blanca (rim), se erguye con elegancia; pero el cuello del rim no está armado de atributos que le decoren.

Sus largos cabellos, de un negro espléndido, caen con gracia sobre sus espaldas, y por su espesura parecen ramaje de datilero, cargado de apretados racimos.

Forman bucles que se relevan naturalmente con su instintivo movimiento; los lazos que reúnen algunas trenzas desaparecen en medio de los tisús trenzados ó flotantes.

Su talle es fino y redondeado como una correa torcida; su pierna tiene el color agradable del ediamo aromático, nacido á la sombra de la palmera, cuyo pie está bien regado, y cuyas ramas se encorvan dobladas por el peso de los frutos.

Por la mañana, parcelas de musgo son extendidas sobre su lecho. Ella se sumerge mucho tiempo después del alba; no necesita tomar el vestido ligero, ni el ceñidor del trabajo.

Su mano es dulce, y sus delicados dedos son parecidos á las ninfas que mariposean sobre las arenas de Zhibi, ó á los mondadientes hechos de madera del bosque Ishil.

El brillo de su frente disipa las tinieblas de la noche, como la antorcha encendida por el piadoso solitario en su humilde y retirada mansión.

Hé aquí la belleza, sobre la cual el sabio arroja miradas de deseo y amor; belleza de porte gracioso y elevado, en la

que la edad venturosa es el paso de la infancia á la adolescencia.

El tiempo calma el delirio de los amantes vulgares; mas nada ¡oh dueño mío! puede hacer olvidar á mi corazón lo que en él se enardece por tí.

¡Cuántas veces he rechazado los prudentes avisos y los justos reproches de los censores rigurosos que critican mi ardor!

Frecuentemente, para experimentar mi constancia, una noche tan espantosa como las ondas del irritado mar, me envuelve en sus sombras, y ha vertido sobre mí mil inquietudes.

Cuando prolangaba su duración, entre sus primeros instantes, ya apartados y en términos que parecía secular sin fin.

Yo la he dicho: «¡Oh noche, tan lenta en tu marcha, da lugar á la aurora, aunque no pueda hacerme más feliz!»

¡Qué noche! Las estrellas inmóviles parecían adheridas á las rocas por invencibles lazos.

Y frecuentemente, humilde y paciente, llevé sobre mis espaldas á otros de mis compañeros (1).

He traspasado valles estériles; desiertos donde el lobo, como un jugador ruinoso cargado de familia, erraba aullando.

Respondía á sus gritos lúgubres, y le he dicho: «Tu suerte, como la mía, es de ser pobre, puesto que no más que yo sabes tú atesorar riquezas.»

Ambos abandonábamos á otros lo que obteníamos por la fortuna; el que nos imita concluye por caer en la miseria.

Desde el principio del día, cuando el pájaro está todavía en su nido, parto sobre un caballo de alta talla, de pies ligeros, cuya viveza asegura el resultado de mi caza.

Dócil al freno, sabe igualmente atacar y evitar, perseguir y huir. Su fuerza y su impetuosidad son las de ingente mole de roca, que un torrente precipita desde lo alto de una montaña.

(1) Muchos comentaristas piensan que este verso y los tres siguientes han sido interpolados en el Mcallaka de Imroulcays, y que en realidad son de Teabata-Chawau.

Su color es bajo; la silla apenas puede fijarse sobre su dorso, parecido á la pulida piedra, sobre la cual la onda glisa con rapidez.

Es delgado, pero lleno de fuego. Cuando se entrega á su ardor, tiene entonces en su carrera un sonido semejante al ruido del agua que borbotea en una caldera.

Después de una larga carrera, vuela todavía con más ligereza, mientras que los mejores corceles, estenuados de fatiga, dejan caer pesadamente sus pies, y levantan el polvo hasta en un terreno firme y sólido.

Voltea al joven jinete, cuyo peso es carga muy ligera para él, y hace flotar á gusto de los vientos los vestidos del caballero que le monta con bríos, y sabe manejarlo con más energía.

Sus movimientos son tan pronto como la rotación de un juguete, sobre el cual la mano del niño ha rodado un hilo de muchos cabos entrelazados igualmente.

Tiene el flanco corto de la gacela, el jarrete seco y nervioso del avestruz, su trote es el hálito acelerado del lobo, su galope la carrera de un zorro vigoroso.

Su cuerpo largo, espesa su cola, cuando se le mira por detrás, llena todo el intervalo de sus piernas; apenas llega á la tierra, y la mueve sin apartarla á los lados.

Cuando ha partido, su dorso es duro y compacto como el pulido mármol, sobre el cual se deslía la coloquintida, ó que sirve á la recién casada para desmenuzar sus perfumes.

La sangre de los animales ágiles que ha ganado en velocidad, secada sobre su cuello, parece á la tintura extraída del *hennè*, que traspira la blancura de una barba cuidadosamente peinada.

Percibo un tropel de vacas salvajes; marchan como los cachorros y doncellas, vestidos con mantos trinantes que tornan al derredor de la imagen de su divinidad.

Ante mi proximidad emprenden la fuga; se creería ver á los onis blancos, bordados de negro, con que está esmaltado el collar de un niño de familia noble.

Mi corredor ha visto en seguida las que están á la cabeza de la banda; los demás que ha dejado atrás, no han tenido todavía tiempo de dispersarlas.

Junta sucesivamente al toro y vaca sin interrumpir el curso de su carrera y sin bañarse de sudor.

Durante el resto de la jornada, los cocineros se ocupan de preparar la caza; hacen rotar una parte sobre los carbones, cuecen la otra en las marmitas, y se esfuerzan por ofrecérsela.

Llega la tarde y los ojos no han podido todavía abrazarse, sino vistas todas las perfecciones de mi corredor. Si la mirada se eleva hacia su cabeza, la belleza de sus piernas le invita á bajarse para admirarlas.

Por la noche, ensillado y con las bridas, está siempre delante de mí, sin ir al pasto.

Amigo, ¿ves el esplendor de estos rayos que parecen de manos ágiles, y que brillan sobre estas nubes amontonadas que nos coronan?

Arrojan una luz más viva que las lámparas del cenobita cuya mano ha prodigado sobre las toscas torcidas mechas el aceite exprimido del sésamo.

Me detengo para observarlas, mis compañeros permanecen conmigo, entre Dhâridj y Odhayb. ¡A qué inmensa distancia está el cuadro que fijaba mi atención!

La borrasca, tal como podía juzgarla mi vista, extendíase á derecha sobre el monte Catán, á la izquierda sobre el monte Setar y Yadhabal.

Ha extendido sobre Contayfa torrentes que han arrancado los árboles más grandes.

Ha enviado sobre el monte Kenan un turbión que ha obligado á los cabritillos á desertar de sus guaridas.

En Tayma, la tempestad no ha dejado en pie ni una palmera ni una casa, las ciudadelas construídas con enormes bloes de piedra solamente han resistido á sus esfuerzos.

El monte Thabir, en medio de nubes que de hacíanse en lluvias, parecía á un anciano venerable, revestido en un manto rayado.

A la mañana, la cima de Mondjaymir, parcelada por las aguas y cubierta de ruinas, parece como el pelotón de un *huso*.

La borrasca, descargando sus torrentes en los llanos de

Chabit, ha hecho renacer allí la verdura y abrirse las flores; tal el mercader de Yamán cuando ha hecho alto, abre sus fardos y deslía mil variados tapices.

Los pájaros del valle gorjean de gozo, como si estuvieran embriagados desde la aurora de un vino picante y delicioso.

Los leones, que las corrientes han arrastrado y arrojado en la noche, rugen tendidos á lo largo, como las débiles y viles plantas desarraigadas y esparcidas por el suelo.

IV.

BRAVO COMO EL LEON.

I.

AMR, TRADICIÓN ACERCA DE SU ASCENDENCIA.—SU PODER EN LA JUVENTUD.—SU NATURALEZA, CARÁCTER Y PROFESIÓN.—BANQUETE DEL REY, NOBLE LID QUE SOSTUVO LAYLA EN LA CORTE.—MUERTE DEL REY.

Un acontecimiento extraordinario en la historia de los árabes y que había de influir sobremanera en la suerte de la humanidad, ocurre, y viene á arborear los primeros momentos de un célebre poeta; el mismo año noveno de concluido el reinado de Amr, según Caussim, y no el octavo como quería Mr. Sacy (1), tuvo lugar el nacimiento de Mahomet en la Mekka (2), y no faltó quien precisando las fechas á su mayor exactitud, señale marcando hasta los días (3), y en el corto espacio de esas citas, á los ocho años y seis meses de terminado el reinado de Amr, según hemos dicho, hablan los

(1) Mem. de l'Academ.—Dto. XL.—Pág. 568.

(2) Hist. ante Isl. de Freischer, pág. 127.

(3) Hamsa, Hist. praéc. ar. reg. de Ramusseu, P. 14.37; edit de Gotwaldt, pág. 110.

historiadores árabes (1) de varios acontecimientos, luciendo un nuevo astro en aquel espacio lleno de corazón y entusiasmo.

Amr, hijo de Cotlhoum, poeta y guerrero, descendía de Taghlib por Djocham; su madre llamábase Layla, hija de Mohalhil, hermano de Colayb, y la madre de Layla era Hind, hija de Badj, éste hijo de Otba, hijo de Sad, hijo de Zohayr y este hijo de Djocham. Conocida ya esta ascendencia, éralo también una costumbre bárbara en aquel pueblo, como era la de enterrar vivas á las niñas en el momento de nacer, ya para evitarse el trabajo de sostenerlas, bien para de este modo precaver la honra de familia y evitar cuantos actos de violencia, raptos y demás parecidos pudieran afligirla algún día; costumbre condenada mucho después en el Korán, y que antes estuvo á punto de privar á los árabes de tan celebrado numen.

Cuando Hind dió al día su hija Layla, aconsejóla su marido que la diese muerte, pero en vez de ejecutar orden tan cruel, puso á su hija en manos de un esclavo, recomendando la ocultara, cuando durante la noche, Mohalhil, oyó una voz que decía:

«¡Cuántos hombres generosos, qué de nobles jefes, qué de ilustres héroes, están en el seno de la hija de Mohalhil!»

Sorprendido por estas palabras, que juzgó eran un oráculo, exclamó:—Hind, ¿dónde está mi hija?—La he matado.—No, por el Dios de Rabia, esto no es posible. Dime la verdad. Entonces su mujer le manifestó que su hija vivía.—Así debe ser, aliméntala y críala con esmero.

Layla fué esposada por Colthoum, famoso guerrero y en uno de sus embarazos vió en un sueño un sér celeste que le dijo:

«¡Venturosa Layla! tendrás un hijo bravo como el león. El será la fuerza y el honor de Djocham. Cree en esta promesa, porque es verdadera.»

Layla, en efecto, tuvo un varón á quien llamó Amr. Cre-

(1) Véase la obra Caussín de Percebal ya citada.

cido, se hizo notable bien joven por su espíritu y su valor, y desde los quince años, huérfano de padre, vino á ser jefe de la tribu ó á lo menos de la rama de Djocham.

Cítanse de tan celebrado árabe acontecimientos que justifican esa preponderancia durante el curso de su vida; de carácter enérgico y sostenido, fué notable por su entereza y dignidad ante el orgullo del Rey Amr, habiendo dicho éste en medio de su corte á los magnates: «¿Hay algún árabe cuya madre repugnaría servir á la mía?» De todas partes le contestaron, sí; llámase Amr, hijo de Colthoum, guerrero de la tribu de Taghlib. «Su madre Layla, repusieron, es hija de Mohalhil y nieta de Colayb, el más ilustre de los árabes, viuda de Colthoum, el más valiente caballero de la Arabia; ella dió día á un hijo que es jefe de una gran tribu, con cuyos títulos es muy altiva para servir á cualquiera por alto que sea.» Herido el Rey en su amor propio, envióle en seguida un mensaje para animarle á que viniera á la corte y le visitara, recomendándole á que le acompañara su madre Layla, á quien deseaba conocer la suya. Además, nada había de particular en esta invitación, porque entre Hind, mujer del Rey, y Layla, existía una relación de familia, muy estrecha, de la que un célebre poeta Imroulcays, descendiente de Harith, era el nexa; porque Hind, hija de Harith, era tía paterna de Imroulcays, y Layla, hija de Mohalhil, era nieta de Fatima, madre de Imroulcays.

Recibida la invitación, dejó Amr la Mesopotamia, donde los taghlibitas se habían establecido; con su madre Layla y un pomposo cortejo de guerreros y mujeres de Taghlib se presentó al Rey, acampado en soberbia tienda que hizo levantar fuera de Hiva sobre el Eufrates y rodeado de los principales personajes de su corte, fué recibido con grandes honores. Aposentada Hind en otra tienda brillante pero más pequeña, próxima á la del Rey, su hijo, acogió á Layla con honores parecidos. Sirvióse á la vez la mesa en las dos tiendas y al mismo tiempo; cuando los hombres hubieron terminado su banquete, mandó el Rey en alta voz que presentaran los dulces, señal convenida entre él y su madre, que estaba atenta á la indicación, de conformidad á la cual mandó Hind

retirarse á todas las damas de su tienda, quedando, por lo tanto, sola con Layla. Entonces, designando con la mano un plato que se hallaba á alguna distancia, la dijo: «Traedme ese plato.» Layla replicó: «Eso toca hacer á quien lo necesita, y á servirse por sí misma.» Insistiendo Hind, reiteró su demanda de una manera más imperativa. «¡Vergüenza! ¡Humillación!» gritó Layla. «¡Á mí, Taghlib!» y esta exclamación fué origen de cruelísima guerra.

Amr, hijo de Layla, oyó el grito de su madre; encendido en cólera, tomó la gumia real, suspendida en los muros de la tienda, única arma que allí había, y precipitándose sobre el Rey Amr, hijo de Hind, le cortó la cabeza tendiéndole muerto á sus pies. En el momento los taghlibitas arrojáronse sobre la tienda, tomaron cuanto les agradó, los caballos del Rey, joyas de la Reina madre, y con el botín partieron para Mesopotamia. No aparece de la historia que este regicidio tuviera castigo alguno, antes quedó el asesinato impune, merced á la debilidad de los sucesores de Amr III.

Durante el reinado de Amr, hijo de Hind, se vieron nuevas diferencias ocurridas entre las tribus de Bacr y de Taghlib, que al advenimiento de este Príncipe (año 562 de Jesucristo) muchas familias taghlibitas habían rechazado secundarle en la expedición que proyectaba para vengar la muerte de su padre Moundhir, y que los bacritas, al contrario, se habían alentado para asociarse á esta empresa. Amr había satisfecho su resentimiento contra los taghlibitas enviando el jefe temimita Allâk á tomarles algunos territorios. La tribu de Taghlib había entrado al propio tiempo ante Amr, en las mismas relaciones de sumisión y de buena inteligencia que habían tenido con Moundhir III.

II.

GUERRAS DE LOS TAGHLIBITAS Y BACRITAS.—LID POÉTICA DE ESTA CONTIENDA Y MOALLAKA QUE MEMORÓ ESTA GUERRA CIVIL.—SUS CONSECUENCIAS.

Después del tratado que terminó la guerra de Baccous, los rehenes de una y otra parte, destinados en garantía, residían cerca del Rey de Hira y eran renovados todos los años: constituíanlos jóvenes capaces de llevar las armas, á quienes empleaba el Rey en su servicio.

Mas, habiendo encargado Amr á los rehenes taghlibitas de una misión en las montañas de los Benou-Tay, estos jóvenes pasaron á un lugar nombrado Tarasa, perteneciente á las subtribus bacritas de Chayban y de Taym-allat. Sea que estas familias hubiesen impedido á la pequeña tropa de taghlibitas esparcirse por sus aguas, ó que les hubiesen aconsejado un mal camino por malas rutas, ó que por sí misma se hubiera extraviado, pereció de sed en el desierto. A esta nueva, toda la tribu de taghlibitas se alarmó llena de indignación, acusando á los bacritas de la muerte de sus hijos, los taghlibitas reclamaron el precio de su sangre: no quisieron acceder en nada los bacritas, pero los taghlibitas citáronles ante el Rey Amr, hijo de Hind, quien á su vez sometió la contienda á la elocuencia de la justicia y de la poesía.

Entonces fué cuando Amr, hijo de Colthoun, elegido por los taghlibitas, llegó á defender su causa y Amr respondiéndoles á su invitación: «¿A quién pensáis que confiarán los bacritas su defensa?» «Sin duda, respondiéronle, á algún yachoreta de la familia de Thálaba.» «Eso es; veo que habremos de entendernos con un hombre de color y de dura oreja, nacido en Yachor.» No se hicieron dudar los bacritas; eligieron por su parte y presentaron ante el tribunal del Rey, un orador llamado Nomán, hijo de Haram, descendiente de Thálaba, hijo de Ghoum é hijo éste de Yachor: llegó al mismo tiempo Amr con los suyos, y dirigiéndose á Nomán le dijo: «Y bien,

oreja sorda, ¿eres tú el defensor que han escogido? ¿Y ellos pretenden sostener una lucha de honor contra nosotros?»— «Contra vosotros y contra todos los que cubre la cúpula del cielo, respondió fieramente Nomán: y nadie sabrá juzgar demasiada de nuestra parte esta pretensión.»— «Por Dios, añadió Amr, si te doy un bofetón, sería curioso ver qué harían por tí los hijos de Thálaba;» «no te dejarán ir muy lejos, ¡y desgraciado del hijo de su padre!» replicó Nomán con expresión y actitud obscena.

El Rey, que se inclinaba en favor de los taghlibitas, se acomodó contra Nomán. Volvióse á una joven esclava y le dijo: «Dirige á este hombre una injuria con una lengua mugeril como la suya. Vinccipe, repuso Nomán, envía este presente á aquel miembro de tu familia que tiene más derecho á tu cariño, á tu hija, por ejemplo. ¿Es que tú querrías fuese yo tu padre, replicó el Rey? No, dijo Nomán; pero te aceptaría por madre.» Esta contestación insultante llevó al más alto grado la cólera de Amr, hijo de Hiud, y estuvo á punto de ordenar la ejecución del orador de los Benou Bacr. Como á su vez estaba ofendido de la respuesta del orador de Taghlib, Arm, hijo de Colthom, Harith, poeta á la sazón bacrita, de la rama Yachor, adelantándose en lugar de Noman, improvisó una poesía notabilísima que dicen fué su moallaka; no pudo contener la exclamación de Taghlib, y decidióse el Rey á no conceder compensación alguna por la muerte de los rehenes contra los bacr, entregándoles éstos los suyos, pero no sin que antes los mandara cortado el cabello de la frente, cuyos restos envió á Harith en señal de que á él debían su libertad.

Se ha dicho que con motivo de esas diferencias entre las dos tribus citadas á propósito de la indemnización de los rehenes muertos, de los taghlibitas, Amr, hijo de Colthom, improvisó en la defensa que hizo de los suyos delante del Rey de Hira, su célebre composición poética, que mereció el nombre de Moallaka (1): un escritor árabe afirma esta aserción; pero según opinión de Ibin-el-Kelbi y Abom-Amr-

(1) Ásmaï.

Chaybam (I), no la compuso sino á consecuencia de una aventura distinta de la presente.

Había ciertamente extrañado al Rey, por la fiereza de su lenguaje, merced al cual todavía guardábale algún resentimiento: excitado este Príncipe por algunos discursos de sus cortesanos, formó el propósito de humillarle, y con el pretexto de honrarle, le invitó viniera á la corte, y llegados, ocurrieron los incidentes que hemos referido poco antes, y desde cuyo momento los taghlibitas se mantuvieron independientes de los Príncipes lakhmitas hasta haber sostenido continua discordia con ellos: acontecimiento que se halla muy aludido en el Moallaka de Amr, compuesto con posterioridad á la muerte del Rey; en él se hacen muchas referencias á la humillación que el Rey de Hira había querido hacer sufrir al poeta y á la tribu de Taghlib, en la persona de la madre del jefe: la opinión de Jbn-el-Kelbi y de Abou-Amr-Chaybani, es incontestablemente más verídica que la de Armai sobre la época de composición de esta *cazida*. Amr la recitó en la Gran Feria de Ocah, próximo de la Mekka, durante las fiestas de la peregrinación y obtuvo la admiración general. Los Benou Taghlib hicieron de ella una estima tan grande, que todos los individuos de la tribu la aprendían hasta por sentimiento propio, y la recitaban mucho tiempo después del poeta, cuya predilección por la obra de uno de sus hermanos, los atrajo algunos epigramas. Un poeta bacrita decía:

«Los hijos de Taghlib no se ocupan más que de versos de Amr, hijo de Colthoum, y olvidan hacer nobles acciones.»

En su Moallaka, que es un elogio enfático de la tribu de Taghlib en general y de la familia de Djocham en particular, Amr dijo:

«Somos la camella indomable que cuando se la une al camello para dirigirla, rompe la cuerda ó hiere el cuello de su compañero.»

Este verso pareció luego funesto. Declarado enemigo de los Príncipes lakhmitas, la tribu de Taghlib guerreaba con

(1) Aghani II, 359 v.º

todas las otras tribus que les estaban sometidas. La paz concluída entre ella y los bacritas se había roto; Amr, hijo de Colthoum, en una escaramuza, había traspasado el país de los Benon Tenim y llegado hasta el Bahraym, atacado un campo de los Benon-Cays-ibn-Thalaba, rama de los Bacr-Wàil, volvió con un botín considerable y gran número de prisioneros, entre los cuales estaba Ahmad, hijo de Djan-dal, de la familia de Sad, hijo de Malik, hijo de Dhobaya. Como pasara también sobre los confines del Yemen, un partido de los Benon-Souhaym, rama de la grande familia bacrita de los Hanifa, teniendo noticia de la sumisión y marcha de Amr, salió de la villa de Hadjor para robarle su botín.

Encendidos los ánimos, salen á su encuentro, empéñase la batalla, y Yarid, más joven y vigoroso que Amr, logró derribar de un golpe de lanza á su enemigo, diciéndole: «Tú has dicho:

«Nosotros somos la camella indomable... Deseo ver si dijiste verdad, y unirte al camello y haceros correr juntos. ¿Por qué, exclamó Amr, ejerceréis ante mí tan odiosa barbaridad;» acercáronsele los Benou-Souhaym, que á su vez impidieron realizara tal amenaza su jefe, y conducido Amr á la regia mansión, fué tratado allí con honores y regalos, á cuyo acto respondió Amr:

¡Que Dios vierta sus bondades sobre el ilustre Yazid! ¡Que le colme de gozo y prosperidad!

Yazid, el virtuoso, ha hecho prisionero al hijo de Colthoum, combatiéndole lealmente.

Trató Mumdhir IV de vengar la muerte de su hermano el Rey Amr, pero el hijo de Colthoum con los suyos fuéronse hacia Siria precaviéndose de los ataques enemigos, donde estuvieron algún tiempo; no faltóle discordia ni guerra con los de Mesopotamia, obteniendo alguna victoria y ventajas sobre Noman Abous-Cabous, hijo y sucesor de Mundhir IV. Y otro hijo que perdió también Noman cuando iba contra los Taghlibitas, exacerbó el ánimo, que á su vez llegó á encolezar con sátiras el mismo Amr.

VICENTE TINAJERO MARTINEZ.

(*Se continuará.*)



LOS TEATROS

TEMPORADA CÓMICA DE 1882-83.

Los teatros ofrecen muy escaso interés. Nada nuevo, nada notable, nada digno de especial mención. Nuestra literatura dramática está sin duda pasando por uno de los períodos más críticos; momento de transición y de lucha en que los autores se encuentran sin oriente, el público sin guía, la opinión imparcial y sensata sin saber dónde echar todo el peso de su influencia.

Prescindiendo de la infinita variedad de opiniones más ó menos puestas en razón, que así entre las gentes no literatas como en el terreno de la crítica, alzan de continuo su voz para marcar un rumbo á nuestros autores, se observan dos tendencias marcadísimas, de cuya lucha tenaz, de cuyo choque continuo es probable que salga la luz un día no muy lejano. Estas dos tendencias son casi tan antiguas como el mundo y han aparecido siempre en todas las esferas del arte, si bien con formas y denominaciones muy distintas. Me refiero á la escuela hoy llamada idealista, romántica no há mucho tiempo, y á la que con impropiedad manifiesta se llama naturalista en nuestro País, donde el arte dramático

sólo ha tomado forma de realidad en tal cual comedia de Moratín, Ventura de la Vega, Bretón y Ayala.

Por lo menos, allá en los tiempos en que estos ilustres poetas imperaban, el público sabía á qué atenerse. Después de un drama romántico como *El Trovador* de García Gutiérrez, como *Los amantes de Teruel* de Hartzenbusch, solazábase el ánimo, complacíase tranquilamente el espíritu oyendo obras tan artísticamente humanas, tan literarias y discretas como *El hombre de mundo*, *El tejado de vidrio* y *El tanto por ciento*.

Hoy no sucede así. El público ha ido insensiblemente desgastando su paladar, y aquellos poquísimos granos de pimienta, que en otra época le hacían estremecer, produciéndole una violenta sacudida en todo su sistema nervioso, no le causan en la actualidad efecto alguno. Diríase, si se pudiese contemplar en toda su plenitud el fenómeno, que es un enfermo á quien ya saben bien todas las medicinas porque ha pasado en el trascurso de muchos meses, todos los martirios de la abstinencia y todos los estremecimientos del asco.

Además, sea porque la gente no la sabe apreciar ó porque los poetas no la saben escribir, es lo cierto que la comedia, la buena comedia, la que se escribe con ese finísimo espíritu de observación que caracteriza al verdadero talento, no asoma su faz por ninguna parte. Y aquí conviene consignar un dato que es altamente curioso. La mayoría de esos señores que abogan uno y otro día por el naturalismo, que niegan que exista el arte fuera de él, que sueñan con *Nana* y *Pot-Bouille*, se aburren y casi se duermen oyendo una comedia de corte clásico donde todo lo que se ofrece á los ojos del espectador es perfectamente real y se ve en el mundo todos los días. ¿Qué naturalistas son estos? ¿Qué modo tienen de entender la realidad estos buenos señores?

Para un naturalista al uso español, la forma preferente es el drama, y el drama trágico al estilo moderno. Es decir, que son *realistas* de una realidad que se da en el mundo una vez cada cien años, de una realidad que nadie conoce, que nadie ha visto, que nadie puede juzgar por sí, y á la que es forzoso elevarse con los ojos del pensamiento, á la manera de aero-

nauta audaz que se remonta en el espacio y á fuerza de dominarlo todo concluye por no ver absolutamente nada. La comedia no satisface sus deseos porque es la realidad de todos los días; el drama llena todas sus ambiciones porque es la realidad del paso de Venus por el disco del sol, que se efectúa con *ligeros* intervalos de ciento veinticinco años.

No es, pues, realidad lo que ambicionan aquellos que piensan así. Valiera más que de una vez confesaran sus aficiones, y esto facilitaría grandemente la resolución del problema. Lo que desean pura y simplemente es la exhibición de todos los vicios, sancionada en la escena públicamente, so pretexto de que el vicio es humano; lo que pretenden es la apología para todos los indiferentismos, la benevolencia para todas las hipótesis más repugnantes y absurdas; la burla, el ludibrio, el sarcasmo para todos aquellos principios, para todos aquellos ideales sin los que el espíritu del hombre desfallece, se acobarda y cae en el envilecimiento al duro contacto de la realidad. Yo soy, he sido siempre partidario del naturalismo; ¿cómo no, cuando la verdad se impone al ánimo de tal suerte, que sin ella el arte no existe ni puede existir en manera alguna? Pero es preciso distinguir lo que es este naturalismo, de que tanto y tan impropriamente se habla una y otra vez; es necesario que se dé á cada palabra la significación genuina que le corresponde. ¿En qué consiste que los que entienden de esta suerte la misión del arte, sólo clasifican entre sus obras predilectas las que obedecen á un determinado número de doctrinas, de atrevimientos y de deformidades, que rara vez responden á la naturaleza de las cosas?

Un drama cuyo asunto principal sea el incesto podrá ser muy humano, porque dicho se está que entre los animales no existe semejante delito; pero como afortunadamente los casos son bastante raros, será menos humano, ó lo que es lo mismo, mucho menos común en la humanidad, que otro drama cuyo conflicto se funde en el sacrificio de una madre en aras del bien de su hijo. Y, sin embargo, para un naturalista á la moderna, será siempre preferido el primero al segundo, con tal que tenga sendas tiradas de versos, brillantes imágenes y atrevidas metáforas. ¿Y por qué? Difícil es pene-

trar en la mollera de estos modernos apologistas del desnudo; pero tengo para mí que lo que más les embelesa y les encanta, es lo inesperado, lo resbaladizo, lo nunca visto ni oído, lo que es sensual, plástico, lo que está, en fin, saturado de instintos carnales, con olor y sabor de viejo y cínico paganismo.

Son los de nuestra historia naturalistas á su modo, y entienden que un drama puede ser real, aunque esté escrito en artificiosas quintillas recargadas de metáforas, con tal que insinúe tal cual concepto atrevido sobre el amor, sobre la honra, sobre el estado actual de la familia; sobre todo aquello que ha constituido y constituirá siempre la base de una sociedad culta. Nada importa que cada personaje sea una abstracción del poeta, cada estrofa un modelo de lirismo, cada verso una sentencia profunda. Ciertamente que en la vida real nadie habla ni se comunica con las gentes en esta forma; que no pasan nunca en el mundo aquellas catástrofes, ni surgen iguales ó parecidos accidentes; pero ¿qué importa? ¿Vamos á encerrar al poeta en un círculo de hierro? ¿Vamos á limitar el espacio en que se mueve hasta el punto de que no pueda extender las alas para remontar su vuelo?

Y es que se observa un fenómeno muy curioso entre los hombres. Tanto los apóstoles de las viejas, como los de las nuevas doctrinas, así por la fuerza de sus pasiones como por sus instintos de raza, tienen sus puntas y ribetes de romanticismo. En el fondo de un ardiente y fervoroso demócrata se descubre algo de aquel sublime idealismo que encontramos al recorrer con la vista los escritos de los mártires de la fe y de los grandes doctores de la Iglesia. Almas unas y otras, nacidas para la devoción y para el culto, para vivir en medio de las impurezas de la vida, con el pensamiento fijo en los más hermosos ideales, á modo de gigante colosal que, apoyando sus pies sobre la tierra, hiciera desaparecer su frente allá en el azul purísimo de los cielos.

Así se explica que muchos de los que entre nosotros abogan por el arte naturalista, no acierten á definir claramente sus ideas. Sus principios, sus ideales, en lo que se

refiere al menos á la destrucción del mundo antiguo, están generalmente representados en Francia por esta escuela (1). Es, pues, un deber, un deber ineludible favorecer la tendencia encarnada en Emilio Zola, que es republicano, y empuña uno y otro día, con la fe que le prestan su genio y su renombre, la piqueta llamada á destruir las necias preocupaciones del pasado. Zola lo mira todo por el cristal de la fisiología, única ciencia seria que hoy debemos estudiar, como ha dicho un conocido ateneista; ¿qué realismo más puro, qué humanismo más grande que una mesa de disección? Todo esto será verdad, líbreme Dios y la fisiología de negarlo; pero permítanme los positivistas que ose levantar mi voz humilde para decir que estas y otras filosofías, tarde ó nunca entrarán en los dominios del arte español. Los mismos que estos ideales pregonan, aplauden con frenesí á Echegaray, que es quizá el menos naturalista de los autores que registra el arte dramático español, y, hasta hay algunos de sus admiradores, que, en su desconocimiento de lo que es el naturalismo, no han caído en la cuenta de que Echegaray es un poeta eminentemente romántico y eminentemente español.

Pero ya lo he dicho antes, y vuelvo á repetirlo ahora; es un hecho que el público no se contenta actualmente, como sucedía en otros tiempos, con dulces y suaves impresiones. Echegaray ha influído más que otro alguno en este sentido, y acostumbrado el auditorio á sus obras, llenas de vida y de pasión, aunque no exentas de grandes defectos, es muy difícil para los demás autores escribir dramas que real y verdaderamente emocionen y produzcan honra y provecho, suficientes á compensar el trabajo que representan. De esta suerte se explica que, á pesar del gran número de obras que se estrenan todos los años, sean tan cortos los resultados conseguidos por las empresas, pues allí donde el abono no es firme garantía de lucro, sólo acude la gente en noches de es-

(1) En España no hay escuela realista, en el sentido que hoy se da á esta palabra.

treno, y es raro el drama que logra un número aceptable de representaciones.

Y no es decir que los poetas permanezcan ociosos. El Español y Apolo han puesto en escena, durante la actual temporada, una porción de obras, con más fortuna aquél que éste, pero sin lograr ninguno el resultado que indudablemente se proponía.

Próximamente los teatros de más importancia han tenido igual número de estrenos. En el Español los dramas *El celoso de sí mismo*, de D. Valentín Gómez; *El lazo eterno*, de don Luis Calvo Revilla; *Conflicto entre dos deberes*, de D. José Echegaray; *Cómo vuelve lo pasado*, de D. Emilio Reus.

En Apolo *La moderna idolatría*, de D. Leopoldo Cano; *Vasco Núñez de Balboa*, del Sr. Novo y Colsón; *La muralla de hielo*, del Sr. Valdivia; *Las esculturas de carne*, del Sr. Sellés.

En la Comedia *El secreto*, de Blasco; *Las mejores armas*, del Sr. Segovia Rocaberti; *Fuera caretas*, del Sr. Larra (nieto); *Sin familia*, de D. Miguel Echegaray; *Cabeza de chorlito*, arreglo de una crisperante comedia de Teodoro Barriere, del Sr. Blasco.

También son dignos de mención los teatros de Lara y Variedades, en los que se han representado con éxito extraordinario *Las codornices*, de Vital Aza; *Las hormigas*, de D. Mariano Barranco, y *De Getafe al Paraíso ó la boda del tío Maroma*, pintoresco cuadro de costumbres populares debido á la pluma del aplaudido autor de *La canción de la Lola* y de *El perro del capitán*, D. Ricardo de la Vega.

Podríamos continuar esta especie de índice de la temporada teatral; pero teniendo en cuenta que todo lo importante está comprendido en la reseña que acabamos de bosquejar, creemos lo más prudente hacer alto aquí, y no abusar de la paciencia de los lectores.

*
*
*

De todas estas producciones, sólo dos han logrado el privilegio de impresionar hondamente la opinión: *Conflicto entre dos deberes*, de D. José Echegaray, y *Las esculturas de carne*,

de D. Eugenio Sellés. De la primera de estas obras me he ocupado largamente en la REVISTA CONTEMPORÁNEA, y nada se debe añadir á lo dicho. De la segunda han sido tan contradictorias las opiniones de la crítica, que á decir verdad, no es fácil deducir de todas ellas algo determinado y concreto.

Por lo pronto hagamos historia.

Eugenio Sellés es un escritor de mucho talento, entre cuyas buenas cualidades, al decir de sus amigos, figura en primer término la modestia. Como periodista primero y como autor dramático después, gozó siempre de excelente reputación, hasta que un día los carteles del teatro de Apolo anunciaron el estreno de un drama en tres actos y en verso, que se titulaba *El nudo gordiano*; y desde aquel momento cambió la suerte del poeta. El éxito fué asombroso. Los bravos y las palmadas se sucedieron una y otra y cien veces, formando verdaderas tempestades de entusiasmo. Sellés pasó de un salto de la categoría de hombre de talento á la categoría de hombre de genio. Abandonó las filas donde formaba entre el estado mayor, y se le tributaron los honores de general en jefe.

En tal estado las cosas, y valiéndonos de imágenes militares, podía decirse que el ejército creado para defender los intereses del arte contaba con dos generales, llamados á coronar su frente con el laurel de la victoria: uno antiguo, don José Echegaray; otro moderno, D. Eugenio Sellés.

La situación de este último era por todo extremo difícil. Tenía que mantenerse á la altura del primero porque la fama le había elevado á la misma dignidad, y se trataba de un hombre á quien el talento y la fortuna habían acompañado en todas ó en casi todas las batallas. Además, de nada le servía alegar sus méritos de valeroso y esforzado capitán, porque ya sus deberes eran más altos, y á un general en jefe no le basta ser animoso y mantener con acierto la disciplina. La expectación era grande.

Echegaray, acostumbrado á tener dos encuentros con el público por temporada, no se creyó disculpado de faltar á sus costumbres por tener tan digno compañero, y al llegar el

tiempo reglamentario, dió las órdenes oportunas, dispuso sus tropas y salió al campo animoso y resuelto, confiando en su pericia y en su buena estrella.

Sellés en tanto meditaba con aplomo su plan de campaña. Obrar de otra suerte sería imperdonable en un hombre de su talento. Tomó todas las precauciones, dejó que transcurriese el tiempo sin preocuparse lo más mínimo de la impaciencia de sus amigos, que eran muchos, y de sus adversarios, que eran pocos, y por fin anunció su primera salida de jefe por las inmediaciones de la plaza de Santa Ana, ó lo que es lo mismo, eligiendo como centro de operaciones el Teatro Español.

Esta batalla, conocida en la historia con el título de *El cielo ó el suelo*, nombre alegórico donde parecía significarse la idea de una revancha, no fué decisiva para el Sr. Sellés. Los más entusiastas la calificaron de triunfo, los más descontentadizos de derrota, y la gente imparcial y sensata creyó con razón que era preciso permanecer en actitud expectante, y aguardar otra ocasión más propicia, para formular la sentencia.

Sellés se ocultó de nuevo á la vista del público, se encerró en su despacho y se puso á meditar. «La situación es grave,» pensaría, pasándose la mano por la frente, como el cazador acaricia el cañón del rifle al sentir el rugido del jabalí que herido, pero no muerto, hunde sus tremendos colmillos en el corazón del adversario. Después no se volvió á hablar del asunto. Al ruido sucedió el más profundo silencio. A ser necesario se hubiera podido oír la pluma de Sellés deslizándose sobre las cuartillas donde iban apareciendo sucesivamente *Las esculturas de carne*.....

Dados los precedentes de esta interesante historia, ¿cómo extrañar la exaltación de los ánimos al verificarse, dos años después de los acontecimientos que acabamos de relatar, el estreno del drama últimamente citado en el corregido, retocado y siempre defectuoso teatro de Apolo?

Los entusiastas, los amigos, los admiradores del Sr. Sellés, encontraron el drama sublime; el público en general se

mostró frío y receloso. Había algo en el fondo de la obra que no le acababa de satisfacer.

El autor, con esa fuerza avasalladora con que el talento retrata pasiones, efectos, luchas y borrascas de la vida, se apoderaba en determinados momentos del auditorio, le hacía temblar y estremecerse de pies á cabeza; pero de pronto, una frase, un gesto, una actitud, eran suficientes á producir una reacción contraria y hubo instantes en que los horizontes del éxito empezaban á teñirse de pardas nubes, que á seguir amontonándose sobre nuestras cabezas, hubieran sido ciertamente presagios de tempestad.

Por fin el Sr. Sellés fué coronado con el laurel de la victoria. Hiciéronle presentarse en la escena veinte ó más veces. Los periódicos reprodujeron escenas íntegras del drama. Se agotó el vocabulario de los elogios. Se atribuyeron á torpes manejos de la envidia los más ligeros conatos de censura (1), se enrojecieron las manos á fuerza de aplaudir, se desgarraron las gargantas á fuerza de gritar, se dieron banquetes en honor del poeta, y el nombre de Sellés voló en alas de la fama á las altas cumbres del Parnaso.

Tal es la versión de los ministeriales.

Cuanto á las oposiciones... ¿quién hace caso de las oposiciones hasta que vienen al poder?

Si es que llega este caso, veremos como se formula la sentencia, y también veremos, puesto que tan en boga están las evoluciones, cómo discurren muchos de los que forman actualmente en las filas de la mayoría.

Y conste que esto no es conato ni siquiera asomo de juicio crítico, sino narrar fiel y exactamente los hechos como imparcial y modesto cronista.

AUGUSTO CHARRO-HIDALGO.

27 febrero 1883.

(1) Esto nos parecería más discreto, si antes se probase que todos los hombres han venido al mundo con el único y exclusivo fin de escribir comedias.



LAVRETZKY

POR

IVAN TOURGUENEF

I.



ERA á la caída de la tarde de un hermoso día de primavera; en las altas regiones del aire flotaban de vez en cuando nubecillas de color de rosa, que parecían perderse en las profundidades del cielo azul, más bien que flotar por encima de la tierra.

Pasaba esta historia en 1842.

En una linda casita situada en las afueras de la cabeza de partido de O..., y al lado de una ventana abierta, se hallaban sentadas dos mujeres; la una podría tener cincuenta años, la otra setenta. La primera se llamaba María Dmítrievna Kalitine. Su marido, muerto ya hacía diez años, fué en su tiempo muy conocido como exprocurador del Gobierno, un hombre ducho en negocios, y de un carácter dócil y emprendedor, y un natural bilioso y terco. Había recibido una educación bastante buena, y hecho sus primeros estudios en la Universidad; nacido en precaria situación, comprendió muy pronto la necesidad de hacer carrera y labrarse una pequeña fortuna.

María Dmitrievna se casó con él por amor, pues era bastante bien parecido, tenía talento y, cuando quería, se mostraba muy amable. María Dmitrievna, Postoff de apellido, perdió á sus padres de muy tierna edad, y estuvo después, muchos años, en un colegio en Moscou. Al cabo vino á fijarse en el pueblo de su naturaleza, á cincuenta *verstas* de O..., con una tía suya y su hermano mayor.

No tardó éste en ser llamado al servicio, y partió para Petersburgo. Hasta el día que la muerte vino á sorprenderles súbitamente, tuvo á su tía y á su hermano en un estado de dependencia humillante.

María heredó á Pokrofsk, pero no se quedó allí por mucho tiempo. En el segundo año de su matrimonio con Kalitine, que logró en pocos días conquistar su corazón, cambió Pokrofsk por otros bienes que producían una renta mucho más considerable, pero desprovistos de toda circunstancia agradable, y sin habitación.

Al mismo tiempo compró Kalitine una casa en O..., en donde fué á fijarse definitivamente con su mujer. Cerca de la casa se extendía un gran jardín, contiguo por un lado á los campos de fuera de la villa. De esta manera había dicho Kalitine, poco aficionado á saborear el encanto de la tranquila vida campestre: «es inútil ir al campo.» Más de una vez había sentido María en el fondo de su corazón á su lindo Pokrofsk, con su alegre torrente, sus vastos prados, sus frescas sombras; pero nunca contradecía á su marido, á quien profesaba un profundo respeto por su talento y el conocimiento que tenía del mundo.

Por último, cuando murió éste, después de quince años de matrimonio, dejando un hijo y dos hijas, se había acostumbrado ya tanto á la casa y á la vida de la villa, que no pensó siquiera en abandonar á O...

María Dmitrievna había pasado en sus juventudes por una linda rubia; á los cincuenta años no dejaban de tener algún encanto sus facciones, si bien se hallaba un poco gruesa. Era menos buena que sensible, y conservaba en su edad madura los defectos de una colegiala; tenía el carácter de un niño mimado, era irascible y hasta lloraba cuando la turba-

ban en sus costumbres; pero, en cambio, muy amable y graciosa cuando llenaban sus deseos y no le contradecían. Su casa era una de las más agradables de la villa. Disfrutaba una bonita fortuna, en la que su herencia paterna tenía menor parte que las economías de su marido. Sus dos hijas vivían con ella; su hijo estaba educándose en uno de los establecimientos mejores de la corona de San Petersburgo.

La señora anciana que estaba sentada al lado de María en la ventana era su tía, la hermana de su padre, con quien pasó algunos años en la soledad de Pokrofsk. La llamaban Maspha Timofecvna Postoff. Pasaba por una mujer singular, de espíritu independiente, que decía á todos la verdad cara á cara, y con los más exiguos recursos, organizaba su vida de tal suerte, que hacía creer que tenía miles de rublas á su disposición. Había detestado cordialmente al difunto Kalitine, y en cuanto se casó su sobrina con él, se retiró á un pueblecillo, en donde vivió diez años como una aldeana en una *igba* ahumada. Inspiraba á su sobrina temor.

Era pequeña, con la nariz puntiaguda, cabellos negros y ojos vivos, cuyo brillo conservaba en su vejez; andaba depriosa y muy derecha; hablaba con claridad y rapidez, con voz aguda y vibrante. Lievaba constantemente una gorra blanca y una chaqueta blanca también.

—¿Qué tienes, hija mía?—preguntó de repente á María.
—¿Por qué suspiras así?

—Esto no es nada—respondió la sobrina.—¡Qué bellas nubes!

—¿Las compadeces? ¿Eh?

María no respondió.

—¿Por qué no vendrá Guidionofski?—murmuró Maspha Timofecvna moviendo con rapidez sus largas agujas de media. Estaba tejiendo una echarpa de lana.—Te hubiera acompañado á suspirar ó dicho alguna tontería.

—¡Qué severa sois siempre con él? Sergués Petrowitch es un hombre respetable.

—¡Respetable!—repitió en tono de reproche Maspha.

—¡Cuánta abnegación tuvo con mi esposo! No puedo pensar en ello sin enternecerme.

—Hubiera tenido que ver que se condujera de otro modo. Tu marido le sacó del fango por las orejas—gruñó la vieja, acelerando el movimiento de las agujas.

¡Tiene un aire tan humilde!—continuó Maspha.— Su cabeza está toda blanca, y á pesar de eso, cuando abre la boca, es para decir un embuste ó un chisme. Y á pesar de esto es consejero de Estado. Además, ¿qué puede esperarse del hijo de un...

—¿Quién habrá sin pecado, tía? Tiene ese flaco, convengo en ello. No ha recibido educación; no sabe hablar francés, pero, no os disgustéis, es un hombre muy agradable.

—Sí, porque te adula. ¡Que no habla francés!... Esa no es gran desgracia... Yo misma no soy fuerte en ese idioma. Más valdría que no hablase ninguna lengua, ó que dijese la verdad.

Bueno, mírale, ahí viene; en cuanto se habla de él aparece—añadió Maspha, lanzando una mirada á la calle.—Mírale, ya llega á grandes zancadas ese hombre tan agradable. ¡Qué largo es! Parece una cigüeña.

María arregló sus bucles y Maspha la miró con ironía.

—¿Qué tienes, querida mía? ¿No es eso una cana? Es preciso regañar á Pelagia. No ve ya claro.

—Siempre sois así, tía—murmuró María Dmitrievna con despecho.

Y comenzó á pegar con los dedos en el brazo del sillón.

—Sergués Potrowitch—anunció con voz aguda un pequeño cosaco de rojas mejillas, apareciendo por detrás de la puerta.

II.

Entró un hombre muy alto, que llevaba una levita decente, un pantalón algo corto, guantes de piel de ante gris y dos corbatas, una negra debajo y otra blanca encima. Todo manifestaba en él que guardaba las conveniencias y que era elegante; además era agradable su rostro, llevaba los cabellos atusados sobre las sienes, y las botas sin tacones, sonaban

con la presión del pie. Saludó primero á la dueña de la casa, después á Maspha Timofecvna, á quien besó por dos veces la mano. Después, sin darse prisa, se sentó en un sillón, sonriendo y frotándose las extremidades de los dedos, y preguntó:

—Y la Srta. Elisabette, ¿está buena?

—Sí—le respondió María,—ha ido al jardín.

—¿Y Elena?

—Lénocka está también allí. ¿Ocurre algo de nuevo?

—¿Cómo no había de haber?—respondió el recién venido guiñando lentamente los ojos y abultando los labios.—¡Hum! Y una nueva de las más extraordinarias... Ha llegado Lavzetyky Fédor Foanowitch.

—¡Fedia!—exclamó Maspha.—Eso lo habéis inventado, amigo mío.

—No, señora; le he visto con mis propios ojos.

—Tampoco eso prueba nada.

—Ha mejorado mucho—continuó Guidionofski, fingiendo no haber oído la observación de Maspha.—Ha ensanchado mucho de espaldas, y sus mejillas están más coloradas que nunca.

—¡Cómo! ¿Tiene aún más abdomen?—dijo María apoyando mucho cada palabra.—Pues me parece que no ha tenido por qué engordar.

—Es verdad—dijo Guidionofski;—otro cualquiera en su caso, hubiera tenido lo conciencia de no mostrarse en ninguna parte.

—¿Por qué?—interrumpió Maspha.—¡Qué locuras decís! Un hombre que se vuelve á su provincia ¿á dónde queréis que vaya? Y tened la bondad de decirme de qué es culpable.

—Un marido, señora, permitidme que os lo diga, es siempre culpable cuando la mujer no se conduce bien.

—Habláis así porque nunca habéis sido casado.

Guidionofski se sonrió como turbado.

—Perdonad mi curiosidad, señora—dijo después de algunos momentos de silencio.—¿Á quién está destinada esa echarpa?

Maspha Timofecvna levantó los ojos, y fijándolos en él, respondió:

—Está destinada á una persona que no trae nunca cuentos, que no recurre á la astucia para inventar á cuenta de otros; pero no sé si existirá un hombre así. Fedia, yo sé muy bien que sólo ha tenido una falta, la de mimar demasiado á su mujer. Y además, se casó por amor, y de esos matrimonios no resulta jamás nada bueno—añadió la anciana, lanzando una mirada del lado en que estaba María, y levantándose.

—Ahora, amigo mío, podéis aguzar los dientes en aquel que más os plazca, hasta en mí si queréis, porque me voy y no os molestaré más.

Y Maspha Timofecvna se alejó.

—Siempre es lo mismo—murmuró María siguiendo con la vista á su tía,—siempre así.

—¡Qué queréis, á su edad!...—observó Guidionofski.—Ya véis, acaba de hablar de astucia, ¿y quién en nuestros días no tiene que recurrir á ella?... El siglo está hecho así. Uno de mis amigos, hombre muy respetable y que pertenece á un elevado rango, decía: «En nuestros días, hasta las gallinas, para coger un grano de trigo se aproximan á un lado y tratan de atraparle por la astucia.» Y cuando yo os miro, señora, veo en vos una naturaleza verdaderamente angelical. Dejadme, os lo suplico, que bese vuestra mano de nieve.

María sonrió débilmente y tendió á Guidionofski su bien modelada mano, replegando con gracia el dedo pequeño.

Depositó allí un beso, mientras que ella le aproximaba un sillón, diciéndole en voz baja con una ligera inclinación:

—¿Conque le habéis visto? ¿Su salud, en efecto, es próspera? ¿No demuestra tristeza?

—Está alegre y en buena salud—respondió Guidionofski con el mismo tono.

—¿No habéis oído decir en dónde está su mujer?

—Ultimamente estaba en París; pero ahora, según me han dicho, se ha ido á Italia.

—Es realmente horrible la posición de Fedia. No sé cómo puede soportarla. A la verdad, cada cual tiene sus desgracias; pero puede decirse que su aventura se ha extendido por toda Europa.

Guidionofski suspiró.

—Sí, sí; dicen que veía muchos artistas pianistas, liones y otras bestias, como los llaman allí. Ha perdido completamente el pudor.

—¡Qué lástima!—dijo María.—A mí; sobre todo, me molesta como parienta, pues ya sabéis, Sergués Petrowitch, Fedia es sobrino mío, aunque lejano.

—Ciertamente, y lo siento. ¿Cómo queréis que ignore nada de lo tocante á vuestra familia? ¿Es esto posible?

—¿Creéis que vendrá á casa?

—Creo que sí. Además dicen que se propone habitar en el campo.

María elevó al cielo sus ojos.

—¡Ay, Sergués Petrowitch, Sergués Petrowitch, cuando pienso en ello!... ¡Cuán necesario es para nosotras las mujeres el conducirnos con prudencia! No se parecen todas; las hay, desgraciadamente, que tienen carácter ligero... Y después, la edad... Además, todas no han recibido en su infancia principios sólidos.

Sergués Petrowitch sacó del bolsillo un pañuelo de cuadros azules y comenzó á desdoblarle.

—Hay ciertamente mujeres así.

Sergués Petrowitch aproximaba de vez en cuando á los ojos las puntas de su pañuelo.

—Pero, en general, si se considera... Es decir... En la villa hay un polvo atroz...—concluyó.

—¡Mamá, mamá!—exclamó precipitándose en el cuarto una linda niña que podía tener unos once años.—Ahí viene á caballo Vladimiro Nicolaewitz.

María se levantó, y Sergués Petrowitch, después de hacer lo mismo, saludó murmurando:

—Mi más respetuoso saludo á la señorita Elena.

Y se retiró por discreción á un lado, poniéndose á sonarse su larga y recta nariz.

—¡Qué magnífico caballo tiene!—continuó la niña.—Acaba de pasar por la puerta pequeña, y nos ha dicho á Lesa y á mí que va á aproximarse al pórtico.

Se oyó un ruido de herraduras en el suelo y apareció en la calle, deteniéndose delante de la ventana abierta, un elegante jinete, montado en un lindo caballo bayo.

III.

—¡Buenos días, María Dmitrievna!—gritó el jinete con una voz sonora y agradable.—¿Os gusta mi nueva compra?

María se aproximó á la ventana.

—¡Ay, qué soberbio caballo!—exclamó.—¿En dónde lo habéis comprado, Vladimiro?

—A un oficial de la remonta, que me le ha hecho pagar bien caro el bergante.

—¿Cómo se llama?

—Orlando... pero ese nombre es tonto, voy á cambiárselo... Bueno, bueno, chiquito. Está siempre en movimiento.

El caballo relinchaba, piafando y sacudiendo su hocico cubierto de espuma.

—Lenotchka, acariciadla... No tengáis miedo.

La niña alargó la mano fuera de la ventana; pero Orlando se empinó de repente y se echó á un lado.

El jinete, no perdió su sangre fría, y apretando con las rodillas al caballo, le sacudió un latigazo en el cuello, y á pesar de su resistencia, logró llevarle hasta debajo de la ventana.

—¡Cuidado, cuidado!—repitió María.

—Lenotchka, acariciadle—repitió el jinete,—no le permitáis que haga su voluntad.

La niña extendió de nuevo la mano, tocó timidamente el tembloroso hocico de Orlando, que se estremeció y tascó el freno.

—¡Bravo!—exclamó María.—Ahora bajaos y entrad en casa.

El jinete volvió bruscamente el caballo, le tocó con las espuelas, y atravesando la calle á galope corto, entró en el patio. Un momento después se precipitaba en el salón, blandiendo el látigo. En aquel mismo instante en el dintel de

otra puerta aparecía una joven alta, esbelta y con hermoso cabello negro. Era Lise, la hija mayor de María, que tenía diez y nueve años.

IV.

El joven que acabamos de presentar á nuestros lectores se llamaba Vladimiro Nicolaewitz Panchine, y estaba agregado al Ministerio del Interior. Había sido enviado á O... con una comisión oficial, y se hallaba de reemplazo al lado del Gobernador, General Zounenberg, de quien era pariente lejano. El padre de Panchine, capitán retirado, jugador reconocido, de ojos apagados, de rostro cansado, padeciendo de un movimiento nervioso en los labios, había tratado toda su vida con los hombres de posiciones más altas; frecuentaba los *clubs* ingleses de las dos capitales y pasaba por un hombre hábil, agradable y vividor, pero en el que no podía buscarse gran fundamento. A pesar de su habilidad, se hallaba siempre en vísperas de la ruina, y dejó á su hijo una mediana fortuna y bastante embrollada. Se había ocupado de la educación del joven á su manera, y Vladimiro hablaba perfectamente el francés, bien el inglés y mal el alemán.

Lo que está en el orden; ¿no es vergonzoso entre gente elegante hablar bien el alemán? Pero es muy bueno el poder de vez en cuando lanzar una palabra tudesca como por broma, lo que es al menos *tris-chic*, como dicen los parisienes de Petersburgo. Vladimiro, desde la edad de quince años; sabía entrar en una sociedad sin experimentar la menor emoción, moverse allí á su placer y alejarse á tiempo. Su padre le había adquirido muchas relaciones moviendo las cartas entre dos *rubbere*, ó bien después del completo triunfo de algún gran *chalem*; nunca descuidaba las ocasiones de colocar una palabra en honor de su Volodkia, y de hablar á algún personaje importante aficionado al *whist*. Por su parte, Vladimiro, durante su estancia en la Universidad, que había dejado con el grado de bachiller, había ligado conocimiento con varios jóvenes de alto vuelo. Fué admitido en las mejo-

res casas; le recibían en todas partes con placer; era buena figura, alegre, divertido, siempre de buena salud y buen humor, dispuesto á todo, respetuoso en donde era necesario serlo, arrogante cuando podía, camarada perfecto, en fin, un muchacho completo. La tierra prometida se abría ante él. Pronto comprendió el secreto de la ciencia del mundo, y supo penetrarse de un respeto real para con sus leyes, ocuparse de las pequeñeces con aire de importancia, con mezcla de ciencia, y aparentar que consideraba las cosas importantes como fútiles; bailaba admirablemente, se vestía á la inglesa. En muy poco tiempo adquirió la reputación del hombre más amable y más diestro de Petersburgo. En efecto, era muy ingenioso, tanto como su padre; pero también estaba muy bien dotado, y todo le salía perfectamente; cantaba con gusto, dibujaba con valentía, hacía versos y representaba regularmente una comedia.

A la edad de veintiocho años era ya gentilhombre de cámara y con un rango bastante elevado.

Muy seguro de sí mismo, de su talento y perspicacia, se ayudaba con seguridad y con todas sus fuerzas. Su vida pasaba alegremente y sin contratiempo alguno. Acostumbrado á agradar á todos, á los viejos y á los jóvenes, se alababa de conocer á los hombres, y aun mejor á las mujeres; había hecho un particular estudio de sus debilidades. Como hombre que no es extraño al arte, sentía dentro de sí un fuego sagrado, el entusiasmo le arrastraba, y se permitía, bajo este concepto, más de una temeridad, dando lugar á multitud de licencias en sus relaciones, que le conducían fuera de la sociedad, llevando á ellas modales descuidados y á veces hasta algún tanto libres. Pero en el fondo era frío y disimulado, y hasta en el más fuerte de sus excesos, sus ojos oscuros y perspicaces lo observaban y notaban todo; aquel joven independiente y atrevido no se olvidaba jamás ni se dejaba llevar de sus impresiones.

Preciso es decir en honor suyo que nunca se gloriaba de sus conquistas. Fué introducido en casa de María desde su llegada á O... y allí se encontraba en seguida como en su centro, pues María se volvía loca con él.

Panchine saludó amablemente á las personas que estaban en el salón, estrechó la mano á María y á Lisaveta Michailovna, dió un golpecito en la espalda á Guidionofski, y haciendo una pirueta sobre los tacones, cogió á Lénotchka por la cabeza y la besó en la frente.

—¿No tenéis miedo de montar un caballo tan fogoso?—le preguntó María.

—Por el contrario, es muy suave. ¿Queréis saber de lo único que tengo miedo? Pues es de jugar con Petrowitch; ayer en casa de Belenitzin me arruinó completamente.

Este se echó á reír; aquella risa envolvía astucia y bajeza, Sergués Petrowitch quería volver á la gracia del joven elegante, empleado en San Petersburgo y favorito del Gobernador. En sus conversaciones con María, hacía muy amenudo alusión á las facultades notables de Panchine.

—¿Cómo queréis—decía—que no haga su elogio, si es un joven que hace furor en las altas esferas de la sociedad, y que á pesar de esto, sirve de una manera ejemplar y sin el menor orgullo?

Además, en el mismo Petersburgo pasaba Panchine por un funcionario entendido; el papel le quemaba bajo sus dedos, trataba de broma el trabajo, como conviene que haga todo hombre de mundo que no da gran importancia á sus ocupaciones, pero era un hombre de ejecución. A los jefes les gusta tener subordinados así; y en cuanto á él, no dudaba siquiera que, con un poco de buena voluntad, sería Ministro algún día.

—Acabáis de decirme que os he ganado—murmuró Guidionofski;—pero la semana pasada, ¿quién me ganó á mí doce rublos? Y aun...

—¡Ay qué pérfido!—interrumpió Panchine con una glacial indiferencia, pero ligeramente despreciativa.

Y, sin hacer ya caso de él, se aproximó á Lise.

—No he podido hallar aquí la *ouverture* de *Oberón*—la dijo,—á pesar de que Mad. Belenitzin se ha alabado, diciendo que tenía en su casa toda la música clásica.—Y, en efecto, no hay nada, exceptuando polkas y valeses; pero ya he escrito á Moscou, y dentro de una semana la tendréis.—A

propósito—continuó,—he compuesto ayer una nueva romanza. Las palabras son también mías; ¿queréis que os la cante? No sé qué efecto producirá. Mad. Belenitzin la ha encontrado muy bonita, pero su opinión no tiene importancia. Quisiera saber la vuestra, aunque creo que será mejor cantarla más tarde.

—¿Por qué más tarde y no ahora?—observó María.

—Obedezco—dijo Panchine con una sonrisa dulce y tranquila, que aparecía y desaparecía igualmente pronto.

Aproximó una silla, se sentó al piano, y después de preludiar algunos acordes, cantó, acentuando claramente cada palabra, el romance siguiente:

Quando viene la noche, y la luna
inunda el Océano de claridad,
se ve estremecerse bajo las olas
el rayo de plata brillante y fugaz.

.....
.....

Panchine cantó después la segunda copla, con una fuerza y una expresión particular; el acompañamiento formaba un murmullo confuso, semejante al de las olas. Después al decir las palabras: «en donde el alma se estremece de dolor,» suspiró ligeramente, cerró los ojos, y bajó la voz *morendo*. Cuando acabó, Lise alabó mucho el motivo.

María dijo:

—Es preciosa.

Y en cuanto á Guidionofski, exclamó:

—¡Sublime! ¡Los versos y la música son igualmente admirables!

Linotchka consideró al que cantaba como una veneración infantil. En una palabra, todos los asistentes habían quedado igualmente satisfechos de la obra del joven *dilettanti*; pero detrás de la puerta del salón, en la antesala, estaba un hombre ya viejo, que acababa de entrar, y al cual, á juzgar por la expresión de su fisonomía, inclinada hacia la tierra, y por el movimiento de sus hombros, la semejanza de Panchine,

aunque muy bonito, no le había causado el menor placer. Después de oírla un instante y sacudir el polvo de sus botas con un pañuelo de hilo grueso, frunció las cejas, se mordió los labios con aire triste, y encorvó más que antes estaban sus espaldas, ya naturalmente dobladas, y entró lentamente en el salón.

—¡Ah! ¡Christophe Todorowihk! Buenas tardes—exclamó Panchine levantándose rápidamente de la silla.—Si hubiera podido sospechar que estabais ahí, no me hubiese atrevido jamás á cantar mi romanza. Ya sé que no sois aficionado á la música ligera.

—No lo he sido—respondió en mal ruso el personaje que acababa de entrar.

Y saludando á todos, se detuvo con cierto embarazo en medio de la sala.

—¿Habéis venido á dar la lección de música á Lise, señor Lemón?—preguntó María.

—No, á la señorita Lise no; á la señorita Elena.

—¡Ah, bien! Perfectamente; Lénohhka, sube entonces con Mr. Lemón.

El anciano se ponía en marcha detrás de la niña, cuando le detuvo Panchine.

—No os vayáis después de la lección—le dijo.—La señorita Lise y yo queremos tocar una sonata de Beethoven á cuatro manos.

El anciano murmuró algunas palabras entre dientes, y Panchine continuó en alemán, con una pronunciación detestable:

—La señorita Lise me ha mostrado la *linda cantata* dedicada á ella. ¡Es una cosa preciosa! No creáis que yo no sé apreciar la música seria; por el contrario. Es á veces algo incómoda; pero, en cambio, muy útil.

El anciano se sonrojó hasta las orejas, lanzó con disimulo una mirada á Lise y salió muy de prisa del salón.

María rogó á Panchine que repitiese su romanza; pero ésta declaró que no quería ofender el oído del sabio alemán, y propuso á Lise que comenzaran la sonata de Beethoven. A estas palabras, María suspiró, proponiendo á Guidionofski ir á dar una vuelta en el jardín.

—Tengo deseo—dijo—de preguntaros vuestra opinión acerca de nuestro pobre Teodoro.

Guidionofski sonrió con agrado y saludó, tomó con dos dedos el sombrero, en cuya ala había colocado cuidadosamente los guantes, y se alejó con María.

Panchine y Lise se quedaron solos; la joven trajo y abrió la sonata; se sentaron los dos al piano en silencio. A lo lejos se oían débilmente los sonidos de escalas tocadas por los dedos poco ejecutados de la niña Elena.

Por la traducción,

C. F. C.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

HUBO un tiempo en que exageraciones doctrinales de cierta escuela trastornaron el orden legal vigente entre nosotros, implantando instituciones que nuestras costumbres, nuestros sentimientos, el amor á la religión del País en que vivimos y el respeto á la santidad de la familia, rechazaron de consuno en la opinión. Ellas crearon un verdadero caos legislativo en la gravísima cuestión del matrimonio, que el primer Gobierno, de la restauración dinástica quiso y logró remediar, devolviendo al sacramento la eficacia absoluta de que había sido desposeído y satisfaciendo de esta suerte las aspiraciones de la inmensa mayoría de los españoles, que mal podían avenirse á cambiar las bendiciones del cielo por el apretón de manos de un juez municipal.

No fué otro el fin del decreto del Ministerio Regencia de 9 de febrero de 1875, conocido vulgarmente por *decreto Cárdenas* como debido á la inteligente iniciativa del ilustre juriconsulto de este nombre, á la sazón Ministro de Gracia y Justicia, y que en tal concepto lo suscribió.

En el Congreso de los Diputados acaba de ser objeto de una interpelación la fuerza y validez de ese decreto. Con arreglo al mismo, los matrimonios entre católicos, contraído ó que se contrajere, según los sagrados cánones, producirá en España todos los efectos civiles que le reconocían las leyes hasta la promulgación de la provisional de 18 de junio de 1870. Sabido es que ésta sólo consideraba válido ante el

Estado los que se celebraban con sujeción á sus disposiciones, mediante la intervención de la autoridad civil.

Y alegan los adversarios del decreto Cárdenas: ¿puede compeler á obligar ese decreto? ¿Tenía atribuciones para dictarlo el Ministerio Regencia? ¿Quién, dónde, cuándo invistió á los Sres. Cánovas del Castillo y Cárdenas de esas facultades? ¿Por qué título un decreto ha de ser bastante para derogar una ley, tanto más, cuanto que las Cortes no le han prestado después la necesaria aprobación parlamentaria?

Todos estos aspectos ofrece la cuestión, y en todos ellos tiene el decreto escudo que lo defiende. Fácil es demostrarlo.

El Rey legítimo de España, por decreto de 23 de agosto de 1873, confió al Sr. Cánovas del Castillo todos sus poderes, en virtud de los cuales, al realizarse en diciembre de 1874 el suceso de Sagunto, nombró aquel ilustre hombre público el Ministerio Regencia, que gobernó el reino en nombre y hasta la llegada á Madrid de S. M. el Rey D. Alfonso XII. Poderes que fueron ratificados por el Monarca en despacho telegráfico que desde París dirigió al Sr. Cánovas el día 5 de enero de 1875, y que como indiscutible y pública sanción de sus facultades extraordinarias apareció íntegro en la *Gaceta* del 6. Tres días después, el 9 del mismo mes, al desembarcar en Barcelona D. Alfonso XII, confirmó á los Ministros en sus cargos y amplió las atribuciones del Ministerio Regencia hasta que entrase en la corte de regreso de su expedición al teatro de la guerra.

D. Alfonso XII, aclamado unánimemente para ocupar el trono de sus mayores por el ejército y el pueblo, representaba en aquellos momentos toda la legalidad, todo el orden político de España. Derrumbada la situación anterior, sin representación el poder legislativo y ausente el Rey, el Ministerio Regencia emanado de las omnímodas facultades conferidas al que fué su presidente y ratificadas luego por un acto solemne, reunía, pues, todas las atribuciones anejas al gobierno del Reino, pudiendo, por consiguiente, ejercerlas con absoluta fuerza obligatoria respecto de todas las materias que constituyen el organismo del Estado.

De ahí que sin necesidad de ser Reyes los Sres. Cánovas del Castillo y Cárdenas, sin atentar á las prerrogativas de las Cortes, entonces en suspenso, sin proceder arbitrariamente ni olvidar conveniencias constitucionales de ninguna especie, sino escudados en la especialidad y amplitud de las funciones del Ministerio Regencia, respondiendo á los clamores de la opinión y volviendo por los hollados fueros de nuestra

legislación tradicional, dictaron por decreto una disposición que en otra forma no podía dictarse y en la cual no dejó de advertir el Gobierno que de ella daría cuenta á las Cortes en ocasión oportuna, como lo hizo, en efecto, con fecha 23 de junio de 1876.

¿Quiere suponerse que á pesar de las circunstancias, que á pesar de los poderes extraordinarios á que ellas dieron origen, no tenía el Ministerio Regencia facultad para derogar la ley provisional de matrimonio civil ú otra cualquiera? Pues ¿en quién residía á la sazón esa facultad?

Las disposiciones dictadas para el *gobierno del Reino* que abraza *todas* las necesidades del organismo del Estado, en ese período durante el cual se acordó el decreto en cuestión, fueron, pues, perfectamente legales en su origen, como emanadas del único poder á la sazón en funciones, aun sin llevar á la firma del Monarca, quien al efecto había autorizado á sus Ministros, visto lo excepcional de las circunstancias.

Esas disposiciones se ajustaron además á las prácticas constantes de todo Gobierno constitucional que en los interregnos parlamentarios decide por decreto en materias legislativas, sin perjuicio de dar cuenta á las Cortes, como lo hizo, acerca de este caso el Ministerio Cánovas en la primera legislatura de la restauración dinástica.

Nacido en tan legítimas condiciones el decreto de 1875 ¿por qué no ha de tener fuerza obligatoria, si ninguna ley posterior lo ha derogado?

Sin que sea obstáculo ante estas consideraciones fundamentales la falta de la aprobación de las Cortes á un decreto que se dictó por un Gobierno investido de facultades legislativas y que no ha sido derogado por otro acto legislativo posterior. Antes al contrario, en 23 de junio de 1876 por el Ministro de Gracia y Justicia, Sr. Martín de Herrera, se sometió á la aprobación de las Cortes un proyecto de ley presentado al Congreso de los Diputados declarando leyes del Reino, entre otros decretos dictados durante el anterior interregno parlamentario, el de 9 de febrero de 1875, reformando la ley provisional de matrimonio civil de 18 de junio de 1870.

Cuatro días después, ó sea en la sesión celebrada por el Congreso el 27 de junio de 1876, bajo la presidencia del señor D. José de Posada Herrera, se dió cuenta, y el Congreso quedó enterado, de que la comisión nombrada para dar dictamen acerca de dicho proyecto había elegido presidente al Sr. Alonso Martínez y secretario al Sr. Silvela. El asunto no fué relegado al olvido por el Gobierno del Sr. Cánovas del

Castillo. No es suya la culpa si las Cortes no se ocuparon en dar á aquel texto, perfectamente legal en su origen, el apetecible complemento de la posterior sanción parlamentaria.

Así resulta también como hecho incuestionable, que dicho decreto ha sido aplicado sin vacilaciones ni distinguos, sin suscitar competencias ni promover reclamaciones, á todos los matrimonios celebrados desde su fecha y aun desde el día en que empezó á regir la ley de matrimonio civil, á los cuales extendió su eficacia, salvo siempre «los derechos adquiridos en consecuencia de ellos por tercera persona á título oneroso.»

Ante los tribunales se han sustanciado muchos y muy varios procedimientos relacionados con los derechos de diversos cónyuges que contrajeron matrimonio canónico después de 1870, y ningún juez ha puesto en duda la validez de tal matrimonio, del cual se parte como indiscutible base de litigio, hasta el punto de dictarse repetidísimos autos aprobando testamentarias ó abintestatos de personas casadas canónicamente después de 1870, y señalando alimentos, declarando gananciales etc., etc., bajo la base del matrimonio religioso y habiéndose pronunciado sentencias, calificando parricidios, adulterios y amancebamientos por razón del mismo vínculo.

Declaraciones todas, que tuvieron una explícita y eficaz confirmación por sentencia del Tribunal Supremo de 28 de octubre de 1879, en la que se establece, como jurisprudencia que el decreto de 9 de febrero de 1875 no puede ser examinado ni juzgado con arreglo á los preceptos consignados en la Constitución y en las leyes orgánicas del País, vigentes en épocas normales, sino como una disposición adoptada por el Ministerio Regencia haciendo uso de las facultades que le había conferido la alta institución que entonces asumía los poderes del Estado, por lo cual no puede negarse al citado decreto el carácter de disposición legislativa, por más que á su formación no hubiesen concurrido las Cortes, que á la sazón estaban disueltas; que en virtud del expresado carácter del decreto de 9 de febrero han quedado derogadas las leyes anteriores en todo lo que no fueran conformes sus disposiciones, y que el referido decreto no ha perdido ni puede perder su fuerza de ley hasta que las Cortes lo deroguen ó modifiquen.

De todo lo cual resulta que el decreto Cárdenas, que volvió por la santidad de la familia, escarnecida en la época revolucionaria, es legítimo en su origen y eficaz en su aplicación; que el Ministerio Regencia, en funciones de tal por voluntad del Rey, al dictarse el decreto, procedió, al dictarlo,

con arreglo á sus facultades extraordinarias; que no existe disposición posterior legislativa contraria al decreto, sometido en tiempo oportuno á la aprobación de las Cortes, que no lo han derogado directa ni indirectamente; que el decreto obtiene fuerza legal ante los tribunales, en cuyos fallos se reconoce la validez civil de todos los matrimonios canónicos celebrados desde 1870.

Pudiendo añadirse que desde el momento en que se restableció como religión del Estado la católica apostólica romana, el Estado tuvo que reconocer una de las instituciones fundamentales de esa religión: el matrimonio sacramental, con toda su fuerza, con todos sus efectos, con toda su eficacia, á la vez civil y religiosa. De lo contrario, la religión católica, religión del Estado, no obtendría ante éste el respeto que legalmente le debe al erigirla en religión oficial.

En 9 de febrero de 1875 se sentía ya la necesidad apremiante de poner dique á las invasiones del Estado en materias sacramentales: de acuerdo con la opinión y cumpliendo sus deberes, el Ministerio Regencia satisfizo aquella necesidad en la única forma en que podía hacerlo, y dictó el decreto que devolvió al matrimonio religioso el valor civil de que los revolucionarios le desposeyeron en mala hora. Votaron luego las Cortes la Constitución de 1876, que confirmaba expresa y solemnemente en este punto el criterio del Ministerio Regencia, y desde este momento, aquel decreto, legal desde su publicación, adquirió una nueva sanción fundamental, puesto que siendo religión del Estado la católica, y no reconociendo ésta otro matrimonio que el canónico, el civil establecido por la ley de 1870, pugnaba ya con un precepto constitucional que, aun sin el decreto de 1875, lo invalidaba de hecho absolutamente.

La cuestión es obvia y queda fácilmente esclarecida, analizándola á la luz de un criterio imparcial, ajeno á preocupaciones de escuela ó á intereses de partido.

*
* *

El Ministro de Fomento lo ha dicho: Las legislaciones de casi todos los pueblos cultos, algunas desde tiempos remotos, dan á la enseñanza primaria carácter obligatorio. Varían sólo en la elección de medios que, al efecto, ponen en práctica. Naciones citadas de ordinario por la amplitud excepcional

con que en ellas se gozan las libertades individuales, han desplegado la mayor severidad para exigir el cumplimiento de la obligación.

Algunas compelen con el castigo directo, aplicado por la autoridad judicial, como á otros infractores de los reglamentos, ó con penas indirectas, recargando el servicio militar ó vedando el sufragio y otras funciones políticas á los que, sin culpa suya, tal vez, no han recibido la instrucción elemental. En otros países se han combinado con la sanción penal los estímulos de la recompensa, aligerando el peso de las cargas públicas á los más celosos en cumplir aquellos preceptos, ó concediendo premios de varia índole á los que propagan los conocimientos elementales.

La ley española de 9 de septiembre de 1857 proclamó hace más de veinticinco años el principio de que la primera enseñanza elemental es obligatoria para todos, y estableció la multa de 2 á 20 rs. contra los infractores. Quedó en desuso esta sanción y abandonado con frecuencia dolorosa aquel deber; pero basta el precepto para demostrar que ha dejado de ser tema de controversia en nuestros partidos el principio de la enseñanza obligatoria, sancionado igualmente por el Código penal de 1870. Ahora importa recordar que una y otra disposición están vigentes y que se deben aplicar con el saludable rigor que corresponde á la alteza del propósito con que fueron promulgadas.

Este es el objeto del Sr. Gamazo al dictar un real decreto, mediante el cual se ordena un empadronamiento de los niños y niñas de cada término municipal, se otorgan premios á los maestros que logren aumentar la matrícula de sus respectivas escuelas, adjudicándose también recompensas pecuniarias á los padres pobres que mayor sacrificio hubiesen hecho para que sus hijos concurren á las escuelas públicas y se restablece, en fin, la ley romana, traducida, por cierto en otras españolas, protectora de la fecundidad de los ciudadanos. Todo funcionario público, tanto del Estado como de la Provincia ó del Municipio, cuyo sueldo ó haber no exceda de 1.500 pesetas anuales, que acredite que ha dado ó da instrucción primaria á sus hijos mayores de seis años, en escuela pública ó privada ó en enseñanza doméstica, sólo podrá ser separado por faltas en el desempeño de su cargo, oyéndole previamente en expediente instruído al efecto.

Es decir, que es inamovible. Para ello, como se ve, es preciso: 1.º estar casado; 2.º tener hijos; 3.º llevarlos á la escuela. A este precio, puede el empleado subalterno dormir tranquilo de hoy en adelante. Las señoritas que se contenten

con un marido de 6.000 reales abajo están de enhorabuena.

Lo que importa es que, una vez casadas, justifiquen su estado á todo trance.

*
* *

Varios periódicos extranjeros, haciendo coro con la prensa española, vienen ocupándose del *nihilismo en Andalucía*. Todos condenan con unánime energía los tenebrosos procedimientos de esas feroces sectas sociales, que desde el helado Newa á la desembocadura del Tajo, cruzan de Norte á Sur la Europa entera. Razón sobrada hay para la alarma, y digno de compasión será el que trate de atenuar los hechos y se haga todavía ilusiones sobre las tendencias y los incesantes trabajos del socialismo.

Años hace que venimos observando la mañosa y criminal propaganda que los enemigos del sosiego público y de las instituciones sociales vienen haciendo en el taller y en el campo; años hace que hemos dado la voz preventiva contra esos medios directos é indirectos con que se halaga el espíritu del artesano y del labriego contra las clases acomodadas, contra los ricos, denominación que comprende á cuantos no se dedican á trabajos puramente manuales.

Ese odio de clases, fomentado de una manera prodigiosa desde la revolución de 1868 por muchos que no encontraron otro medio de adquirir cierta notoriedad siniestra, llegó á dar sus frutos en los tiempos de los ensayos del federalismo. A la luz de las hogueras, producidas por los incendios de cortijos y mieses, hubo ya en España ensayos de repartos de inmuebles en las provincias meridionales, y sabido es también que si parte de las masas menos ilustradas piensan todavía en la democracia aterradora, es porque abrigan la estúpida convicción de que la República definitiva, en la que en horas de ambición soñaron, es la situación socialista que ha de prescribir el reparto y la comunidad de bienes.

Estas ideas que de antiguo venían socavando, entre tinieblas y misterios, el edificio social, necesitaban, sin embargo, de otra época de pretendida libertad y de verdadero desorden moral para propagarse y organizarse en forma, ni más ni menos que están organizados los nihilistas de Rusia, los *home-rulers* de Irlanda, y los anarquistas de Montceau-les-Mines, en Francia.

A una situación fusionista, sólo fuerte é implacable para disolver los sindicatos, que defendieron con más ó menos energía los intereses de la industria, y tolerante con los ver-

daderos perturbadores hasta el extremo de autorizar congresos de socialistas en Sevilla, estaba reservado presenciar la primera explosión en nuestra Patria de esas sociedades secretas, formadas para el pillaje, el asesinato y el incendio. A una situación sin dotes de gobierno estaba reservado ver organizados los internacionalistas españoles, que levantan ya bandera negra contra los ricos, «sus ladrones y verdugos.»

El *Tribunal popular* y la *Mano negra* han dejado en poder de la justicia preceptos criminales que aterrorizan á todas las personas sensatas.

«Cuanto existe en la tierra, dicen unos, para el bienestar y goces de los hombres ha sido creado para la actividad fecunda de los trabajadores; que la absurda y criminal organización social hace que los trabajadores produzcan y que los ricos holgazanes *se lo queden entre las uñas*; que debe mantenerse un odio profundo á todos los *partidos políticos*, pues todos son iguales; que es ilegítima toda propiedad adquirida sobre el trabajo ajeno, *aunque sea por la venta ó por el interés*; sólo es legítima la adquirida por el trabajo personal directo y útil.»

Sigue luego esta declaración categórica:

«Declaramos á los ricos fuera del derecho de gentes, y que para combatirlos como se merecen son necesarios todos los medios que conduzcan al fin, incluso el hierro, el fuego y aun la calumnia.»

Otros declaran que «los Gobiernos burgueses, poniendo fuera de la ley á la Internacional impiden que se resuelva pacíficamente la cuestión social, y que se ha hecho preciso una organización revolucionaria secreta. Está muy lejos—dicen—el triunfo: los burgueses siguen cometiendo sus crímenes; es necesario castigarlos, y como no todos los federados son á propósito para el caso, se crea un tribunal popular con encargo de sentenciar y castigar los crímenes de la burguesía.

Se castigará á los burgueses por todos los medios posibles, *bien sea por el fuego, el hierro, el veneno ó de otro modo.*»

Se celebrará sesión ordinaria el día 1.º de cada mes. En ellas contará cada uno cómo efectuó *las represalias* contra la burguesía, las ventajas del procedimiento que empleara, á fin «de que todos se vayan instruyendo,» y que se introduzcan las reformas más acertadas.

«Cada individuo inventará todos los medios de pegar fuego, asesinar, envenenar y otros medios de hacer daño, y los someterá al grupo.»

No se ejecutarán castigos que comprometan á los afiliados, sino que se aprovecharán las ocasiones favorables. Cuan-

do se crea necesario comprometerse y exponer la vida, hay que hacerlo con energía y por todas las armas.

Los daños deben hacerse en las haciendas, si no hay ocasión para hacerlo en las personas.»

Esto no es español. Esto es anarquismo puro, por el estilo de los internacionalistas franceses, ó de los nihilistas, que ensangrientan los campos y las capitales de Rusia. Esto es todo lo que se suponga, menos cosas de nuestra hidalga tierra.

Es un hecho que estos males no se hubieran propagado sin las culpables condescendencias del último verano, la falta de policía en las publicaciones anarquistas, y la indiferencia que á la fusión han merecido siempre los grandes principios en que la sociedad descansa.

Pero, ¿puede prolongarse este estado de alarma? ¿Haremos que llegue á hacerse crónica una enfermedad que aun hoy tan fácilmente puede extirparse de nuestro suelo?

R.





REVISTA EXTRANJERA



LA República francesa tiene ya un nuevo Gabinete. ¿De qué proceden esos continuos vaivenes y esas profundas crisis que á cada instante ponen en conmoción al País vecino? ¿Qué nuevos trastornos registran las crónicas de la última quincena?

Una ley privando del derecho común á todos los individuos que pertenecen á familias que hayan reinado en Francia fué aprobada por gran mayoría en la Cámara de Diputados y desechada por el Senado, que formuló un contraproyecto. La Cámara de Diputados no quiso aceptar el contraproyecto, votando una nueva proposición, que nuevamente fué rechazada por el Senado. Había conflicto ministerial y conflicto parlamentario. ¿Qué hacer?

En un momento de ceguedad pueril, el Gobierno de la República cometió la torpeza de mandar encarcelar al autor de un manifiesto, muchísimo más inofensivo que las proclamas incendiarias que á cada momento publica la prensa radical. Movié todos los resortes jurídicos, amotinó contra el acusado á las turbas revolucionarias, suscitó corrientes de jacobinismo en el Parlamento y organizó agitaciones sin número. ¿Para qué? Para que los tribunales, manteniéndose dignamente fuera de las cábalas de la política, pusiesen al fin en libertad al Príncipe Jerónimo.

Antes, pues, que los senadores, los tribunales habían he-

cho sufrir el más terrible descalabro al incoherente Ministerio que presidió el Sr. Fallieres. La sentencia del tribunal, espada de dos filos, dando libertad al Príncipe, derrotó á la par al Gabinete.

Una nueva situación había de salir naturalmente de la crisis, y ha resucitado un Ministerio Gambetta, con Mr. Jules Ferry á la cabeza, significando el triunfo de la unión republicana sobre los otros grupos de la izquierda, el partido del principio autoritario contra el partido liberal.

Parece cosa averiguada que los repetidos desaciertos de los anteriores gobernantes se deben, ante todo, á los mefistofélicos consejos de Ferry. Asegúrase que Ferry, el autor de las leyes antirreligiosas, el hombre que fué el brazo derecho de Gambetta, es también el que, asustado, pidió y exigió el arresto del Príncipe.

Si es así, fácil era á los iniciados pronosticar de una manera infalible el término de la pasada campaña, sostenida aparentemente por la cuestión de los Príncipes, que sólo merecerá el nombre de pretexto.

Los Ministros Martín-Feuillée, Waldeck-Rousseau, Raynal, diputados; Challemel-Lacour y Charles-Brun, senadores, vienen de antiguo afiliados al grupo de la unión republicana. Y Ferry pertenece también á la escuela política que se formó bajo la inspiración de Gambetta, habiendo ya tenido un puesto, con anticipación, reservado en el Gabinete con que el difunto jefe del oportunismo contaba sustituir en breve plazo al ministro Duclerc. Ferry es, pues, el heredero de Gambetta, y los miembros de la unión republicana favorecen esta ambición, habiéndose ya cumplido la división inevitable entre autoritarios y liberales.

Pero ¿será por mucho tiempo la mayoría de la Cámara fiel á sus nuevos amores? ¿Concederá sin resistencia al nuevo presidente del Consejo aquella sumisión que negó á Gambetta? Esta es la primera parte del insoluble problema. Es natural que los nuevos ministros intenten separar de su camino debates irritantes y apasionados, cuestiones difíciles, sobre las que el partido republicano está siempre profundamente dividido; pero ¿conseguirán el acto de apaciguamiento de las

pasiones que necesitan? Ahí está reciente su programa, en que piden prudencia y patriotismo á los representantes del País; ahí están sus declaraciones, análogas á las de anteriores Gabinetes. Ya sabemos cómo responden siempre á tales llamamientos las Cámaras.

En todas las cuestiones, hasta en las que menos se rozan con la política militante, en las cuestiones de Hacienda, de obras públicas, de instrucción, de magistratura, de organización municipal, de comercio é industria, la lucha de los partidos es encarnizada y aparece poco dispuesta á ceder en estos momentos. Los intransigentes de todos matices se entregan á las más violentas amenazas contra los magistrados que han cumplido con su deber; los órganos de la izquierda atacan de una manera incalificable á los diputados y senadores del centro, diciendo que llegó ya el término de las complacencias y antiguas concesiones á los que fueron monárquicos y se convirtieron á la república, y los radicales quieren ser ya dueños absolutos del poder, persuadidos de que salieron de su menor edad y no necesitan curadores.

¿Quedarán garantidos para el porvenir los principios de libertad y de justicia, que han de ser la base de todo Gobierno honrado? ¿Cesarán la confusión y los deplorables incidentes que provocan de continuo un Gobierno movedizo y una mayoría ingobernable? ¿Quedaré constituido al fin un Gabinete decididamente formal y permanente? Esta es la verdadera cuestión, y esto parece también lo imposible.

Lo que asusta es la incoherencia y lo inconsistente de la mayoría, la facilidad con que la Cámara se apasiona, pierde su sangre fría y la razón, hasta el punto de haber gastado cuatro Ministerios en el espacio de quince meses.

Sin embargo, la política francesa no puede seguir viviendo en medio de continuas agitaciones y querellas; hay grandes intereses que sufren, en el orden económico, en el desarrollo de todos los elementos de prosperidad y riqueza, en los problemas del trabajo y en el progreso de la instrucción y de la moralización pública, y fuerza es que se dé comienzo al desarrollo de algún programa que responda á lo que reclaman tan desatendidos elementos en un pueblo acostumbrado á la

preponderancia inmensa de no muy lejanos y más felices días.

Así lo comprenden las delegaciones del comercio y de la industria que se presentaron al Presidente de la República para exponerle amargas quejas. Se declararon republicanos aquellos comerciantes é industriales, pero se quejan de que la República no marche; se quejan de que la inestabilidad ministerial afecte de una manera sensible á la situación económica de Francia, la confianza y los negocios disminuyan, la acción exterior y colonial se debilite y la quiebra les amenace. Mal hicieron, sin embargo, en hacer alardes de republicanismo, cuando, según el testimonio del Sr. Naquet, la República es precisamente el origen de esa inestabilidad sistemática, que ellos consideran causa principal de su ruina.

La estadística suministra, en efecto, datos que asustan. Parece que el cielo se ha conjurado en Francia con la política para precipitar catástrofes. Véanse los hechos.

Hasta 1875, la tierra francesa bastó para alimentar á sus habitantes. Después de 1870, los excedentes anuales de la producción agrícola fueron de unos quinientos mil millones, lo que disminuyó poderosamente los desastres de la guerra. De 1875 á 1878, los sobrantes fueron aún de unos ciento treinta y cinco millones anuales. De cinco años á esta parte, Francia ha tenido, por lo contrario, que ir á buscar al extranjero el complemento de lo indispensable para la alimentación, mediante un desembolso anual de cuatro mil trescientos cuatro millones.

La industria ha corrido parejas con la agricultura. El comercio exterior acusa durante el período transcurrido desde 1875, comparando importaciones y exportaciones, una disminución anual de ciento sesenta y un millones por término medio.

Por otra parte, la Cámara ha aumentado en tres años los gastos ordinarios del presupuesto en trescientos millones, es decir, en cien millones anuales. El ex-ministro Freycinet se lanzó á trabajos de ferrocarriles, cuyo coste evaluó el Ministro de Hacienda en el mes de noviembre último á nueve mil ciento cincuenta millones, habiendo el Estado comprado por manejos electorales vias férreas que se hallaban en víspera

de quiebra. Ferry se alabó de haber gastado en pocos meses lo que correspondía á cinco ó seis años, provocando construcciones de escuelas y casas consistoriales lujosas. Los impuestos municipales ascienden en el ejercicio actual á mil millones. La Deuda flotante es de más de tres mil millones, mientras que las incesantes é injustificadas huelgas de los trabajadores cierran á la industria francesa los mercados extranjeros que se abren á su competidora la de Alemania. La armonía no se encuentra en parte alguna; el conflicto general se acentúa en estos momentos entre la Cámara y el Senado, y en tanto sube la ola de la revolución social.

Bien pueden ya nuestros vecinos haberse cansado de ensayos. La prosperidad que perdieron no volverá á parecer floreciente bajo el régimen que no puede darles más tranquilidad y ruina.

Hay en Francia, como en todas partes, grandes hornos de fundición social; pero es allí la política más personal é interesada de algunos años á esta parte. Hay muchos políticos que consideran á la Nación como una empresa mercantil, cuyos dividendos deben repartirse entre accionistas fingidos, mientras que á los verdaderos accionistas no les corresponde más que satisfacer cuotas en progresiones ascendente. Y este mal de siempre, crece y se ha agravado de una manera espantosa con la República.

Si los actuales Ministros siguen la marcha de sus antecesores; si los lamentos de la industria y del comercio siguen perdiéndose en el vacío, y es tan fugaz este Gabinete como ya se anuncia, vendrá un momento en que no quede más recurso que la disolución de la Cámara. Y las nuevas elecciones irán al socialismo, y la situación será cada vez más revolucionaria, y del desquiciamiento y del caos sólo Dios sabe si podrá brotar alguna chispa de luz que ilumine á los hombres que aún tienen el corazón honrado.

Imposible parece que nunca enseñen bastante las eternas leyes de la historia, y que tan fácilmente haya empeño en renegar de las saludables lecciones de la experiencia.

*
* *

Dejemos ahora á Francia con sus veleidades y desaciertos para añadir dos palabras acerca de Egipto, país de que tanto se ocupó hace poco el mundo, y que parece ya casi olvidado.

Egipto, definitivamente bajo el patronato de Inglaterra, se ocupa en estos momentos de establecer una Constitución á estilo de las naciones regidas por el sistema representativo.

Se instituyen tres grados de representación: los consejeros provinciales, el Consejo legislativo y la Asamblea general.

Los primeros, que son la base de esta organización son nombrados por sufragio restringido en todos los pueblos de Egipto menos en el Cairo, Alejandría, Port-Said, Suez, Damietta, Roseta, El-Arich é Ismailia.

Los consejeros provinciales desempeñan cerca de los mudirs ó Gobernadores, funciones consultivas. Sus deliberaciones necesitan la aprobación del Gobierno.

El Consejo legislativo se compondrá de doce miembros permanentes, nombrados por el Jédive, y de diez y ocho delegados de los Consejos provinciales, precisamente de su seno. Los Ministros asistirán á este Consejo, al que comunicarán los presupuestos y proyectos de leyes y decretos sobre la administración pública. Respecto de estas cuestiones, el Consejo no hará más que dar su parecer ó expresar sus deseos. Se prohíben discusiones sobre los servicios financieros que ya estén recogidos por la ley de liquidación ó por convenios internacionales.

Por último, la Asamblea general se compone de los Ministros, de los miembros del Consejo legislativo y delegados notables, elegidos por sufragio de segundo grado. Esta Asamblea votará los impuestos nuevos que hayan de establecerse y tiene el derecho de informar sobre otras cuestiones al Gobierno.

Cítase, á propósito de este proyecto constitucional, la opinión del famoso Arabi, el vencido de Tel-el-Kebir, que con sus seis compañeros de destierro y las respectivas familias se halla lujosamente instalado en la ciudad de Colombo en la isla de Ceylán.

Dícese que un corresponsal de *The Times* leyó á Arabi un telegrama que acababa de llegar á Ceylán, diciendo que Lord Dufferín se proponía que Egipto fuese gobernado por Ministros responsables y dos Cámaras, y pidió al exdictador su parecer sobre el proyecto.

Este contestó que eso era precisamente lo que él quiso intentar.

—¿Qué ministros hubierais elegido? Le preguntó entonces el periodista inglés.

—Ciertamente ni turcos ni circasianos, contestó Arabi sin vacilar.

—¿Creéis que había egipcios con bastante aptitud para esos cargos?

El exdictador vaciló un momento, y después respondió:

—Tal vez no. Dejad que sean ingleses y será mejor.

—¿Queréis que diga algo de vos en la carta que voy á escribir á mi periódico? preguntó el inglés.

—Sí, contestó el vencido de Tel-el-Kebir; decid á la nación inglesa que estoy muy satisfecho aquí, mientras ella lleva á cabo la obra de la regeneración de Egipto. Mi deseo es saber de cuando en cuando cómo van esos sucesos, hasta que el pueblo egipcio sea libre y dichoso y prospere, guardando así un recuerdo agradable de la bondad y poderío de Inglaterra.

Si non é vero, é ben trovato. Si al corresponsal no le hizo oír mal el amor patrio, bien puede decirse que Arabi sabe ser agradecido.

Por lo demás, los asuntos de Egipto distan mucho de ser satisfactorios. La tranquilidad de espíritu no se ha restablecido ni el Cairo ni en las principales poblaciones, ni mucho menos en el campo, y la insurrección de Sudán es cada día más grave.

Plenamente se confirman por los oficiales ingleses que acompañan á las tropas egipcias que operan en el Sudán, las desagradables noticias de la toma de Bara por los guerreros del falso Profeta.

Esta caída de una fortaleza que se halla á 15 millas al Norte de Obeld, en el camino de Kartoum, no sólo aumenta

el prestigio del falso Profeta de un modo considerable, sino que coloca en difícilísima situación á las escasas tropas leales al Jedive que guarnecen el pueblo de Obeld, capital de Kordofán, la única plaza fuerte que queda en su poder.

Para el Gobierno del Jedive no hay más que un dilema, cuyos términos son á cual más desagradables: ó no vence al falso Profeta, y tiene que resignarse á considerar al Sudán como país perdido para Egipto, después de los grandes sacrificios que costó á Jedives anteriores, ó para derrotar al falso Profeta tiene que echarse en manos de los soldados ingleses, teniendo que pagar los cuantiosos desembolsos que esas operaciones ocasionarían, cuando todavía no ha podido discurrir arbitrios para satisfacer los gastos del ejército de ocupación inglesa, y las indemnizaciones de Alejandría y todas las resultas de la pasada guerra.

Egipto es ya una colonia inglesa, y los países donde llegó á fijar su planta la Gran Bretaña fueron siempre grandemente explotados por los colonizadores.

El nuevo período legislativo de las Cámaras inglesas, cuyas sesiones se abrieron el día 15, promete ser atareado en gran manera. El Ministerio Gladstone pretende que se discutan, entre otras cuestiones de menor interés, el proyecto de ley resolviendo la cuestión del juramento, el proyecto sobre corrupción electoral y el relativo á la reforma municipal de Londres.

Cierto que en todo esto no hay realmente cuestión de partido; pero es de suponer que los manejos del partido irlandés vendrán á poner obstáculos á la marcha de estos asuntos.

Mr. Parnell y sus amigos se proponen censurar sobre todo la forma en que ha sido aplicada en Irlanda la ley destinada á impedir los crímenes agrarios y pedir además explicaciones sobre la información secreta, y que dió por resultado el proceso que en estos momentos se está viendo en Dublín.

Los diputados del antiguo partido «home ruler,» están también de acuerdo en los proyectos relativos al derecho electoral municipal y al que se refiere á las nuevas modificaciones de la ley agraria, y acordaron no perdonar medio ni

esfuerzo para que las reformas electorales que el Gobierno presente al Parlamento en favor de Inglaterra y Escocia, lo sean igualmente para Irlanda.

Entre tanto, todos los presos á consecuencia de la conspiración descubierta en Dublín, excepto dos, han sido enviados á comparecer ante el tribunal para ser juzgados como acusados del asesinato de lord F. Cavendish y de Mr. Burke.

Las revelaciones hechas por James Carey, consejero municipal de Dublín, han causado una emoción casi tan viva como la que siguió al asesinato de las dos víctimas en Phoenix-Park. Carey es objeto de la animadversión de todas las clases, viéndose en él uno de los principales organizadores de las conspiraciones de asesinos. Ahora que el testimonio de los denunciadores le ha puesto al pie del patíbulo, se vuelve contra sus cómplices, á fin de echarles también al cuello la cuerda destinada á ahorcarle. Carey, hace tres años todavía humilde albañil, se hizo luego rico propietario, es conocido entre sus antiguos compañeros de trabajo con la denominación del «caballero Carey,» se daba una suntuosa vida, y fué siempre misterioso el verdadero origen de su fortuna.

Sus revelaciones, comprometedoras también para la Liga agraria, han causado gran pánico entre los miembros de aquella asociación, que tratan de hacer creer que sus denuncias no son más que una invención hábil, y que Carey ha adquirido su gran fortuna á costa de la sangre que ha hecho derramar.

¿Cesarán ahora las turbulencias producidas por la Liga agraria? Es probable que así suceda por algún tiempo, y aun sería factible hacer que desapareciera del todo el germen de los crímenes cometidos en Irlanda, si la opresión que allí sufre el pueblo dejase de ser tiránica.

En la conferencia de Londres sobre la cuestión del Danubio, el delegado de Rumanía, obedeciendo las instrucciones de su Gobierno, ha renunciado el honor de formar parte de un Congreso al que era sólo admitido con voz y sin voto, teniendo, en su concepto, derecho á votar.

Los periódicos extranjeros, casi por unanimidad, aplauden esta digna y enérgica actitud del principado rumano, al

que sobra la razón para obrar así, desde cualquier punto de vista que se considere su conducta.

La Rumanía ha manifestado sus disposiciones enérgicas, declarando que iba á suprimir la franquía de los puertos de Galatz y de Braila. ¿Podrá ejecutar lo que sus intereses le aconsejan, á pesar de las decisiones de la conferencia de Londres? De varios medios dispone para salir airoso sin violar el derecho, y no será extraño que Austria se decida á lanzar á los mares sus monitores.

Sigue todavía abierta, y como siempre enconada, la cuestión de Oriente.

*
*
*

En los Gobiernos de Ultramar, en la joven América, no son tampoco los síntomas de cordura los que más prevalecen.

La animadversión entre chilenos y peruanos es cada vez más implacable y hace presentir un fin desastroso, y hasta en la gran República la sorda guerra de las ambiciones presenta nuevas batallas cada día, y los legisladores suelen deshacer un día lo que la víspera acordaron.

Mientras que los Estados Unidos se resisten tenazmente á rebajar los derechos de aduanas y rechazan el librecambio, para poder luchar con más ventaja contra los centros manufactureros de Europa, no se descuidan tampoco de buscar nuevos mercados y firman tratados con la Corea y con Méjico, hallándose hoy mismo en vísperas de terminar otro con Madagascar, cuyos representantes son ya esperados en Wáshington.

Esta política esencialmente especuladora no es nueva en los Estados Unidos. Lo realmente nuevo é instructivo es el cambio de deferencias que de algún tiempo á esta parte se acentúa cada día más entre americanos é ingleses.

Los odios entre pueblos hermanos no pueden ser eternos, y no existen conflictos de intereses opuestos ni rivalidades que no desaparezcan al fin ante las afinidades de raza. La reciente visita á Wáshington del Marqués de Lorne, Gober-

nador del Canadá y yerno de la Reina Victoria, ha dado motivo á numerosas y entusiastas manifestaciones de simpatía.

Parece que ha pasado el tiempo en que el Gabinete de San James podía temer que el movimiento feniano tuviera su principal punto de apoyo en el pueblo americano y en la seria tolerancia de su Gobierno. El partido de la dinamita ha perjudicado sin disputa alguna, y de una manera considerable, á la causa de la Liga agraria.

A propósito de tratados, hablan los periódicos de América de la llegada á la capital de la Gran República, del célebre jefe indio Red-Cloud (Nube-Roja). Se ha presentado á renovar las quejas, cien veces repetidas, de los pobres indios contra los agentes que les roban y vejan de la manera más indigna.

Un periódico recuerda con tal motivo que, desde 1778, el Gobierno de los Estados Unidos ha firmado de seis á setecientos convenios con los indios, y que todos estos convenios han sido sucesivamente violados. Hoy mismo, el Congreso medita una nueva modificación del tratado con las cinco naciones, con el fin de volverse á apoderar de las tierras que se les habían dejado y entregarlas á los especuladores.

El hombre rojo jamás podrá así ser amigo de los *rostros pálidos*.

Los Estados Unidos serán eternamente lo que fueron.

S.

INDICE DEL TOMO XLIII

15 DE ENERO DE 1883.

	<u>Páginas.</u>
Nuestros reyes al frente de sus escuadras, por D. Patricio Aguirre de Tejada.	5
Estudios sobre Longfellow (continuación), por D. V. Suárez Cappelaja.....	18
Influencia del Obispo D. Juan de Palafox y Mendoza en los destinos de la América española (continuación), por D. Justo Zaragoza... ..	40
Situación económica de la Francia (continuación), por D. Servando Ruiz Gómez.....	60
Del romanticismo y del clasicismo en el arte, por D. Miguel Sánchez Pesquera.....	79
Humo, novela (conclusión), por M. J. Tourgueneff.....	93
Crónica política, por R.....	103
Revista extranjera, por S.....	113
Boletín bibliográfico.....	124

30 DE ENERO DE 1883.

Los caballos andaluces, por X.....	129
Orreaga, por D. Vicente de Arana.....	137
Situación económica de la Francia (conclusión), por D. Servando Ruiz Gómez.....	143
Progresos de la electricidad (continuación), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	163
El correo y la pintura, por el Dr. Thebusem.....	181
Moallakas (continuación), por D. Vicente Tinajero.....	198
Estudios sobre Longfellow (continuación), por D. V. Suárez Cappelaja.....	217
Crónica política, por R.....	230
Revista extranjera, por S.....	241
Boletín bibliográfico.....	251

15 DE FEBRERO DE 1883.

	Páginas.
La cuestión de Egipto y del canal de Suez ó cuestión de Oriente, por D. Carlos María Perier.....	257
El suceso, ó novela, de D. Juan de Peralta, caballero indiano, con- tado por él mismo, por D. Marcos Jiménez de la Espada.....	277
Estudios sobre Longfellow (continuación), por D. V. Suárez Ca- palleja.....	303
La juventud dorada (continuación), por D. Adolfo Mentaberry.....	317
El Mefistófeles de Boito, por D. Antonio Peña y Gofí.....	325
Moallakas (continuación), por D. Vicente Tinajero.....	355
Crónica política, por R.....	363
Revista extranjera, por S.....	372

28 DE FEBRERO DE 1883.

De la época que precedió al descubrimiento de la América, por don Miguel Rodríguez Ferrer.....	385
Estudios sobre Longfellow (continuación), por D. V. Suárez Ca- palleja.....	406
La cuestión de Egipto y del canal de Suez ó cuestión de Oriente (conclusión), por D. Carlos María Perier.....	427
Moallakas (continuación), por D. Vicente Tinajero.....	457
Los teatros, por D. Augusto Charro-Hidalgo.....	470
Lavretzky, por Ivan Tourguenef.....	479
Crónica política, por R.....	493
Revista extranjera, por S.....	500

